

207 & May 1849

# EL ROSARIO MEDITADO

6

LECTURAS SOBRE CADA UNO DE SUS MISTERIOS,

POR

D. José Antonio Ortiz Arruela,

comendador de la real y distinguida orden de Carlos III,  
abogado de los Tribunales nacionales,  
miembro de diversas sociedades científicas y literarias,  
etc., etc., etc.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID:

IMPRESA DE D. LUIS PALACIOS,  
carrera de S. Francisco, núm. 4.

1864.

C. 567  
Sep 1849

5791

28-9a (bis)

# EL ROSARIO MEDITADO

6

## LECTURAS SOBRE CADA UNO DE SUS MISTERIOS.

POR

**D. José Antonio Ortiz Arruela,**

*comendador de la real y distinguida orden de Carlos III,*

*abogado de los Tribunales nacionales,*

*miembro de diversas sociedades científicas y literarias,*

*etc., etc., etc.*

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

**MADRID:**

IMPRENTA DE D. LUIS PALACIOS,

*carrera de S. Francisco, num. 6;*

1861.

*El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Fr. Cirilo de Alameda y Brea, se ha dignado conceder cien dias de indulgencia á todos los fieles, cada vez que leyesen con devota consideracion una de estas meditaciones, rogando á Dios por la exaltacion de nuestra santa fé católica, estirpacion de las herejías y demás santos fines de la Iglesia; y el Excelentísimo Sr. D. Antonio Maria Claret, Arzobispo de Trajanópolis in part. inf., confesor de S. M. etc., se ha servido concederles tambien ochenta mas de indulgencia en los propios términos.*

FOR THE LIBRARY OF THE

El autor se reserva la propiedad que tiene en esta obra, la cual y las siguientes, publicadas por el mismo en Madrid, se venden en la librería de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, núm. 6.

*Estudios sobre la elocuencia en general y sobre los mas célebres oradores antiguos y modernos.*

*Mes Eucarístico ó Ejercicios de devocion para hacer la visita diaria al Santísimo Sacramento.*

*La Virgen de los Dolores ó Ejercicios devotos para celebrar sus festividades.*

INTRODUCCION.

A LA RESPETABLE MEMORIA  
DEL M. R. P. FR. ANSELMO ORTIZ,

RELIGIOSO DEL S. O. DE PREDICADORES;

EN TESTIMONIO DE AMOR Y RESPETO,

SU SOBRINO,

EL AUTOR.

A LA RESPETABLE MEMORIA

DEL M. R. P. FR. ANSELMO ORTIZ

RELIGIOSO DEL S. O. DE TRENTEBORES;

EN TESTIMONIO DE AMOR Y RESPETO,

su sobrino,

EL AUTOR.

## INTRODUCCION.

El objeto de este pequeño libro puede parecer extraño á dos clases de personas. Las unas son aquellas que, pretendiendo formarse una religion á su modo, despojan teórica ó prácticamente al catolicismo de aquellas devociones que les parecen anticuadas; y que cuando mucho, las juzgan buenas para los niños, para las mujeres y para el pueblo. Las otras, al contrario, son aquellas personas que por su adhesion á los ejercicios piadosos de nuestros mayores, están prevenidas contra toda novedad, piensan que cuanto bueno hay que decir acerca de la religion y sus prácticas está ya dicho, y aun pierde tratándose de nuevo. A estas dos clases de personas, tenemos que dirigir algunas palabras en esta introduccion.

Las primeras, si no dan á la devocion del Rosario mayor importancia, probablemente es porque han olvidado su historia; y sobre todo, porque no analizan lo que él encierra, ni menos se detienen á consi-

Dios? Si, lo es, porque su primera parte, *Dios te salve Maria, llena de gracia, el Señor es contigo*, es la salutacion misma de la Santísima Trinidad á María, por medio del Arcángel Gabriel. La segunda *Bendita eres entre las mujeres*, son las palabras que el Espíritu Santo inspiró á Santa Isabel. La tercera parte, *y el fruto de tu vientre es bendito. Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*; puede llamarse tambien de origen divino, porque la ha agregado á la salutacion angélica la Santa Iglesia, á la cual ha prometido el Espíritu Santo su continua asistencia; y mas especialmente porque la mayor parte de esta tierna y piadosa deprecacion, fué obra del Concilio de Efeso, al condenar la herejia de Nestorio, que negaba la maternidad divina de María. Ya se sabe que un Concilio legitimamente congregado, presidido por los legados del Papa y confirmado por la silla apostólica, es el órgano del Espíritu Santo.

Para ocurrir al argumento, mas impío que infundado, de los que dirán acaso, que bueno está saludar á María, mas no tantas veces como se hace en el Rosario; bastará recordarles que una de las condiciones que Dios exige en la oracion, es que sea perseverante, esto es reiterada.

¿Cuántas veces no dejó el Salvador que el ciego de Jericó clamase: *Jesús, Hijo de David tened piedad de mi.* ¿Cuánto no se hizo rogar por la Cananea? No era sordo, no por cierto, ni de duras entrañas el Divino Maestro; mas con esto quería enseñarnos la constancia en la oración, la cual importa nada menos que una prueba de nuestra fé. Además, el saludar á la Santísima Virgen tantas veces con las palabras mas dulces y mas gratas á su corazón, es prueba de que la amamos; y el amor, como ha dicho muy bien el elocnente y sábio P. Lacordaire, indicando esta misma devocion del Rosario contra los racionalistas: «el amor no tiene mas que una palabra; y volviendo *siempre* á decir la no la repite *nunca.*»

Esta observacion no solo es feliz; sino profundamente verdadera, si el Rosario se reza como es debido; esto es, actuándose por decirlo así en cada uno de los misterios que debén meditarse, y fijándose en cada una de las circunstancias de estos misterios. La Virgen púdica y retirada á quien saludamos en el primer misterio llena de gracia, está ya mas llena de ella en el segundo; pues en él es ya Madre de Dios é instrumento de sus misericordias, como que á su voz despierta Juan Bautista del letargo de la culpa de origen, en el

vientre mismo de su santa madre; sobre la cual descende en aquel momento, un rayo de inspiracion divina. En el tercer misterio, María, postrada á los piés del Niño Dios, adorándole por sí y por nosotros, estrechándole en su castísimo seno, y alimentándole con su propia virginal sustancia, es todavía mas grande que en los dos misterios anteriores. En el cuarto misterio, la augusta madre, no solo nos parece mayor, bajo la sombra majestuosa del dolor que la causa la profecía de Simeon; sino que cuando esa nube de angustia, es dorada con el resplandor de la divina promesa, de que por el Niño Dios que María presenta, el cual es la luz de las naciones, resucitarán muchos en Israel, descubrimos ya todos los horizontes de la redencion, sucesivamente bañados por el sol de la divina clemencia y por la luna de la compasion de la misma Virgen Santísima. Así, gradualmente, en todos los otros misterios, vá creciendo nuestra admiracion de las grandezas de María y se van aumentando los motivos de nuestra gratitud hácia Ella; y en los trasportes de esa admiracion y de esa gratitud, obligados á darles una espresion ¿cuál otra mas adecuada que el *Ave Maria*, cuyo origen es tan sublime y cuyo significado es tan tierno como patético? Nos

atrevernos á decir, y lo decimos recomendando la atención á cada uno de los misterios del Rosario, y á las circunstancias de cada uno de esos misterios, que para una persona piadosa y reflexiva, no hay una *Ave María* que se parezca á otra. Como las teclas de un delicado y sonoro instrumento, al parecer son iguales, mas cada una de ellas de un sonido diferente, y juntos y combinados estos sonidos, producen una dulce armonía; así el Rosario con sus Ave Marías, encanta las almas y las eleva á Dios, atrayendo del cielo sobre ellas, abundantes y preciosas bendiciones.

Ahora vamos á decir dos palabras, llenas de respeto, á la segunda clase de censores, que suponemos podrá encontrar este librito. Es innegable la ciencia y la unción que encierran los antiguos tratados de religion y de piedad. La España especialmente puede, con razon gloriarse, de que sus escritos religiosos forman un verdadero siglo de oro, no solo por el brillo y la majestad de la dición; sino, lo que es mas, por la solidez y el mérito intrínseco de la doctrina. Admira la elocuencia castiza y galana de Granada; encanta la pintoresca unción de Leon; enternece la varonil ternura de San Juan de la Cruz; y eleva el alma la sublime sencillez de Santa Teresa, bien digna por cierto de que se diga de ella

lo que Chateaubriand decia de otra religiosa de nuestros dias: «Esta mujer es un grande hombre.» Pero, si bien como del autor del *Simbolo de la fe*, lo juzga el señor Martinez de la Rosa, todos los amantes del buen gusto que entiendan el español, hallarán un *sabroso pasto* en aquella y en las demás obras de Granada y de los que con él forman aquella magnífica constelacion de nuestra literatura religiosa; es indudable que á la mayor parte de los lectores les parecerán sus formas anticuadas, Además, cada siglo tiene su fisonomía diferente; y á cada uno es necesario presentarle el espejo en que ha de verse, de manera que ni le choque verse retratado con defectos de que se cree libre, ni deje de reconocer aquellos de que verdaderamente adolece. Hé aquí la utilidad de las obras nuevas, sobre materias antiguas; si antiguas pueden llamarse las religiosas, las cuales por la utilidad que las anima, por el interés siempre actual que entrañan, y mucho mas, por la inmensidad del objeto á que se dirigen, pueden y deben llamarse siempre nuevas.

Para concluir este prefacio, tal vez ya desproporcionado á una obra tan pequeña, como la que al público presentamos; resta solo llamar la atencion de los lectores, hácia la importancia que el Rosario tiene,

por servir como de guía, de introducción y de escuela, para la saludable y necesaria práctica de la meditación. «Con gran desolación está toda la tierra desolada, esclama el profeta Jeremías, porque no hay quien se recoja á meditar en su corazón.» No solamente la vida cristiana, sino la social, la doméstica y la individual, se resenten de la superficialidad, de la inconstancia y ligereza, que resulta de la falta de meditación. Meditar es ejercer las mas nobles facultades del hombre, el cual sin meditación, se degrada casi al nivel de los seres privados de razón. Si los sábios no hubiesen meditado, las ciencias estarían en su infancia. Si no meditaran los generales, no se ganarian las batallas. Y en el cristianismo, todo cuanto hay grande, benéfico y durable, desde el sacrificio heroico del mártir y la consagración sublime del apóstol, hasta la plácida constancia con que una madre de familia cumple los deberes anejos á su misión de ser la providencia visible de su casa; todo, mas ó menos, nace de la meditación, subsiste y se perfecciona por ella, y sin ella desaparecería.

Si es pues de tanta importancia y necesidad la meditación, grande es la utilidad del Rosario que nos sirve como de vehículo para ella; á la manera que un rio, que

nació en el fondo de la cordillera y creció con la contribucion de otros muchos arroyos, despues de conducirnos á través de los bosques, deleitándonos con el aspecto de las mas risueñas escenas de la naturaleza, nos pone sobre la plateada superficie de un lago, cuyas márgenes son ya mas variadas y estensas; y siguiendo siempre su curso, con blando movimiento, nos lleva en fin á las riberas del mar, cuyos confines no abarca nuestra mirada. Asi, paso á paso, rezado el Rosario con atencion, meditando cada uno de sus misterios, nos iremos engolfando en ellos; y como cada uno de esos misterios es un Océano sin limites y sin fondo, no solo para la débil inteligencia humana, sino para la misma comprension angélica; como cada uno de ellos abunda en útiles y prácticas enseñanzas, para todos los estados y circunstancias de la vida; como de ellos emana, como el aroma de la flor, una virtud secreta, que aparta del mal y atrae al bien; como brota de ellos, mas espontánea y abundantemente que la luz de su foco en el sol la gracia que ilumina y fortifica al hombre, resulta de todo esto que el Rosario meditado, el Rosario rezado con la intencion de pedir á Dios que nos conceda el don de la meditacion, viene á ser, como lo han dicho los escritores piadosos sin exagera-

cion, lo mas santo y saludable que hay en la Iglesia, despues del augusto sacrificio de la Misa.

Permitasenos, por último, hacer una breve esplicacion sobre la dedicatoria de este pequeño libro, á la memoria de un respetable religioso; á quien si solo atenderamos á los vínculos de parentesco que con él nos unian, no habriamos consagrado esta especie de recuerdo. Pero de él, siquiera indirectamente, recibimos nosotros la devocion que es objeto de esta obrilla. Cuando San Francisco Javier predicaba en las Indias, un comerciante que se volvia á Europa, le pidió alguna prenda que le recordase su memoria. Dióle el Apóstol su Rosario. Apenas el buque se habia hecho á la mar, cuando sobrevino una borrasca. El comerciante elevando al cielo sus manos suplicantes, en las cuales tenia aquel Rosario, logró salvarse del naufragio. ¡Con cuánto amor besaria él despues aquella reliquia! ¡Con cuánta gratitud se acordaria del que se la habia dado! Pues por análoga razon nosotros, pobres navegantes en el mar de este mundo, al asirnos del Rosario, traemos á la memoria el nombre del que siendo adictísimo á esta devocion, nos la trasmitió como una prenda preciosa de salud y de gloria.

Ahora, ponemos con humildad y con-

fianza este librito á los piés de María. Tómalo de ahí los lectores, pidiendo á la Bienaventurada Virgen, que supla los innumerables defectos con que debe haber salido de la pluma del autor, y que puestas en sus manos divinas los mas viles metales se convierten en oro inapreciable. Ella haga que nuestro trabajo, á pesar de su ningun mérito, fructifique en las almas.

Lóndres 14 de Enero de 1861.

## EL ROSARIO MEDITADO

ó

LECTURAS SOBRE CADA UNO DE SUS MISTERIOS.

I.

### **La Encarnacion del Divino Verbo.**

El linaje humano no merecia por la culpa del primer hombre, mas que la indignacion de Dios. El Señor, así como, en castigo de su soberbia, precipitó á los Ángeles rebeldes, desde las sillas de la gloria hasta los abismos del infierno, pudo, en rigor de justicia, abandonar al hombre culpable á toda clase de males en la tierra, ó enviarle desde luego á hacer compañía á su seductor Satanás en la mansion del eterno llanto. Pero el Altísimo, compadeci-

do del linaje humano , ha querido obrar en su favor el mas grande de los prodigios de su misericordia. La Santisima Trinidad , si podemos espresarnos así , ha entrado en consejo ; hubo un momento de suspension en los cielos ; los espíritus bienaventurados han permanecido en expectativa ; y Satanás mismo , que habia logrado engañar á nuestros primeros padres , puede decirse que lo estuvo tambien antes de saber si habia de entregarse á la alegría feroz por haber triunfado , ó al horrible despecho porque se frustrasen sus abominables intentos.

Entre tanto , en el horizonte sin términos de espacio ni de tiempo , que abarca la mirada de Dios ; de Dios que ya ha resuelto desde la eternidad , burlar la malicia de Satanás ; aparece mas bella y mas graciosa que la aurora , blanca por su inocencia mas que los cándidos lirios de los valles ; fragante por sus virtudes , mas que las flores de los jardines y las plantas aromáticas de los bosques , la pura , la santa , la incomparable María. A su vista sonrien las

tres divinas personas de la Santísima Trinidad. El Padre la vé con ternura como á Hija. El Hijo con amor como á Madre. El Espíritu Santo con cariño como á Esposa. El Verbo vá á tomar nuestra humana naturaleza. María, sin dejar de ser Virgen, vá á ser Madre de Dios, por obra del mismo Dios. El mundo será redimido; y el hombre desde la miseria y abyeccion en que le precipitó la malicia de Lucifer, vá á ser elevado hasta ocupar las sillas del empíreo que el Ángel rebelde y sus secuaces perdieron por su inobediencia.

Este misterio, en que brillan á la par la omnipotencia, la sabiduría inmensa y la caridad infinita de Dios, se anuncia al hombre; y si Adán y Eva en medio de su desgracia, pueden á lo menos recobrar la esperanza, santificar sus trabajos durante la vida con el ejercicio de la resignacion y bajar tranquilos al sepulcro, es por la fé que tienen en este misterio. Lo mismo sucede á sus descendientes, que permanecieron fieles á Dios; siendo de notar que aun los que pervirtieron sus caminos, siem-

pré conservaron, siquiera confusamente, la creencia y la expectativa de un reparador. Los judíos tenían de este misterio una fé explícita; pues la venida del Mesías era por decirlo así, el centro de donde partian y á donde volvian á parar todos los dogmas de su fé y todas las ceremonias de su culto. Nada diremos de su esperanza en el Redentor, por que ella se trasluce en todos los hechos de la historia de aquel pueblo.

Pues lo que los padres del linaje humano esperaron y creyeron; aquello por que suspiraron los patriarcas y justos de la antigua ley; lo que anunciaron los profetas; aquello por que ansiaban hasta las mismas naciones paganas; eso, el misterio adorable y tierno de la Encarnación del Verbo Divino, es el primero que la Virgen Santísima nos llama á contemplar, cuando rezamos su predilecta oracion, el Rosario. No vayamos precipitados al pronunciar las Ave Marías, ni estemos distraidos mientras se reza esta decena, que harto breve es el espacio que ella puede durar, aun rezando pausadamente, para meditar las circunstan-

eias, á la vez instructivas y fecundas que concúrrieron en esta obra inefable de la Santísima Trinidad. Veámoslo.

Cuatro mil años estuvo el mundo en ansiosa expectativa, antes de que se cumpliese este adorable misterio: ¡Qué deseos tan ardientes tenían los patriarcas de que amaneciese el día de la redención! ¡Cuántos suspiros les costaba la tardanza de la venida del Mesías! ¡Cuán sinceras y fervorosas eran sus oraciones, para que al fin apareciese en el mundo el libertador de nuestro linaje! Pero, ¿cómo no vemos nosotros, cristianos tibios, cómo no vemos en todo esto la más fundada y terrible reprehension de la indiferencia con que contemplamos el cumplimiento de ese misterio, y la ingratitud monstruosa con que pagamos el inefable beneficio que Dios nos ha dispensado, de hacernos venir al mundo en siglos y países católicos, para que mas de cerca y mas cumplidamente gocemos de las ventajas indecibles que da humanidad ha reportado de la Encarnacion del Divino Verbo?

Por este misterio, Dios está con nosotros; pero ¿estamos nosotros con Dios? Respondan no nuestras palabras, sino nuestras obras. Los afectos del corazón de muchos cristianos, no están por desgracia en Dios sino en las criaturas; y aun aquellos afectos que la mayor parte de nosotros pensamos consagrarle, van mezclados con tanta y tan baja liga de la tierra, que Dios no puede menos de verlos con horror. Nuestros pensamientos, que todos deberían elevarse á Dios, por la intencion general de agradarle, son en su mayor parte vanos, frecuentemente malos, y aun á veces gravísimamente culpables. Nuestras acciones, nacidas de nuestros pensamientos, se encuentran inficionadas de los mismos defectos. Y así viene á suceder, por nuestra propia culpa, que frustramos en mucha parte las misericordiosas miras que Dios tuvo al hacerse hombre. Él quería estar con nosotros, declarando que nuestra sociedad sería su delicia; y nosotros, arrojándole de nuestras almas por la culpa, contradecimos el misterio de la Encarnacion.

¡Qué horror tan profundo debe inspirarnos esta conducta! Conozcamos de una vez su malicia, y detestémosla para siempre, proponiendo y llevando á cabo la enmienda. Mas esta no puede ser obra de nuestras propias fuerzas, que por sí solas nada pueden. Necesitamos del auxilio de la gracia; y para conseguirla con seguridad y abundancia, no hay medio mas eficaz que ocurrir á María en el Santísimo Rosario.

Primeramente aquí, en este mismo misterio de la Encarnacion del Divino Verbo, la Virgen Santísima se nos presenta como modelo de lo que debe ser el que desea estar con Dios y que Dios esté con él. La elevacion de María á la dignidad de Madre de Dios, fué precedida de su Concepcion sin mancha de pecado; porque Dios tiene horror á la culpa, y no puede habitar en una alma que se halle manchada con ella. Esto nos enseña, que nuestro principal empeño debe ser preservarnos del pecado, y que si hemos tenido la desgracia de caer en él, debemos procurar arrojarle cuanto antes de nosotros por la

penitencia. Así purificados, Dios no tendrá horror de bajar á nuestras almas, como no tuvo horror del castísimo vientre de María; y morando con nosotros por su gracia, como vivió en cuerpo y alma algunos meses en el seno de la Santísima Virgen, nos hará vivir de su vida y merecer mucho para la bienaventuranza.

Pero María, no solamente fué concebida sin pecado y se conservó siempre libre de toda culpa, sino que procuró adornar su alma de todas las virtudes, para que la habitacion que Dios se habia preparado en sus purísimas entrañas, fuese digna de la Majestad infinita. Esta es la segunda leccion que la Virgen Santísima nos dá en este misterio. No basta mantenernos exentos del pecado, es preciso adquirir y practicar las virtudes. Para esto nos dispensa Dios sus gracias, con las cuales quiere que coope-remos. No seamos como el siervo perezoso que enterró el talento; antes por el contrario hagamos que fructifique en nuestras almas, conforme á las sábias y benignas miras del Altísimo.

Pero ningun medio hay mas fácil, eficaz y seguro para conseguir de Dios la gracia de estar con Él, es decir, la de vivir con arreglo á sus preceptos, evitando el mal y haciendo el bien, que ocurrir á la misma Virgen Santísima, con la devocion del Rosario. No, no es posible que ella desatienda ni que deje sin correspondencia, la confianza y el fervor con que á su bondad nos dirijamos, solicitando su poderosa intercesion. Se acordará de que si fué elevada á la sublime dignidad de Madre de Dios, como meditamos en el primer misterio del Rosario; eso, en cierto modo, á nosotros mismos nos lo debe. Sí, si no hubiese habido pecadores que redimir, el Verbo Divino no se hubiera hecho hombre; y en tal caso, María no habria sido Madre de Dios. Es verdad que en esta circunstancia no tenemos nosotros ningun mérito de justicia, sino al contrario; pero para la misericordia, de la cual es tesoro riquísimo la bienaventurada Virgen; aquella circunstancia sí es una especie de mérito, ciertamente muy poderoso.

Tenedle presente, pues, ¡oh Virgen clementísima y afortunada! que fuisteis hallada digna de que el Ángel, nuncio de la Santísima Trinidad, os saludase *llena de gracia*, al anunciaros que el Verbo Divino venia á tomar carne humana en vuestro castísimo seno. Nosotros, que al oír esta dichosa nueva, nos llenamos de un gozo santo é inefable, no nos cansaremos de repetir esa misma salutacion, que os es tan honrosa. Ella indica que todo en Vos, es del agrado del Altísimo. Haced, Señora, que todo lo nuestro lo sea tambien; alcanzándonos las gracias necesarias, á fin de que nuestros pensamientos, palabras y obras, sean lo que deben ser, para que Dios Nuestro Señor se complazca en nosotros, guardada la proporcion debida, como tuvo en Vos sus complacencias.

*Otra lectura sobre el mismo misterio de la Encarnacion del Divino Verbo.*

Retirada en una pobre y humilde casa de Nazareth, ocupada en los deberes de su

estado y entretenida en los oficios propios de su condicion, estaba la mas hermosa, la mas pura, la mas santa de todas las mujeres. Frecuentemente levantaba los ojos al mismo tiempo que su corazon hácia el cielo; pudiendo decirse que ya estuviera en el trabajo, ya en el descanso, ora durmiese ora velase, su alma se mantenía en una íntima y no interrumpida union con Dios. Desposada, siguiendo los profundos designios de la Divina Providencia, con un hombre casto, recto y temeroso de Dios, hacían los dos consortes una vida, que aunque ignorada del mundo, era el objeto de la admiracion de los Ángeles y de las complacencias del Altísimo.

María y José eran, entre las almas justas, las mas fervorosas en esperar y pedir la venida del Mesías; pero ¡cuán ajenos estaban de pensar que bajo su modesto y pobre techo se habia de aposentar el suspirado de las naciones! ¡Cuánto distaba María de creer que ella, ella misma, habia de ser la Madre de un Dios! Y José, ¿cómo habia de imaginarse que el Verbo Divino, hecho hom-

bre, se le habia de someter cual á su putativo padre? Así es que, en la humildad de sus corazones, aunque estos se abrasaban en ansia por la llegada del Salvador y se derretian en suspiros, rogando á Dios que verificase ya la redencion de su pueblo; María y José no podian imaginarse, que ellos eran los séres afortunados, á quienes el Altísimo habia escogido para instrumentos del mas admirable de sus prodigios.

Pero de repente se abren los cielos y un mensajero de Dios, mas brillante en su rostro que el sol, vestido de colores mas bellos y variados que los nacarados arboles de la tarde, descende en derechura á la humilde casa donde moraban María y José. Penetra en la estancia de la purísima doncella, cuyo pudor se sobresalta al verle; así como su humildad se alarma, al oir de su boca, la cual al abrirse despide los mas fragantes aromas, estas palabras que jamás se han dicho á mortal alguno antes que á ella, ni podrán repetirse despues: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.* Al presentarse el Ángel, María

habia bajado modestamente los párpados, bellísimos velos de unos ojos mas hermosos todavía; pero cuando el celestial mensajero acabó de hablar, la emoción de la Virgen era tal, que Gabriel para tranquilizarla tuvo que añadir: *No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios. Hé aquí que concebirás y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús.*

Al escuchar este divino nombre, que es luz para el entendimiento, dulzura y consuelo para el corazón, é inefable armonía para los oídos, cálmanse las palpitations del pecho de María, difúndese la tranquilidad en todo su sér, y alzando ella sus purísimos ojos hácia el nuncio que le ha venido, de cuya santidad ya no puede dudar, puesto que pronuncia un nombre que jamás articularán los espíritus de las tinieblas, solo le resta representar con toda sumision y humildad, que si para obtener la elevada dignidad que se la promete, es preciso renunciar á la virginidad; ella, *la esclava del Señor*, prefiere este tesoro á

cualquiera honra por sublime que sea. Entonces la revela el Ángel todo el misterio: María, desde el momento en que se le asegura que sin detrimento alguno de su integridad y pureza será Madre de Dios, humillada mas y mas en su presencia responde: *hágase en mí segun tu palabra*. A este *hágase*, puede decirse que siguió un prodigio mas estupendo que el producido por aquel *hágase la luz*, con que la luz *fué hecha*; porque inmediatamente que la Virgen Santísima pronunció esta palabra, la virtud del Espíritu Santo sobrevino en ella; el Verbo Divino bajó á su casto seno; Dios se hizo hombre; comenzó la redencion del género humano; y se preparó la ruina del imperio de Satánas.

Todos estos prodigios se proponen á nuestra meditacion en la primera decena del Santísimo Rosario, y cada uno de ellos ofrece ancho y abundante campo á nuestras reflexiones. Mas, son tantas las que pudieramos hacer, que llenariamos con ellas un libro si quisieramos consignarlas todas aquí, por lo que nos ceñiremos sola-

mente á algunas de las principales, que nos brindan sólidas y saludables reglas de conducta, las cuales deben sernos por lo mismo mas provechosas.

El retiro en que la embajada del cielo encontró á María, debe servirnos de leccion, si queremos que Dios se comuniqué á nosotros. El tumulto del mundo, la agitación de los negocios, las diversiones peligrosas, no son preparativos adecuados para ponernos en relaciones con Dios. Es sin duda uno de los artificios mas eficaces del demonio, aunque de los menos conocidos por los hombres, la multiplicacion de los espectáculos y de las reuniones, entre las cuales son muy pocas las que no tengan algo de culpable para resfriar la piedad, entibiar la devocion y perder á las almas. Las que quieran conservarse puras, es indispensable que sean muy prudentes en la eleccion de sus amistades, y aun teniendo solo relaciones inocentes, no conviene que las cultiven demasiado, si desean mantenerse fervorosas. No queremos decir que todos los cristianos vivan como anacoretas, ni

que sus modales hayan de ser bruscos y groseros. Al contrario, la caridad pide que á todos nuestros semejantes los consideremos como hermanos, y la mansedumbre dicta que no solo correspondamos con agrado al agrado que los demás nos manifiesten, sino que tratemos con amor hasta á los que por su génio nos repugnan ó con sus malos procederés nos han ofendido. Pero entre esto y la indiscrecion hay una enorme diferencia. Con todos podemos ser urbanos y corteses, sin necesidad de intimarnos con ninguno; haciendo y recibiendo aquellas visitas y demostraciones, que son de costumbre y como de obligacion entre las gentes de buena educacion y de recta y temerosa conciencia.

Notad bien estas últimas palabras, especialmente vosotros, padres y madres de familia. Ninguna costumbre, por general é inveterada que sea, os autoriza para hacer ó permitir que vuestros hijos, hijas y domésticos, cuyas almas están á vuestro cargo, y de las cuales debereis dar á Dios una estrecha cuenta, asistan á reuniones

peligrosas, ni tengan amistades en que se esponga á riesgos su inocencia. Dios nos manda evitar las ocasiones próximas de pecado; y contra la ley de Dios no cabe prescripcion, digan ó hagan lo que quieran los mundanos. No es excusa decir que este ó aquel, que pasan por hombres ó mujeres de honor y hasta por piadosos, hacen semejantes cosas ó las permiten; porque los juicios de Dios, son muy distintos de los de los hombres. Por autorizados que estos sean, si sus ejemplos no se ajustan á la severa moral del Evangelio, sin erigirnos en sus jueces ni menos en sus públicos censores, debemos nosotros observar una conducta diversa, arreglándonos en todo á la ley de Dios. Cuando el Señor nos dijo: *sed santos*, no añadió como vuestros vecinos ó conocidos; si no, *como yo lo soy*. Hé aquí nuestro modelo.

Los conceptos que acabamos de indicar, se esplican y confirman mas con la conducta que observó la Santísima Virgen, cuando apareció el Ángel en su modesta habitacion. La vista de un extraño la con-

turba, no obstante que la luz que despedia el rostro de Gabriel y la compostura de todo su ademan no daban lugar á temer por su parte ni el mas ligero desliz. ¡Ojalá las personas jóvenes de ambos sexos aprendieran en esta leccion la suma delicadeza con que deben guardar el recato! De este modo evitarián á Dios muchísimas ofensas; y se ahorrarián á sí mismas muchas lágrimas amargas, y quizá estériles é infructuosas. El primer eslabon de la cadena pesada y vergonzosa que arrastran algunas personas en la vida, fué quizá una mirada indiscreta, ó el haber oido por curiosidad una conversacion peligrosa. Ninguno se hace pésimo de repente. El mal es una pendiente resbaladiza, en que debemos evitar con cuidado dar el primer paso, por que despues de este es muy difícil, es imposible sin una gracia especial de Dios, detenernos para no llegar hasta el fondo del abismo.

Pero de nada servirán nuestras precauciones, si no van acompañadas de la humildad. Esta virtud es como el cimiento

de todas las demás. El que quiere edificar una torre, cava tanto mas profundamente el cimiento, quanto mas elevado ha de ser el edificio.

Pues bien, como el edificio de nuestras virtudes se ha de elevar hasta el cielo, es preciso que sin cesar profundicemos el cimiento de nuestra humildad. Tomemos sobre esto ejemplo de la misma Virgen Santísima concebida sin pecado, llena de todas las gracias, como se lo declara el mensajero de Dios; María, sin embargo, en vez de envanecerse, se abate hasta llamarse la *esclava del Señor*; es decir, una *nada*; porque los esclavos eran nada, puesto que no se les reputaba como personas. Avergonzémonos de nuestro orgullo, al compararle con el modelo de abatimiento que en este misterio nos ofrece la Santísima Virgen; pero no nos ciñamos á resolver especulativamente ser *humildes*. Seámoslo prácticamente. Nunca hablemos sin necesidad verdadera de nosotros mismos, ni en bien, ni tampoco en mal; porque á veces, so color de deprimirnos, queremos ensalzar-

nos; haciéndolo, ó bien para que nos tengan por humildes, ó para que oyéndonos vituperarnos á nosotros mismos nos alaben. No busquemos de ningun otro modo los elogios ajenos, ni hagamos ó digamos cosa alguna por vanagloria. Cuando sepamos que otro nos censura, no nos defendamos, á menos que la caridad ó la justicia lo exijan, y perdonemos de todo corazon al que de esta manera nos hubiere agraviado. Menos nos erijamos en censores de los demás. Antes bien debemos echar á buena parte lo dudoso de su conducta; y cuando esta sea claramente indisculpable, callémonos y gímmos sobre su miseria y la nuestra, considerando que si Dios no nos tuviese de su mano, nosotros seriamos peores que los mas escandalosos pecadores.

Con este convencimiento íntimo y profundo, de que sin la gracia de Dios nada somos ni podemos, tanto para resistir el mal como para obrar el bien, pidámosle rendida y constantemente esa divina gracia en favor nuestro particularmente, y en general á favor de todos nuestros prójimos.

Sea esta una de las principales intenciones con que recemos el Santísimo Rosario, á saber: que Dios derrame sobre nosotros sus gracias, para salir de la culpa, si tenemos la desgracia de encontrarnos en ella, ó para continuar en la amistad de Dios, si actualmente gozamos de esa felicidad; que la derrame tambien sobre los justos, para que no caigan, antes bien adelanten en la perfeccion, y sobre los pecadores, para que saliendo de tan miserable estado, correspondan á las miras de Dios sobre todos los hombres. Generalizándose esta práctica de rezar el Rosario con tales intenciones, seria inmenso el bien que recíprocamente se hiciese con él á las almas; fuera del especial provecho que cada una reportaria de esta recomendable devocion. Tantas súplicas dirigidas á Maria Santísima, que es la dispensadora de los favores de Dios, atraerian sobre todos, justos y pecadores, una copiosa lluvia de gracias que fecundizaria los terrenos estériles; que son las almas de los pecadores, desterrando de ellos las malezas de los vicios, esterminan-

do los monstruos de los pecados; y en las almas de los justos, que bien pueden compararse á un campo fértil preparado, harían brotar nuevas flores de virtudes y sazonar los frutos de las buenas obras; siendo el resultado de todo la mayor gloria de Dios, un acrecentamiento de honor para María y nuestro progreso espiritual en esta vida, como prenda de la bienaventuranza en la otra.

### II.

#### **La visita de Nuestra Señora á Santa Isabel.**

¿Quién podrá no ya espresar, sino á lo menos comprender, los sentimientos del corazón de María y las virtudes en que se ejercitó su alma santísima desde el momento en que encarnó el Divino Verbo en sus purísimas entrañas? Llena estaba de fé y de reverencia; penetrada de amor y de ternura; absorta en la contemplacion de tan sublime prodigio de la omnipotencia y de la misericordia de Dios. Su corazón era co-

mo un vasto incendio. Su alma se perdía en un éstasis de gratitud. Todas las potencias de su sér, que antes de recibir tan estupendo favor, no se empleaban mas que en honra y gloria de Dios; ahora embebidas todas en el mismo Dios, entendimiento, voluntad y memoria, como que ya no la alcanzaban para servir al mismo Dios tanto cuanto quisiera. Entonces la Santísima Virgen convidaría á los Ángeles, á los hombres, á las criaturas todas, para que la ayudasen á alabar á su Dios; y no pareciéndole todavía bastante el concierto del universo entero para tributar al Altísimo las debidas acciones de gracias, pediría al mismo Dios que escusase su impotencia y que se satisficiera á sí mismo la deuda inmensa que ella no podía pagarle.

Mas no creamos que por eso la Santísima Virgen falte á sus ordinarias obligaciones, ni confunda las cosas al extremo de abandonar ninguno de los deberes de su estado, por entregarse á un ocio que parece santo, porque se emplea el tiempo en actos de religion no obligatorios en sí; ocio,

pero ocio que se hace culpable, porque por él se descuidan las obligaciones del propio estado. En María no hubo nada de esto. Fué fiel á todos sus deberes y puntual en todas sus obligaciones, despues de recibir la visita del Ángel como antes de aquel maravilloso suceso, hasta el punto de que su mismo esposo, Señor San José, nada notó en la persona de María que pudiese hacerle sospechar que habia recibido tan insigne favor del cielo. Era que la Santísima Virgen sabia muy bien lo que acaso ignoran muchos de los cristianos; y es que uno de los mejores modos de honrar á Dios, es el cumplimiento exacto de los deberes de nuestro estado, y que para rendir culto y alabanza al mismo Dios, no es preciso emplearse en muchas mas prácticas de religion que aquellas que la Iglesia prescribe á todos y las que la prudencia dicta á las personas especialmente devotas. Lo esencial es el cumplimiento de la ley de Dios y la observancia de los Mandamientos de la Santa Iglesia. Lo demás, escepto para las personas ligadas con votos ó sujetas á leyes especia-

les, como los religiosos y eclesiásticos, es de pura supererogacion en los particulares, los cuales harán bien, no cargándose indiscretamente con muchas devociones. Muy santas son todas las que han inventado las almas verdaderamente piadosas, y mucho mas recomendables son las que ha aprobado la Iglesia. Pero cuando se quieren multiplicar las devociones, puede fácilmente suceder una de estas dos cosas: ó que por cumplirlas todas, se hagan con precipitacion ó distraccion, casi maquinalmente, ó que si se han de practicar cual corresponde con pausa, mesura y atencion, se emplee en ellas un tiempo que reclaman los cuidados de la familia ó las atenciones de los intereres legitimos. Porque se debe entender que muchas veces será mas útil para nosotros el trabajo que los rezos; no solo en el sentido material, sino en el moral y espiritual. En efecto, el trabajo á que estamos condenados todos los hombres sin distincion, en castigo de la culpa de nuestro primer padre, que tambien lo es nuestro, es una cosa ordenada por Dios,

con el doble y profundo designio, de que sea pena y preservativo del pecado. Como pena, nos sirve de expiacion; y no es debido que nos sustraigamos de esta pena providencial, por ocuparnos en devociones, que por lo mismo que nos son menos penosas que el trabajo, podemos sospechar que sean un artificio del demonio para sustraernos al designio de Dios. Pero además el trabajo es un preservativo del pecado, porque una ocupacion honesta nos libra de pensamientos malos é importunos y de todos los males de que es fuente la ociosidad; siendo esta la razon que tuvo el Padre de la Iglesia, San Jerónimo, para dar este consejo: *Procura que cuando el demonio venga á buscarte, te encuentre siempre ocupado.* Es, pues, el trabajo uno de los medios mas eficaces para servir y agradar á Dios, con tal de que no nos ocupemos en cosas ilícitas, y que procuremos enderezar todas nuestras obras al mismo Dios, por medio de una recta intencion, que fácilmente podemos hacer al principio de cada una de ellas, ó por lo menos al encomendarnos

á Dios por la mañana. Por no hacerlo así, perdemos lastimosamente grandes tesoros de méritos, que podíamos ir allegando en el cielo; y lo peor es que no por eso nos libramos de los trabajos, ó á lo menos del fastidio que es á veces peor que la misma fatiga y cansancio que producen los quehaceres. Santificando estos por medio de la recta intencion, de su ofrecimiento á Dios y de breves y ardientes jaculatorias mientras estamos ocupados, llenaremos tambien el precepto de orar, que se nos ha impuesto; y aun de orar incesantemente, como nos aconseja el Apóstol: *Oportet semper orare et nunquam deficere.*

Mas el trabajo no debe ser exclusivamente provechoso solo á nosotros mismos, ni con su producto material, ni con los frutos espirituales que hemos indicado. La Virgen Santísima, emprendiendo un penoso viaje para visitar á su prima Santa Isabel, nos enseña tambien en este misterio que debemos procurar ayudar á nuestros prójimos. Y notemos qué dos clases de beneficios recibió la casa de Zacarías con la

presencia de María. Los primeros espirituales, que fueron, la santificación de S. Juan Bautista en el vientre de Santa Isabel, y la ilustración sobrenatural que recibió esta venerable anciana para conocer y publicar el misterio de la Encarnación del Divino Verbo. Los segundos temporales, porque la bienaventurada Virgen estuvo sirviendo á su santa prima todo el tiempo que permaneció en su casa, con lo que es indecible el favor que esta recibió de aquella afortunada visita.

A imitación de la Santísima Virgen debemos nosotros, pues, procurar que nuestro trabajo produzca, en favor de nuestros prójimos, algunos beneficios de esas dos clases. Desde luego puede asegurarse, que una vida cristianamente laboriosa es una predicación muda; la cual, por la fuerza del ejemplo, debe ejercer un saludable influjo sobre los demás. Con solo retirar á los ociosos de la ociosidad y reducirlos á entretenerse en alguna honesta ocupación, ¡cuántas ofensas de Dios se evitarían! Pues ¡cuántos actos de virtud no tuvieran lugar, en-

señando con el ejemplo á trabajar cristianamente! Trabajar cristianamente es, en primer lugar, cumplir los deberes de católico, y aun hacer aquellos actos de devoción, sencillos y fáciles, para los cuales hay tiempo siempre que se quiere, como oír una misa por la mañana devotamente, cercenando para esto, si fuere necesario un poco al sueño; y rezar por la noche con pausa y meditacion una parte siquiera del Rosario, añadiendo alguna lectura en un buen libro de piedad. Si despues de esto nos ocupamos, con espíritu de agradar á Dios y satisfacer por nuestras culpas, en algun oficio honesto, con asiduidad y constancia, pero sin agitacion ni inquietud, no desperdiciando inútilmente las ocasiones de ganar lo que lícitamente se pueda, para nuestra subsistencia propia ó la de nuestra familia, ó para socorrer á los pobres y auxiliar al mantenimiento del culto ó el fomento de las obras de utilidad general; pero dejando á Dios que bendiga nuestras empresas y las haga fructificar como sea de su agrado y convenga á nuestro bien,

sin enorgullecernos por el buen éxito, ni abatirnos por el malo; refiriéndonos en todo y por todo á la Providencia Divina, que sabe lo que nos falta y no defraudará la confianza que pongamos en ella; esto se llama trabajar cristianamente. Con solo decirlo, es evidente que un trabajo de esta clase debe ser de mucho provecho espiritual á nuestros prójimos.

Pues el temporal consiste en que de nuestro sobrante sean socorridos los pobres y necesitados. Dios es padre de todos los hombres y quiere que todos vivan. Si ha permitido que haya desigualdad en las fortunas, no es por capricho, no. Decirlo seria una blasfemia. Al contrario, la simultánea existencia de pobres y ricos en el mundo es uno de los designios mas sábios y benéficos de la Divina Providencia. Si todos fueran igualmente acomodados, ¿quién serviría á quién? Los hombres serian pobres en medio de las riquezas, los campos quedarian muchas veces abandonados, las artes sin progreso. Sobre todo, faltaria en mucha parte ese cambio recíproco de bue-

nos oficios que tiene lugar entre las personas de diversas fortunas, haciendo de la sociedad un conjunto armonioso, lo cual entra en los designios de la Providencia, para aproximar á los hombres y proporcionarles las ocasiones de ejercitar la caridad. Porque esta es la reina de las virtudes, la mas necesaria de ellas y de la que la Santísima Virgen nos dió un grande ejemplo en el segundo misterio del Rosario. Aprendamos de María á interesarnos en las necesidades espirituales y temporales de nuestros prójimos, como la bienaventurada Madre de Dios se interesó en las de San Juan y Santa Isabel. Mas no sea estéril esa compasion, sino activa y fecunda. Como María Santísima contribuyó á la santificacion del Precursor, contribuyamos nosotros á las de nuestros hermanos, edificándolos con nuestro buen ejemplo, atrayéndolos á la práctica del bien con nuestros discursos prudentemente dirigidos, cooperando á las empresas piadosas que tienen por objeto la conversion de los pecadores, y á imitacion de Nuestra Señora, que se empleó en el ser-

vicio de su dichosa prima durante el tiempo que estuvo en su casa, atendamos nosotros tambien á las necesidades corporales de nuestros semejantes. De este modo acumularemos tesoros en el cielo; porque el Señor se ha obligado solemnemente, y su palabra no faltará, á reconocer como hecho á Él mismo lo que hagamos en beneficio de los mas pequeños de nuestros hermanos.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

¿Quién podrá espresar los tiernos, dulces y encendidos afectos en que se abrasaria el purísimo corazon de María, considerándose continuamente en la presencia de su Dios, mientras que hacia el viaje para visitar á Santa Isabel y durante su permanencia en la casa de esta su afortunada prima? Sola, con su justo esposo, á lo largo de los caminos, en el silencio de los campos, á la orilla de los torrentes, siempre estaba ocupada, siempre absorta en la contemplacion de su Dios, á quien llevaba con toda devocion y reverencia, en sus

castísimas entrañas. Ya velase, ya durmiese; ora callase, ora hablase; en todo tiempo y en cualesquiera circunstancias, Nuestra Señora no perdía ni por un momento de vista á su Dios. Así es que todos sus pensamientos, sus palabras todas, todas sus obras, eran otros tantos actos de homenaje, de adoracion y de alabanza al Señor. La vida de la Virgen, desde el primer instante de su purísima Concepcion, fué sin duda un holocausto no interrumpido de amor de Dios, mas puede decirse que desde el momento de la Encarnacion del Divino Verbo, se dilataron en estension y se hicieron mas vivas y penetrantes en intension, las llamas de aquel incendio de caridad que alimentaba en su corazon. Pero entre los ejercicios de virtudes en que se ocupaba la Santísima Virgen, distinguíase seguramente el de la presencia de Dios; el cual ejercicio la servia á la vez de premio y de estímulo en el camino de la perfeccion, que recorria con la majestad de una águila, que dejando muy atrás á todas las otras aves, se lan-

za en los aires y se remonta hácia el Sol. De aquí debemos nosotros sacar la importante leccion, de que para llevar una vida virtuosa, especialmente si hemos de vivir en medio del mundo, es muy conveniente que nos habituemos al ejercicio de la presencia de Dios. El Señor está en todas partes, observa todas nuestras acciones y omisiones, no se le oculta ni el pensamiento mas íntimo ó ligero, para su mirada no hay sombras y vé en medio de las tinieblas infinitamente con mas claridad que nosotros en medio de la luz. Todo esto es cierto. Nosotros lo sabemos, pero no lo entendemos, ó lo olvidamos, y como si en el dia de nuestra muerte, que indefectiblemente ha de llegar, y que ha de ser el que menos pensemos, no tuvieramos que presentarnos ante ese mismo Dios para darle cuenta con severidad de toda nuestra vida, la pasamos ofendiéndole, con nuestros malos deseos, nuestras malas palabras y nuestras malas acciones, ó dejando de cumplir los preceptos que el mismo Señor ó su Santa Iglesia nos han impuesto, ó en fin descuidando la

práctica de las buenas obras , sin acordarnos de que Dios nos condenará por la falta de ellas , como el dueño del árbol sin fruto le condenó al fuego por su esterilidad.

¡ Cuán necios somos , si nos figuramos que alguna de nuestras culpas ha de escaparse al conocimiento de Dios , ó si creemos que ha de desaparecer del cargo de nuestra cuenta , mientras no la borremos de ella por medio de una verdadera penitencia!

¡ Cuánto mas cuerdamente procederíamos , absteniéndonos de cometer esas faltas , que no borradas , nos han de perder , y que exigen para desaparecer , un dolor inmensamente mayor que el placer efímero , miserable y sucio que pudimos experimentar al cometerlas! Cuando los enemigos de nuestra alma nos inducen á perderla , por un poco de dinero , por un vil deleite , por una baja venganza , deberíamos hacer esta reflexion: « Dios está presente y me vé; si cometo esta culpa , su terrible indignacion se enciende; y en el momento mismo , puede perderme man-

dándome comparecer en su presencia, sin darme tiempo para lavar las manchas de mi alma en el sacramento de la reconciliación, ó por medio de una verdadera contrición. Mas dado caso que no quiera castigarme al punto con las penas del infierno, aunque con toda justicia puede hacerlo; ¿me perderá por eso de vista? No, yo quedo siempre en su presencia; pero ¿cómo quedo? Deforme, abominable. En vez de ser un objeto de complacencia lo seré de horror. Todo cuanto yo haga en ese estado por bueno que sea, será de ningún mérito; ó mejor dicho, nada podré hacer entonces, que sea algo con relacion á la vida eterna; así como un muerto material no puede respirar, ni moverse. De consiguiente lo que ganaré viviendo despues de cometida la culpa, sino hago penitencia de ella, será lo que gana un cadáver privado de sepultura. La corrupcion se apodera de él, las aves carnívoras acuden á hacer de él presa, aparecerán los gusanos. En una palabra, él llegará, segun una espresion célebre, á ser una cosa que no tiene nombre; tan

fétida, tan espantable, que se reputaria por uno de los mayores suplicios tener que abrazarse con ella ó siquiera permanecer á su lado.»

«Esto es cierto, indubitable; y sin embargo ¡oh locura, oh rabia del pecador contra sí mismo! Hay muchos, casi son innumerables, los que teniendo su alma reducida á tan triste estado, llevando así en su interior un cadáver, mil veces mas horrible que el cadáver material mas adelantado en descomposicion, están tranquilos, rien, cantan, meditan nuevos escesos. Pero, Dios que los está viendo ¿qué juzgará de todo eso? ¡Ah! Además de Dios, hay otros dos testigos de este espectáculo; el uno que llora y es nuestro buen Ángel, que en vano nos inspira sin cesar saludables consejos; el otro es el Ángel malo, Satanás, que empujándonos con una mano hácia el pecado, con la otra vá escribiendo cuantas faltas cometemos, para no pasar por alto ninguna sin echárnosla en cara el dia del juicio.»

«Pensemos, pues, continuamente que

en ninguna parte estamos solos. Desde que venimos al mundo hay tres testigos que nos observan. Antes de que amanezca en nosotros el uso de la razón, ya están en vela para observar nuestra conducta. Todos nuestros pasos se siguen, todas nuestras palabras se pesan, todos nuestros pensamientos pasan por un riguroso criterio. Cuando dormimos, ahí están los testigos; y apenas al abrir los ojos, se disipan en nuestra imaginación las fantasmas de la noche, que muchas veces son creadas por el mal Ángel, cuando el Ángel bueno nos dice: *Alerta*; y nos repite esta voz en todos los momentos, para que en ninguno nos descuidemos.

— *Alerta, alerta*, pues. Seamos buenos porque Dios nos vé; y seámoslo solo por agradecerle. Nada de lo que hagamos en su obsequio será perdido, porque su ojo divino todo lo descubre y para el Señor no hay olvido posible. Cuando servimos á los hombres, ellos, que no conocen nuestra intención, pueden fácilmente equivocarse en el juicio que hagan de nosotros, creyéndose auto-

rizados para no agradecernos los buenos oficios que les prestamos, por sospechar que hemos tenido al hacérselos alguna segunda mira. Además es difícil que en los hombres no se borre ó por lo menos no se debilita la memoria de los beneficios recibidos; pues necesiéndolos casi todos los dias, sucede que los nuevos eclipsan á los antiguos. Pero aun cuando los hombres se acuerden de la gratitud que nos deben y quieran comprobárnosla; ¿qué podemos aguardar de ellos? Cuando mas, algunos obsequios que por la flaqueza inherente á la humanidad, solamente serán pasajeros y limitados. Por el contrario, en todo lo que hagamos para agradar á Dios, teniéndole siempre presente en todos nuestros pensamientos, palabras y obras, para consagrárselas por medio de una recta intencion; nada pasará desapercibido, nada será olvidado, y hasta lo mas mínimo é insignificante obtendrá un premio verdaderamente liberal y generoso. Es un comercio noble y sublime, que el Criador se digna tener con sus criaturas; en el cual dando-

les El mismo el fondo necesario para que trafiquen, que es su gracia, sin la cual no podemos hacer cosa alguna de provecho en orden á la vida eterna; paga Dios con usura cuanto hemos hecho para agradarle, ya tengan nuestras obras por objeto inmediato al mismo Dios, como los actos de religion; ya se dirijan al bien de nuestros prójimos, como las obras de caridad; ya se encaminen á nuestro propio aprovechamiento, como el ejercicio de las virtudes; y aun las acciones ordinarias y materiales de la vida, con tal de que las enderecemos á Dios.

En efecto, es tan bueno nuestro Dios que se digna recibir como un homenaje tributado á Su Majestad, aun el comer y el beber para la satisfaccion de las necesidades de la vida, el descansar y el pa-  
 sear para reparar las fuerzas y recrear el ánimo honestamente; con tal de que, así en estas como en cualesquiera otras cosas análogas, tengamos intencion de entrar en sus designios, de agradarle y servirle. ¡Qué mina se nos presenta aquí para explotarla

y hacernos ricos de méritos delante del Señor! ¡Cuántos tesoros hemos desperdiciado en los años que llevamos de vida, ya por haber hecho solo maquinalmente, y á la manera de los irracionales, todas las obras de nuestra vida, sin elevarlas á Dios por la intencion; y lo cual es infinitamente mas sensible, por haber tenido un fin culpable y una intencion torcida en muchas de nuestras obras! Pero si hemos sido locos ó criminales en lo pasado, enmendémonos en lo venidero. Hagamos desde este instante un buen acto de la presencia de Dios. Renovémosle todos los días y muchas veces entre el dia. Formemos todas las mañanas una intencion general de referir todos nuestros pensamientos, palabras y obras á mayor honra y gloria de Dios. Tengamos continuamente en el alma el pensamiento de que el Señor nos vé, y sea nuestra conducta tan arreglada y circunspecta, que lejos de merecer los reproches de tan augusto testigo, seamos en todo objeto de su agrado y complacencia. Así nada haremos que á la hora de nuestra muerte nos hiele de espanto, al

considerar que el Dios, testigo vigilante; vá á ser el Dios, juez inexorable.

### III.

#### **El nacimiento temporal del Hijo de Dios hecho Hombre.**

Los pensamientos de Dios, no nos cansamos de repetirlo, son muy distintos de los de los hombres. Estos se deslumbran con el brillo de las riquezas, se ofuscan con los honores, y se afanan por conseguir las comodidades. Nuestro Señor Jesucristo, disponiendo que su nacimiento temporal se verificase, no en un palacio opulento y lujosamente amueblado, sino en un establo destruido y abandonado; no en medio de muchos servidores, sino con la sola asistencia de María, que acompañada de José había llegado á Belem poco tiempo antes, sufriendo el desaire de no encontrar en toda la ciudad de sus mayores, una sola puerta que se les abriese, para brindarles una posada menos miserable y abatida; nuestro Se-

ñor Jesucristo quiso de esta manera, desde su aparición en el mundo, condenar con su ejemplo, nuestra desordenada codicia y nuestra perniciosa ambición; dándonos con su ejemplo, una enseñanza sublime, de que la verdadera felicidad y la positiva grandeza, no consisten en poseer con abundancia los bienes caducos de la tierra, ni en ser el blanco de los homenajes y adulaciones de los hombres.

Cuando rezamos este tercer misterio del Rosario, debemos meditar estas verdades y pedir á Dios la gracia necesaria para comprenderlas, gustarlas y reducirlas á la práctica. Porque desgraciadamente nos equivocamos con frecuencia sobre el valor de los bienes y honores de la tierra, sacrificando por conseguirlos nuestros intereses eternos. Convenzámonos una vez para siempre que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. Convenzámonos también de que los que adquieren riquezas injustamente, ó alcanzan honores por vías ilícitas en esta vida, si no hacen penitencia de ello, serán en toda la

eternidad horriblemente pobres, porque no poseerán á Dios, y faltándoles Él les faltará todo; y tendrán sobre sí una nota de imperecedera infamia, quedando reducidos á la esclavitud del demonio y á la compañía de los precitos. Convenzámonos, por último, de que en cambio del desapego de los bienes de la tierra, los cuales nunca podrán satisfacer el vacío de nuestro corazón, nos dará Dios los bienes sólidos é inmensos del cielo; así como en correspondencia del amor que hayamos tenido á las humillaciones nos coronará de una gloria sublime é inmortal.

Persuadidos de todo esto, ordenemos nuestra conducta cristianamente, en todo lo relativo á los bienes y honores de este mundo. No es preciso que renunciemos efectivamente á la posesion de los bienes, si no estamos llamados á tan alto grado de perfeccion. Mas bien, si tenemos familia que mantener, ú otras obligaciones pecuniarias que cumplir, debemos poner una moderada solicitud en adquirir bienes temporales; pero al hacerlo así, guardémonos

cuidadosamente de dar en uno de dos escollos. El primero es, de ejercitarnos en profesiones ilícitas, y de emplear medios injustos con la mira de enriquecer. Dios ha entregado el universo al hombre, constituyéndole señor de la creación; pero el hombre al explotar la naturaleza, y al dedicarse á los negocios, debe siempre respetar la ley de Dios. Cuando se atraviesa un pecado, por leve que sea, es preciso retroceder; y si fuese la culpa grave, antes debemos perderlo ó renunciarlo todo, que cometerla. Carezcamos de todo menos de la gracia de Dios. Con esta todo lo tenemos; pues Dios, que es nuestro Padre, y mantiene á las aves, que no siembran, y viste á los lirios, que no tejen, tendrá cuidado de nosotros, y hará que no nos falte su Providencia; mientras que si desconfiamos de ella, pecando por enriquecer, su justicia hará que nuestros mismos bienes se disipen tarde ó temprano, ó que nos opriman con su peso cuando los poseemos, ó nos sirvan de un insoportable torcedor en toda la eternidad. El segundo escollo de

que debemos huir, cuando se trata de las riquezas, es poner en ellas nuestro corazón. Esto es para el cristiano una especie de idolatría y á los ojos del sábio una locura. Criados los bienes de esta clase para servir al hombre, ¿podrá darse insensatez mayor en el hombre que hacerse esclavo de esos bienes? Adquirámoslos enhorabuena por medios honestos; conservémoslos con una prudente economía; pero no nos apeguemos á ellos de manera que constituamos nuestra felicidad en su posesion, hasta el punto de embriagarnos de gozo cuando se aumentan, ó de abatirnos y caer de ánimo cuando se disminuyen, ó de concebir envidia contra los que tienen mas, ó de alimentar eternos odios contra los que nos los han usurpado. No, hombre, sea tu corazón mas noble que el oro y la plata. No, cristiano, sabe que tu alma, formada á imágen de Dios, y redimida con la sangre de Jesucristo, vale infinitamente mas que todos los metales del mundo. Aprende de tu Divino Maestro á despreciarlos por lo que son en sí, no estimándolos sino en

cuanto puedan servirte para satisfacer tus necesidades y las de tus prójimos. Sé, por tanto, liberal para con todos los indigentes; manifestando de este modo, que si no eres pobre en efecto, honras y estimas la pobreza, como la virtud favorita de Jesucristo, apresurándote á socorrerla en la persona de los necesitados.

En cuanto á los honores, que tantas veces nos inquietan antes de obtenerlos, y nos deslumbran despues de haberlos conseguido, es necesario tener presente que ellos nada son si no están acompañados del mérito; que el mérito verdadero es inseparable de la virtud; y que la virtud verdadera tiende á ocultarse en vez de dejarse ver; huyendo de las distinciones, en lugar de solicitarlas ni buscarlas siquiera. El mundo, como se ha repetido por muchos, no es mas que una decoracion de teatro; donde las señales de distincion y de rango, no duran mas que el breve período de la vida. Acabada esta, de nada nos servirán delante de Dios los vanos títulos con que nos hayan condecorado los hombres; y

vendrá un tiempo en que veremos brillar, como estrellas del firmamento, á algunos pobres y sencillos, que el mundo miró con desprecio, ó persiguió con sus burlas; mientras que muchos de los que fueron ídolos del mismo mundo, estarán condenados á perpétua pena y á infamia perdurable. No busquemos, pues, mas honor que el de servir á Dios. Si tenemos la felicidad de agradarle, poco nos importa que el mundo esté disgustado con nosotros. Por el contrario, de nada nos aprovechará que el mundo nos aplauda, si el Señor nos condena.

¡Ah! ¡qué desgracia! Fatíganse los mortales por hacerse con nombre, por colocarse en un puesto de distincion; y para conseguirlo tienen que pasar muchas penas, que vencer grandes contradicciones, que concitarse malignas envidias y rencorosas enemistades, que sufrir humillantes desaires y que contentar mil caprichos. A todo esto se someten por llegar á la posesion de los honores, que son como el humo, huecos mientras se tienen y prontos

á disiparse. Pero les pide Dios que obediéndole se sometan al yugo de su ley que es suave, prometiéndoles su gracia para sobrellevarle y su gloria en premio si son fieles; y entonces los hombres se quejan, se lamentan; unos se rebelan abiertamente, y otros se someten con tristeza y de mala gana. ¡Qué trastorno de ideas! ¡Y despues de esto, los hombres se envanecen de su superioridad y de su talento!

En cuanto á mí toca, quiero aprender de Vos ¡Jesús mio! que nacido del Padre Eterno antes de todos los siglos, quisisteis nacer en el tiempo, para nuestra redencion, de las purisimas entrañas de nuestra Señora la Virgen María, en este pobre y abandonado establo, para darnos un ejemplo de amor á la pobreza y á la humillacion, que yo quiero imitar siempre, contando con el auxilio de vuestra gracia.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Luego que hubo nacido Jesús, María, recibéndole en sus brazos, le adoró como á su

Dios, y le estrechó contra su corazón, como á Hijo de sus entrañas. Su castísimo Esposo José, humildemente postrado en tierra, le rindió tambien devotísimos homenajes. Los pastores, advertidos por un Ángel del prodigio, vinieron sin dilacion á visitarle, trayéndole los dones que permitia su pobreza; pero tambien lo que vale infinitamente mas á los ojos del Señor que todos los bienes del mundo, y es el tributo de sus sencillos y rectos corazones. Finalmente, despues de la demora consiguiente á un largo viaje, llegaron los Magos del Oriente, que habiendo visto la nueva estrella que apareció en el firmamento para anunciar que el Salvador habia nacido al mundo, y guiados por aquel astro milagroso, comparecieron delante del pesebre, se arrodillaron en presencia de Jesús y le ofrecieron oro, incienso y mirra.

¡Cuántos misterios en uno solo! El primero es la preferencia dada á la santa pureza, en la persona de la bienaventurada Virgen, para ser admitida la primera al acatamiento del Señor y al mas santo, in-

timo y continuo comercio con Dios, Justo era que la planta incontaminada que habia producido el cándido lirio de los valles, aspirase antes que otra su fragancia; y que dulcemente embriagada con aquellos aromas divinos, descansase á la sombra de su amado. De esta felicidad debia participar el hombre justo á quien Dios habia confiado la guarda de la honra de María; y participó de ella en efecto Señor San José; siendo admitido mientras vivió á la familiaridad de Jesús, que le reverenciaba y obedecia cual si fuese su padre. Nosotros, guardando la santa virtud de la continencia, cada uno segun su estado, podemos pretender la participacion, en nuestra respectiva esfera, de los altos privilegios que María y José gozaron por su virginidad cerca del Divino *Jesús*. ¿Qué mayor honor, qué ventaja mas grande, que tener derecho á una comunicacion mas inmediata con nuestro Dios? Solo por conseguirla han hecho tantos y tan generosos sacrificios, innumerables almas cristianas, á quienes nosotros no podemos imi-

:

tar, con nuestras solas fuerzas, pero sí, ayudados de la divina gracia. Esta nos será concedida con abundancia si á Dios la pedimos, especialmente valiéndonos para ello de la intercesion de la Santísima Virgen, que tanto amaba la pureza y á las almas que la guardan. Sea esta, pues, una de las principales intenciones con que recemos el Santísimo Rosario; y no dudemos que con la continencia, nos vendrán inmensos bienes.

De los pastores que vinieron á Belem, poniéndose en marcha tan luego como el Ángel les anunció la alegre nueva del nacimiento del Salvador, aprendamos á ser dóciles á las inspiraciones divinas, prontos y decididos para ejecutar lo que ellas nos mandan; pues de todo esto nos dan un grande ejemplo aquellos afortunados pastores. Ellos no entran en discusion con el celestial mensajero, ni piden extraordinarias ó magníficas señales para reconocer al Dios-Hombre que se les dice acaba de nacer; tanto que basta se les indique como han de encontrarle, aunque esto parezca

tan poco conforme á la majestad del Señor, anunciándoseles que le hallarán envuelto en pobres pañales, sobre un humilde pesebre. Inmediatamente, sin reparar en lo avanzado de la hora, ni cuidarse del abandono en que tienen que dejar su ganado, ni asustarse por los riesgos del camino, ellos se ponen en marcha, sin ninguna otra mira, que la de tributar á Dios sus humildes homenajes.

¡Qué contraste entre esta conducta y la que nosotros observamos frecuentemente! Conocemos la voluntad de Dios, ya por su ley, ya por las de la Iglesia, ya por las inspiraciones de la gracia; y en vez de rendirnos con docilidad, discutimos ó desobedecemos; y en lugar de cumplir con presteza y agrado lo que debemos hacer, cuando no resistimos, obramos tardíamente y con mala voluntad, á mas no poder. ¿Cómo podremos así complacer á Nuestro Señor? Es indispensable que en esta parte tambien reformemos nuestra conducta, acatando en todo y por todo la voluntad divina, y sometiéndonos, con resignacion y ale-

gria, á quanto Dios quiera disponer de nosotros y de lo que nos toca y pertenece.

De los Magos aprendamos á subordinar nuestra razon y nuestras luces, á la revelacion que Dios se ha servido hacer á los hombres, creyendo firmemente cuantos misterios de fé nos enseña y propone la Iglesia, como depositaria del tesoro de la revelacion y maestra de todas las gentes y naciones. A imitacion de aquellos sábios, que no se avergonzaron de dejar sus casas y comodidades por ir en busca del Dios-Hombre, nacido en el mayor abatimiento; no nos avergoncemos nosotros, en ninguna circunstancia, de practicar nuestra religion. Muéstranse ufanos en el mundo los hombres que de diversos modos faltan á sus deberes de religion, y se glorian algunos de esas mismas faltas que deberian ser para ellos una causa de confusion; puesto que el ser fiel á sus deberes, prueba fuerza de alma y mérito positivo. Tambien hay personas que se corren de que las vean ejecutar aquellos actos de religion, sin los cuales la profesion de cristiano vie-

ne á ser una cosa nominal; dando así estas personas una prueba de cobardía, que debiera humillarlos. ¿Qué hay en las prácticas religiosas, que pueda ser legítimo ó razonable motivo de vergüenza? Nada absolutamente. Al contrario, en los sacramentos, cuya frecuencia es para muchos la ocasion de esa detestable vergüenza, todo es grande, interesante, filosófico y honroso; todo en una palabra es divino. Es verdad que en el de la penitencia, el hombre se humilla, pero es solamente delante de Dios; pues el ministro á quien se confiesa, hombre miserable como él, ni se envanece por la superioridad que ejerce en aquel acto, ni tiene en menos al que le declara sus culpas. ¿No las cometerá tal vez él mismo y acaso mayores? ¿No tiene necesidad él tambien de misericordia y perdon, como los demás hombres? No hay, pues, motivo alguno justo de avergonzarse por frecuentar este sacramento, en el cual la humillacion voluntaria á que nos sometemos, nos rehabilita, ennoblece y ensalza. Un dia veremos á los que en vida rehusan acusar sus

pecados delante del ministro de Dios, llenos de confusion y de ignominia, por la revelacion que se hará de las iniquidades que han cometido, en presencia de todo el universo. Menos razon hay para corrernos, de que nos vean acercarnos muchas veces á la Sagrada Mesa de la Eucaristía. Al contrario, nada es mas honorífico para nosotros, que entrar así tan inmediatamente en comunicacion con nuestro Dios, que es la fuente de toda gloria verdadera. *lo no sup*  
 Despreciemos los dichos de los mundanos, cuyas ideas son tan inexactas como erradas en materia de piedad; porque la mayor parte de ellos ni la conocen, ni están en disposicion de juzgarla con acierto. Con conocimientos superficiales de religion y dominados por sus pasiones, quieren por medio de burlas nécias é insípidas, apartar á otros de la práctica de la religion; para no tener en los que la observan unos mudos, pero enérgicos censores de su conducta. Si no fuera por esto, ellos no se cuidarian de que este y el otro, entre sus amigos y conocidos, se manifestasen devotos; co-

mo no se les dá nada de que en otras materias, otros de sus amigos ó conocidos, manifiesten ideas é inclinaciones diversas de las suyas; puede ser tambien que la vista de los actos de religion que otros ejecutan y la regularidad de la vida que llevan, despierte en ellos el aguijon del remordimiento, y que para evitarlo, ellos mismos se empeñen en que sea el número mayor posible, el de los malos que viven olvidados de Dios. Mas no seamos nosotros tan insensatos, como seria necesario serlo, para darles gusto. Al contrario, imitemos á los sábios del Oriente que vinieron hasta Belem para adorar á Jesucristo recién nacido, presentándole dones simbólicos para nosotros; el oro, el incienso y la mirra: el oro como á Rey, el incienso como á Dios, la mirra como á hombre: el oro que simboliza la fé, el incienso la esperanza, y la mirra la caridad. Presentémonos nosotros con estas tres virtudes delante del pesebre, reconociendo y confesando que está ahí el Soberano Señor de nuestras almas, un Dios hecho hombre por nuestro amor; esperan-

do de su infinita misericordia, que le ha hecho ponerse en tan abatido estado por nuestro bien, todas las gracias que necesitan nuestras almas, y pidiéndoselas con humildad y confianza de que no nos las negará; y amándole con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, como nuestro único y supremo bien, como nuestro Dios y nuestro Salvador; á quien es debido todo honor y gloria, por los siglos de los siglos.

#### IV.

### **La Purificacion de Nuestra Señora.**

Si el hombre reflexionara en lo poco que es y en lo mucho que con sus propias faltas desmerece, jamás se creeria digno de ningun puesto elevado y menos le solicitaria nunca. Así desapareceria del mundo la ambicion, que es una causa tan fécula de agitaciones, de choques, de trastornos y desgracias entre los hombres. Contento

cada cual con su suerte, no se emplearian sino los medios licitos para adelantar, y cuando algunos llegaran á elevarse, serian humildes en medio de su prosperidad, considerándose mas bien desgraciados que felices en la misma elevacion, por las caidas á que los espone.

De tan sábia conducta nos dá un admirable ejemplo la Santísima Virgen en este cuarto misterio del Rosario; donde la vemos, sin estar obligada á la ley de la purificacion, porque en la concepcion y nacimiento del Divino Verbo todo fué puro y santo, venir humildemente como las madres comunes á cumplir las ceremonias que prescribia el culto. De dos maneras es edificante para nosotros este modelo de humildad; pues nos enseña á no escatimar á Dios la sumision que le debemos, y á no pretender para nuestras personas distincion alguna.

No deja de suceder algunas veces entre los cristianos, que se obedezca la ley divina ó la de la Iglesia de mala gana, ya buscando pretestos para eludir el precepto

del todo, ya cercenando en el mismo cumplimiento lo mas que nos es posible. Por ejemplo, nuestras oraciones se procura que sean lo menos largas que se pueda; incomodándonos frecuentemente si la Misa que oimos por obligacion no es tan breve como se nos antoja. Respecto del ayuno, quando le guardamos, es con tantos alivios y dispensas, que esta especie de mortificacion no es casi ni sombra de lo que fué en los antiguos tiempos. Y no es porque nuestras costumbres sean mas puras, ni porque tengamos menos pecados de sensualidad que expiar; pues al contrario, pudiera decirse que los desórdenes de este género, cuyo remedio heróico es la mortificacion, jamás habian reinado en la tierra, desde el establecimiento del cristianismo, con mas general y tiránico imperio que el dia de hoy. Los hombres se han materializado, las naciones mismas no dan importancia sino á las mejoras que tienden á aumentar las comodidades y los goces del cuerpo; y no se puede menos de concebir alarma quando se detiene uno á reflexionar hasta dónde po-

drá llegar el estrago de la sensualidad. Hoy, pues, mas que nunca deberían los verdaderos fieles ser exactos en cumplir las leyes de la Iglesia que, por la mortificación de los sentidos, elevan las almas, comprimen los vicios, hacen reinar las virtudes, y dan derecho á los bienes eternos. Fijemos los ojos en María, que bien pudo dispensarse, ó mejor dicho, considerarse no comprendida en el precepto de la purificación; pero que lejos de hacerlo así, quiso con su ejemplo mostrarnos hasta qué punto debemos llevar el respeto á las leyes de Dios y de consiguiente á las de su Iglesia. Porque los preceptos eclesiásticos son, en cierto modo, preceptos divinos; supuesto que la Iglesia los impone en virtud de la autoridad que al efecto ha recibido del mismo Dios, quien ha declarado que cuando se desprecia á la Iglesia á Él mismo se le desprecia.

Mas no es esta la única lección que nos dá la Santísima Virgen en el presente misterio. Nadie rehusa respetar las leyes, cuando ellas no se oponen á sus pasiones ó

intereses; pero si sucede lo contrario, son innumerables los argumentos y subterfugios que se hacen valer, ya para debilitar la autoridad del legislador, ya para eludir la letra de la ley, ya para torcer su espíritu. No así María. La ley mandaba que la mujer, después de su parto, se considerase impura, y que si daba á luz un varón le presentase en el templo á los cuarenta dias, con una ofrenda mas ó menos costosa, segun su condicion. Ya hemos dicho, y es bien obvio, que pues suponía la ley una impureza, no existiendo esta en María, sino en su lugar la santidad mas elevada y la mas cumplida pureza, antes como después de su parto, la ley no hablaba con ella. Pero si la Santísima Virgen hubiera dejado de cumplir la ley de la purificación, habrían podido suceder dos cosas: ó que la reputasen impía, los que ignorando como ignoraba la generalidad, el misterio de la Encarnacion del Divino Verbo, reparasen que no cumplía la ley; ó que apartándose de juzgar mal de una mujer tan santa, creyesen que si se escepcionaba del precepto era

por haber recibido algun insigne favor del cielo. En lo primero podia haber algun escándalo, mientras que de lo segundo hubiera podido resultar una gloria de que huia la humildad de la Santísima Virgen.

Si queremos, pues, imitar á Nuestra Señora, esforcémonos en evitar á nuestros prójimos hasta la mas mínima y remota ocasion de escándalo. Demasiado graves y multiplicados serán los cargos á que tendremos que responder en el tribunal de Dios, solo por nuestras propias culpas, para que vayamos á aumentar el terrible peso de nuestra responsabilidad, con el reato de las culpas ajenas. Es tan grande este pecado del escándalo que, segun la sentencia de nuestro Divino Salvador, mas nos valdria ser arrojados á lo profundo del mar con una piedra de molino al cuello, que cometerlo. Y la razon es clara. El que con sus escándalos es causa de que otro cometa un pecado grave, puede ser llamado asesino, no de su cuerpo, sino de su alma; la cual por ser eterna, hecha á la imagen de Dios, y estar redimida

con el inmenso precio de la sangre de Jesucristo, vale infinitamente mas que el cuerpo. En el mundo se juzga que el que ha quitado á otro injusta y alevosamente la vida, merece en pena perder la suya; y no es extraño que en el tribunal de Dios, pierda su propia alma, el que con un escándalo hizo que otros se condenasen.

¡Terrible verdad, que á todos nos debia helar de espanto y hacer temblar de horror! ¿Quién es el hombre afortunado que no ha dado escándalo? Fuera de los que directamente han inducido á otros al pecado, cuyo linaje de escándalo es el mas grande de todos, son muchos los que con sus acciones menos edificantes, con sus palabras libres, ó con sus burlas impías, han sido causa de que otros aprendan el mal que dichosamente ignoraban, ó se estimulen y animen á cometerle. ¡Ah! Y una vez que hemos sido causa de que otro caiga, ¿quién nos asegurará, para tranquilizarnos, que se ha arrepentido y enmendado? ¿Qué revelaciones tan espantosas se nos harán sobre esto el dia del juicio!

Veremos quizás condenadas por nuestra culpa muchas almas, que acaso ni podíamos pensar que existiesen y menos que nuestro escándalo pudiera influir sobre ellas. Nos observaron acaso, cuando nosotros no las veíamos, ú oyeron, por relacion, los pecados que nosotros habíamos cometido, y se animaron por eso á cometer otros análogos. Reflexionando sobre estas verdades, debemos tomar al momento la resolución de reformar nuestras costumbres y de observar, con el auxilio de la gracia de Dios, una vida tan arreglada á las leyes y al espíritu del cristianismo, que jamás demos ocasion de escándalo á nadie, ni de los presentes, ni de los ausentes; ni de los que ahora viven, ni de los que puedan venir al mundo en lo sucesivo.

Á esto estamos obligados, aunque nuestra conciencia no nos arguya de haber dado ningun escándalo, que si por desgracia le hubiesemos ocasionado directa ó indirectamente á cualquiera de nuestros prójimos, nuestros deberes son mas estrechos y estensos. En tan desgraciado caso, á mas de re-

parar directamente el escándalo, con prudencia y consejo, debemos humillarnos profundamente delante de Dios, rogándole con lágrimas que perdone nuestro pecado, y haga descender su gracia, copiosa y eficazmente, en el alma que por nosotros se contaminó con la culpa, para que haga penitencia de ella, se enmiende y entre en el camino de la virtud. Y esta solicitud debe durarnos toda la vida, ciertos de que no es bastante su duracion para hacer penitencia suficiente de tan grave pecado, confiando sí en la infinita misericordia de Dios, que se apiadará de nosotros y de aquellos á quienes hubiesemos escandalizado. Que, además, multiplicando nuestros buenos ejemplos, satisfagamos á Dios, ganando almas para su servicio, en cambio de las que antes hayamos podido hacerle perder.

¶ Pero la Santísima Virgen nos enseña tambien, dándonos el buen ejemplo que en este misterio se contiene, sin habernos dado antes ni despues en toda su vida ninguno malo, que aunque nosotros debamos á Dios el inapreciable favor de habernos preservado

con su gracia de escandalizar á nuestros prójimos, tenemos el deber de darles todos los buenos ejemplos que estén á nuestro alcance. La exactitud en el cumplimiento de nuestras obligaciones es una predicacion muda, pero elocuente, que retraerá quizá á muchos del mal y los estimulará á practicar el bien. Igual ó mayor fuerza tendrán los ejemplos de devocion y piedad que demos frecuentando los sacramentos y ejercitando las obras de misericordia; pudiendo estar seguros de que si así lo hacemos, el dia del juicio hemos de hallar un tesoro allegado casi sin saberlo. ¡Cuán grato será para las almas virtuosas encontrarse con que sus ejemplos han contribuido á salvar otras almas! Este gozo solo puede imaginarse, pensando en el espanto que producirá en los réprobos el encuentro en el infierno de las almas que se hayan condenado por sus escándalos.

Sea uno de nuestros ejercicios favoritos, para reparar los escándalos, rezar el Santísimo Rosario, pidiendo á Nuestra Señora que alcance de Dios la perseverancia

de los justos y la conversion de los pecadores. Con lo primero se disminuirán los escándalos, mientras que con lo segundo se repararán los efectos de los que nosotros ú otros hayan dado. La bienaventurada Virgen oirá nuestras súplicas, si se las dirigimos con fervor y perseverancia; y así hallaremos tranquilidad por nuestras culpas pasadas, perseverancia en el bien para lo presente, y una dulce esperanza para lo futuro.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Desde la creacion del mundo no se habia presentado á Dios una ofrenda mas agradable que la que María Santísima le hizo el dia de su purificacion. Gratos fueron á Dios los sacrificios de Abel, de Noé, de Abraham y sobre todo el figurativo de Melchisedec. Pero el valor de aquellas hostias era todo relativo; mientras que en el de Nuestra Señora, todo era real. Aquellos antiguos sacrificios tenian mérito, en cuanto representaban á Jesucristo, y lo que la

Virgen bienaventurada presentó en el templo, era el mismo Jesucristo. Con esto, y sin necesidad de mas discursos, queda demostrada nuestra proposicion, y establecido de una manera incontestable, que al tiempo de la purificacion de Nuestra Señora, se presentó al Altísimo una hostia mas pura, mas santa y de mas valor y eficacia que todas las de los siglos precedentes.

Sin embargo de que esto solo bastaria para hacer aquel acto sagrado el objeto de nuestra veneracion y de nuestro amor, concurrió en él otra circunstancia, que lo hace recomendable é instructivo para nosotros. A la ofrenda de su Divino Hijo, María asoció con humildad y resignacion, la ofrenda de sí misma; de modo que no solo presentó á Dios en sacrificio lo que mas amaba, lo mas precioso que tenia, aquello en cuya posesion cifraba toda su riqueza y felicidad, si no que le presentó su propio corazon, entregándole y rindiéndole á su soberana voluntad, para que de él hiciese lo que fuere de su mayor agrado.

Aquí debemos aprender á sacrificar á Dios lo mas caro á nuestro corazón, y á sacrificarnos nosotros al mismo tiempo, dejando al Señor que disponga de todas nuestras cosas y de nuestra propia persona segun le pareciere. Tanto como esto exige de nosotros el supremo dominio que á Dios le compete sobre todas sus criaturas. ¿Á quién corresponde la obra si no al artífice? ¿De quién es el árbol y son sus frutos, si no del labrador? Pues con mucha mayor razon somos nosotros y todo lo que nos pertenece la propiedad de Dios, contra el cual cometeremos un insensato é impío latrocinio, siempre que queramos sustraer de su señorío nuestra alma, nuestro cuerpo, ó cualquiera parte de nuestros bienes.

Á pesar de ser tan obvias é incontrovertibles estas verdades, es por desgracia demasiado frecuente olvidarlas ó ir contra ellas; rehusando á Dios no solamente el sacrificio de lo mas precioso que tenemos, sino hasta el de lo mas comun y despreciable. Los afectos desordenados, las pasiones, los vicios, cosas que por cierto no

pueden llamarse preciosas, deberían siquiera ser el objeto de un diario sacrificio ofrecido por nosotros á Dios; y sin embargo, no es así, sino que por el contrario acariciamos estas cosas, las guardamos en el fondo de nuestras almas, y nosotros nos sacrificamos á ellas, en vez de sacrificarlas á Dios. ¿Podrá darse un trastorno de ideas mas completo y lamentable?

Pues veamos el punto bajo otro aspecto. ¿Cuál es el blanco de esos afectos, cuál el pábulo de esas pasiones, cuál el objeto de esos vicios? Un monton de vil metal para el avaro y el codicioso, un asqueroso deleite para el sensual, una cruel satisfaccion para el vengativo, una aérea posesion para el ambicioso; y nada seria mas razonable que, supuesto estamos obligados á sacrificar á Dios lo mas precioso que tenemos, ya que no lo verificasemos, le hiciesemos siquiera un sacrificio de ese metal, de ese deleite, de esa satisfaccion, de esa aérea posesion, separando de esas cosas nuestro corazon y renunciando á ellas por agradar al Señor. Es de esencia del

sacrificio la inmolacion de la víctima ; pues inmolemos nosotros esos objetos de que es tan justo hacer un holocausto por obedecer á Dios.

Y cuando así lo hayamos ejecutado ; nos será muy fácil imitar á la Santísima Virgen ; asociando á la víctima sacrificada nuestro propio corazon ; circunstancia sin la cual , por mucho que hagamos , no podremos agradar á Dios. De nada serviria que un rico renunciase á todos sus bienes , si no entregaba al Señor su corazon ; ni le valdria gran cosa á un hombre mortificado hacer de su cuerpo un holocausto , si reservaba su corazon para otro que para Dios. Por el contrario , el que dá al Señor el corazon aunque haga poco , porque sus fuerzas ó sus facultades no le permitan hacer mas , agrada muchísimo á Dios ; procediendo de aquí que á veces tenga mas mérito la limosna de un cuadrante que la de millares de pesos , ó una simple jaculatoria que largas oraciones vocales. Entreguemos todo nuestro corazon , de una vez y para siempre , al Señor que nos le pide ; y dejemos

que lo demás venga de por sí, como vendrá infaliblemente.

Pero nótese, decimos, que este sacrificio debe ser de *todo* el corazon y *para siempre*. La razon de lo primero es que, segun ha declarado el mismo Jesucristo, nadie puede servir á dos señores. Si no se sirve á Dios con todo el corazon, es como si con nada se le sirviese; porque si dejamos que el mundo ó el demonio sean dueños de una parte, aunque se la suponga muy pequeña, de ese corazon, esto solo basta para corromper el resto, inficionar nuestras buenas obras, y hacer á Dios aborrecible, en vez de agradable, el sacrificio que le presentemos de nuestro corazon. Resolvámonos, pues, si queremos agradarle, á consagrársele entero. Que sus deseos no tengan otra direccion sino la del cielo. Que sus afectos sean absorbidos por el mismo Dios en la totalidad. Que todos sus movimientos no tengan mas que ese divino centro. Que sus suspiros, sus ansias, sus alegrías; todo, todo nazca y termine en el Señor. Entonces se podrá decir que el ho-

locausto es perfecto y que el Altísimo se ha complacido en la víctima.

Mas no basta que por algunos momentos nos hallemos en disposicion de hacer, en la manera indicada, este sacrificio. Es indispensable que esa resolucion dure en nosotros cuanto nos dure la vida. El tiempo todo es de Dios; ó mejor dicho, Dios tiene derecho al homenaje de todos nuestros momentos y gusta de un sacrificio continuo. Veámoslo sino en nuestros altares, donde se ha quedado en estado de víctima hasta la consumacion de los siglos; y veámoslo tambien en el corazon de María, especialmente desde el misterio de su purificacion. La Santísima Virgen presenta al Eterno Padre su Divino Hijo y juntamente le ofrece su propio corazon. El Señor acepta la oblacion; y las luces del Espíritu Santo descenden sobre el anciano Simeon. El Santo viejo entonces empuña la espada, de la palabra inspirada, para herir el corazon de María, como el sacrificador á la víctima; y para que el sacrificio sea *continuo*, aquella espada terrible que-

da atravesada desde aquel momento en el alma de Nuestra Señora. Así lo reveló la misma bienaventurada Virgen á Santa Brígida, con estas propias palabras. « Desde que el buen Simeon me atravesó en el pecho aquella espada, cuantas veces veía á mi Hijo, cuantas le envolvía en los pañales, cuantas miraba sus manos y sus piés, otras tantas se abría de dolor mi corazón: si le daba de mamar, me parecía la hiel y vinagre que había de beber en el Calvario: cuando le ataba con las fajas, se me ponían delante las crueles ligaduras, las sogas, cadenas y cordeles con que le atarían y le llevarían preso: si le conducía en mis brazos, luego me acordaba de los brazos de la Cruz: cuando le veía dormido, ya le imaginaba muerto: siempre que le miraba, mis ojos se arrasaban de lágrimas, y mi corazón se hacía pedazos de dolor. »

En vista de esto ¿ nos quejaremos todavía de que Dios nos exija un sacrificio continuo? Si la Virgen Santísima, siempre pura é inocente, se sujetó, sin embargo, á ese no interrumpido martirio; nos-

otros nacidos en pecado y esclavos voluntarios del pecado, tantas veces cuantas personalmente le hemos cometido ¿con qué derecho nos quejaremos de que Dios exija de nosotros, como un sacrificio continuo, que nunca aflojemos la rienda á nuestras pasiones, que jamás nos entreguemos á los vicios, y que procuremos practicar incesantemente las virtudes? El ejemplo de María es eficacísimo para hacer que se avergüencen los flojos y que se estimulen los animosos. Una tierna y delicada doncellita, sin mas auxilio que el de la gracia de Dios, ha podido hacer sin desmayar la árdua y dolorosa carrera que principió para ella en el templo cuando depositó á su Divino Hijo, lleno de vida y de hermosura en los brazos temblorosos de Simeon, y terminó en la falda del monte Calvario, cuando colocó el cadáver afeado y hecho pedazos de su mismo Hijo Divino, en el sepulcro que se le habia dado de limosna. Pues con el mismo auxilio de la gracia, que Nuestra Señora nos alcanzará abundante y seguramente del Señor, si se la pedimos con humildad,

fervor y constancia, ejercitándonos especialmente en la oracion del Santísimo Rosario, nosotros tendremos las fuerzas necesarias para hacer á Dios en esta vida un sacrificio tan perfecto de nosotros mismos, que sea objeto de sus complacencias, atraiga sobre nosotros toda especie de bien y nos prepare para la bienaventuranza.

## V.

### **El Niño perdido y hallado en el templo.**

No hay una cosa que haga mas evidente la lastimosa ignorancia en que el hombre se encuentra muchas veces, respecto á su verdadero bien, que el ningun pensar con que le pierde y la poca diligencia que emplea para recobrarle. Nuestro único, nuestro soberano bien es Dios, y nosotros le perdemos frecuentemente por la culpa, no solo sin dolor, sino á veces con una ansia frenética y con una alegría insensata. Despues de haberle perdido, pa-

san los dias, los meses y aun los años, llega quizás la hora de la muerte, sin que en nosotros se despierte ni un ligero pesar por esa pérdida, ni la mas moderada solitud para repararla. Si se trata de la pérdida de la salud, de las riquezas y comodidades, ó de la honra y de los puestos y dignidades, ¡qué empeño en evitarla! ¡qué inquietud para reponerla! Se sacrifica la tranquilidad y el reposo, se interesa á los amigos, se vela sobre los enemigos, se implora el favor, se interponen las recomendaciones, se halaga el orgullo ajeno mortificando el propio, nada se omite, en nada se escrupuliza. Pero trátase de la pérdida de Dios, que bien pudieramos evitar con un poco de vigilancia, de mortificacion y de oracion, y todo, aunque suave y fácil en sí, nos parece tan pesado y repugnante, que por no sujetarnos á hacerlo, preferimos perder á Dios. Despues de haberle perdido, su justicia pudiera ser terriblemente severa para con nosotros, obligándonos á pasar por largas y penosas pruebas, antes de volver á admitirnos en

su gracia; y ciertamente es tan grande la majestad, tan alta la dignidad de gozar de su amistad, y tan profunda nuestra propia miseria, que ningun esfuerzó nos deberia parecer árduo, ni costoso cualquier sacrificio que se nos exigiese para recuperar la posesion de Dios. Sin embargo, sucede muchas veces lo contrario; y por no practicar las fáciles diligencias que son necesarias para reconciliarse con Dios, no son pocos los que yacen largo tiempo en el cieno de la culpa, corrompiéndose cada dia mas como un cadáver arrojado en el muladar.

En vista de esto, nada podia ser mas conveniente que recordarnos frecuentemente, como lo hace la Iglesia en el quinto misterio del Rosario, el triple ejemplo que nos dió la Santísima Virgen, de dolor por la pérdida de su Divino Hijo, de incansable y esquisita diligencia para buscarle, y de gozo inefable despues de haberle hallado. No habia culpa ninguna de parte de Nuestra Señora en la pérdida del niño Jesús, y sin embargo, cuando le echa

de menos, no solamente se aflige porque le falta el objeto mas santo y querido, sino que se sobresalta pensando que acaso Ella ha causado, con alguna ofensa ó defecto en el servicio de su Dios, aquel doloro retiro de su Amado. En nosotros, por el contrario, está toda la culpa cuando perdemos á Dios, y sin embargo, no sentimos esa pérdida, ni aborrecemos aquellas faltas que la han ocasionado. María no sosiega, mientras no halla á su Divino Hijo. Corre, pregunta, suspira, busca por todas partes, no omite diligencia alguna; y cuando todas las que practica resultan inútiles, en los dos primeros dias, despues de la pérdida del Niño, su corazon, oprimido del mas intenso dolor, no encuentra mas alivio que el de un llanto inconsolable. Sus labios no saben pronunciar otro nombre que el de Jesús, llamándole con todas las fuerzas de su alma; y sus ojos, nublados por el llanto, no aciertan á separarse del cielo donde los tiene clavados, haciendo con toda resignacion á Dios el sacrificio de su profunda pena. Nosotros ni buscamos á Dios, ni pregunta-

mos por Él , ni le llamamos , ni ocurrimos al cielo , prefiriendo al estado de gracia en que Jesús estaria con nosotros , los locos devaneos , los frívolos intereses y las ponzonas satisfacciones de la carne y del mundo. En fin, la Santísima Virgen encuentra á su Divino Hijo. Desde que de lejos le descubre , su corazon palpita , y corre desalada á abrazarle , y no se cansa de verle , ni puede resolverse á separarle de su pecho , reconviniéndole dulcemente por la pena en que le ha puesto su separacion. Nosotros si conociéramos lo qué es Dios , cuánta es la necesidad que tenemos de su asistencia , y cuán graves males acompañan á la pérdida de su gracia , no podríamos estar quietos , careciendo de ella , ni siquiera por un momento. Quehaceres , conversaciones , pasatiempos , todo lo dejaríamos por buscar al Señor para reconciliarnos con Él. No nos detendrían los respetos humanos , ni haríamos caso de cualesquiera inconvenientes , antes bien venceríamos todos los obstáculos , con el fin de recuperar cuanto antes la gracia perdida ; y una vez hallado

de esta manera nuestro Jesús, nos arrojaríamos á sus piés, y sin aguardar á que Él nos reconviniere por haberle dejado, nuestras lágrimas y suspiros le habrían dado la satisfaccion debida por nuestra pasada infidelidad. Procurariamos estrecharnos con Él, evitando con cuidado todo aquello que pudiera ser ocasion de perderle nuevamente.

¿Quién duda que si la Santísima Virgen fué puntual, amorosa y tierna en el amor y servicio de su Divino Hijo antes de perderle en Jerusalem, despues de hallarle en el Templo se escederia á sí misma, si podemos emplear esta espresion, para obsequiar y complacer á su Dios? En la pérdida de un objeto precioso y querido, conocemos mejor lo que vale, y si logramos recuperarle, sabemos apreciarle mas y guardarle mejor en lo sucesivo. Es verdad que María llena de gracia é inundada de luces celestiales, no tenia necesidad de perder al Niño Jesús, para saber lo que valia aquel tesoro, ni su corazon de Madre, lleno de los mas puros y elevados senti-

mientos, ¡habia menester aquel dolor, para experimentar el mas fino amor hácia su Divino Hijo. Pero, sin embargo, la esperiencia de la pérdida, si no fué motivo, fué sí ocasion de que por decirlo así, se duplicase el incendio de caridad en que ardia el alma bienaventurada de María, y de que creciesen á proporcion los esfuerzos de Nuestra Señora, por agradar mas y mas á su Dios.

¡Qué lección para aquellas personas que han tenido la felicidad de reconciliarse con Dios, despues de haberle ofendido! ¡Hallaron como María á Jesús, despues de una pérdida funesta! ¡Pues, cómo pueden poner restricciones á su amor! ¿Cómo es tan livia su gratitud? ¿Cómo tan escaso su gozo? ¿Cómo tan débiles y limitados sus esfuerzos para servirle y agradecerle? Esto ciertamente no se comprende. Que no amen á Dios los que no conocen su inmensa bondad, ó que se descuiden en complacerle los que no saben por esperiencia cuán amarga es la soledad del alma que le ha perdido, se comprende fácilmente; pero es inesplica-

ble que las personas que han hecho la experiencia de la amabilidad de Dios por una parte y de la pena de su ausencia, puedan llegarse al Señor con tibieza y estar en su acatamiento con frialdad ó indiferencia. Esas almas no debían contentarse ni con las acciones ordinarias, ni con las demostraciones comunes, para manifestar á Dios su amor y agradecimiento. Contemplando la misericordia infinita que las ha sacado, por un prodigio de la gracia, del abismo en que las habia precipitado la culpa, no seria mucho para corresponder á Dios, que pasasen toda su vida en un éstasis de amor de Dios.

No queremos por eso decir que tales personas se estén todo el dia en las Iglesias, ó que abracen todas ellas la vida contemplativa; pues como ya se ha explicado en otra parte, bien se puede amar y servir á Dios en todos los estados, obsequiándole con todas nuestras acciones, por ajenas que parezcan del culto. Siguiendo esta idea, las almas que han tenido la felicidad de convertirse, bien pudieran,

en la condicion en que Dios las ha puesto, santificarse á sí mismas y contribuir á la santificacion de sus prójimos; procurando que todos sus pensamientos, palabras y obras, fuesen animadas y dirigidas por el amor de Dios, y que sirviesen como una manifestacion permanente de su gratitud, por el beneficio inmenso de su propia conversion. Así la modestia de su traje, el recato de su mirada, la mesura de su conversacion, el desinterés de sus servicios, la amabilidad misma con que fuera acompañada la negativa de sus obsequios, la puntualidad en el cumplimiento de todos sus deberes, la devocion sin zalamería, la jovialidad sin descompostura; cada una de estas cosas seria por sí una exhortacion al bien, estimulando á los que están en el buen camino para que avancen en él, y atrayendo á los que están fuera. Y todas esas cosas reunidas mejor que el concierto de las voces mas armoniosas formarian un himno de gratitud, en que Dios tendria sus complacencias, la Iglesia sus delicias, los justos edificacion, los pecadores ejemplo.

Así el que nos dió la Santísima Virgen, en el quinto misterio del Rosario, será bien imitado; y esta imitación, recomendándonos con Nuestra Señora, atraerá sobre nosotros nuevas y abundantes bendiciones del cielo.

*Otra lectura sobre el mismo misterio*

La generalidad de los hombres no comprende la enorme, la inmensa, la infinita diferencia que hay entre una alma que está en gracia de Dios y otra que está en desgracia suya por el pecado mortal; y esto es lo que queremos poner á la vista de los lectores, con ocasion de hablarles del misterio de la pérdida del Niño Jesús y su invencion en el templo. Bastaría que considerasemos el sobresalto, el dolor, la angustia, la tristeza de la Santísima Virgen en la pérdida corporal de su Divino Hijo, aunque le tenia presente en su alma por la gracia de que estaba llena, para que formasen una idea, no cabal, sinó aproximada, de la situacion en que una alma racio-

nal y cristiana debiera encontrarse, luego que se apercibiese de haber perdido á su Dios por la culpa. Como el cielo sin luz, como la tierra sin agua, como un hijo sin su padre, como una esposa sin su esposo, como el ave sin aire, el pez sin agua, el cuerpo sin el alma; así deberá considerarse (y aun todas estas imágenes son débiles para representar su estado) una alma que por el pecado se vé despojada de la gracia de su Dios. Todo es tinieblas, todo esterilidad en ella. Los monstruos de las pasiones la asaltan y la esclavizan. No nacen en su fondo mas que espinas y malezas. No llueve ahí el rocío de la gracia, ni aparecen en la superficie las flores de las virtudes. Una densa niebla envuelve aquella alma, que tiembla y se espanta al oír, en vez de las armonías del cielo, los rugidos del abismo, que amenaza tragarla. Ni se nos arguya con que hay multitud de almas en pecado, que ni ven, ni oyen, ni sienten nada de esto; porque replicaremos que esas almas muertas y corrompidas tienen una representacion mas espantosa que la

que acabamos de describir. Su imágen es un cadáver que como ellos, ni vé, ni oye, ni siente; pero un cadáver cuyo sepulcro, para toda la eternidad, será el infierno. ¡Ay del pecador que por desgracia llegue á ese estado! ¡La insensibilidad que experimenta en esta vida, es un indicio de la eterna muerte.

Comprendedlo así pecadores; y si experimentais remordimientos, guardaos de sofocarlos. Mas bien, dad gracias á Dios que os los envia como un aviso, que os los dirige como un reclamo, que no se complace en que seais atormentados con ellos; como no se complace el cirujano que introduce el cuchillo en las llagas de un enfermo, destrozando hasta encontrar la carne viva, porque lo hace con el intento de sanarle. En vuestra mano está tranquilizaros, disfrutar de una dulce calma. Volveos á Dios, renunciad el pecado, buscad la gracia, y con ella se disiparán todos vuestros temores, renacerá la serenidad en vuestros corazones, y sentireis como un dia pasado en el servicio de Dios vale mas que mil

bajo las tiendas de los pecadores. Pero si resistís el aguijón, se clavará mas y mas en vuestras entrañas, rasgándolas con indecible furor; y si llega un día en que sin volveros á Dios se calmen vuestras inquietudes, ese dia, como el fúnebre sosiego que precede á la espantosa borrasca, será el precursor del penar sin fin que sigue á la impenitencia final.

Por el contrario, el estado de gracia, tan vivamente representado por el encuentro de María con Jesús en el templo, es una imágen del cielo, un gusto anticipado de la gloria. Antójaseles á los mundanos que la vida del verdadero cristiano es un martirio continuo, un peso insoportable. Porque le ven retirado del bullicio, esquivando los placeres sensuales, huyendo de las ocasiones, despegado de los bienes de la tierra; porque observan que reprime sus pasiones, no dá rienda á sus apetitos, no suelta la lengua contra el honor y reputacion del prójimo, ni se entrega á estreptosas y locas alegrías; porque le ven pasar largos ratos en la oracion, entreteni-

do otras veces en la lectura espiritual, ejercitándose en obras de misericordia, ó mortificando sus sentidos; se figuran que vive triste, abatido, lleno de temores, sin gusto, sin placer y sin paz. Pero ¡ qué cálculos tan errados! ¿Cómo pueden juzgar los mundanos lo que no conocen? Y no lo conocen, porque jamás lo han practicado.

Ellos tienen experiencia de la sensualidad, de los intereses terrenos y del mundo; y si quisiesen ser francos y sinceros, tendrían que confesar que ni en los placeres, ni en las riquezas, ni en el ruido y vanidad, han encontrado la felicidad; que su corazón ha estado siempre vacío, cuando parecía mas lleno; que han estado mas pobres de dicha, cuando mas abundaban en posesiones; y que en medio de la elevación y grandeza, han envidiado á los que viven retirados y desconocidos. Pero interesados en engañarse á sí mismos, ocultan tambien á otros lo que pasa en su interior; y se erigen en rígidos censores de la virtud, sobre la cual no se puede juzgar con acierto, sin haberla practicado.

95 Por eso, cuando queramos saber lo que es la vida cristiana, oigamos á los que la llevan, y procuremos nosotros mismos, hacer personalmente la esperiencia de ella. Entonces veremos que absteniéndonos de la sensualidad, lejos de perder ganamos, teniendo el corazon tranquilo, las pasiones sujetas á la razon, el cuerpo robusto y sano. Veremos tambien que arrojando de nuestro corazon el amor desordenado á los bienes de este mundo, contentándonos con lo necesario, no aspirando á acumular tesoros de que probablemente no gozaremos, porque la vida es breve, nuestras necesidades limitadas, y muchas veces las enfermedades nos impiden gozar aun de los honestos placeres, nuestros afectos se purificarán, nuestros deseos se elevarán á objetos mas dignos del hombre que los viles metales, todas nuestras aspiraciones serán nobles y saludables, siendo puras y santas. Veremos en fin, que lejos del tumulto y agitacion, está la paz en el retiro; que ahí, el alma, como la nave que entró dichosamente al puerto, no tiene que temer de las olas ni

de los vientos, figuras muy adecuadas de la envidia, del orgullo y de la ambicion, que encrespándose y chocando entre sí, en el Océano tempestuoso del mundo, agitan los ánimos, los turban, los destrozan y los hacen zozobrar frecuentemente. ¿Cuál es el mundano que no haya visto naufragar su fortuna, ó que si la ha salvado, haya sido á poca costa y sin temor de verse nuevamente combatido? ¡Triste suerte! Estar ó en la lucha, ó en la expectativa de ella; no gozando nunca de lo que se tiene, porque se teme perderlo, aunque los temores sean á veces imaginarios.

En vez de eso el alma que ha hallado á Dios, y que se contenta con su posesion, no quiere ni necesita mas; pudiendo decir, como San Francisco de Asís: *Mi Dios y mi todo*. El placer de estar con Dios, supera á todos los placeres. La posesion de Dios, que es inmensamente rico, supera á la de todas las riquezas. La compañía de Dios vale infinitamente mas que la del mundo. Porque ¿qué se busca en las sociedades del mundo? ¿La ciencia? Dios es la sabiduría eterna.

¿La belleza? Dios es la hermosura suprema. ¿La amabilidad? Dios es amor. (*Deus charitas est*). De consiguiente el que tiene á Dios tiene mas que cualquiera y que todos juntos los mundanos. Tiene todo lo que necesita su corazon. Satisfecho este, nada le falta.

Así le sucedia á la Santísima Virgen, especialmente luego que halló á su Divino Hijo en el templo enseñando entre los doctores. Entonces pudo decir con la Esposa de los Cantares: «Encontré al que ama mi alma. Le tengo y no le dejaré mas». Contenta con su Niño Jesús, nada mas pide ni quiere ninguna otra cosa. Se retira con Él de la capital, váse á una poblacion secundaria, se esconde, por decirlo así, en una pobre casa; donde se entrega con toda puntualidad, al desempeño de sus ocupaciones domésticas. El Dios infante vá creciendo y aplica sus manos, que formaron los cielos, á los toscos instrumentos con que su padre putativo, Señor San José, fabricaba yugos para ganar lo necesario al sustento de la sagrada familia. Trabajo con-

tinuo, comida frugal, tosco vestido, descanso ordenado, hé aquí la vida de los tres mas santos personajes que jamás ha habido sobre la tierra. Jesús vive de hacer la voluntad de su Eterno Padre. María vive de la posesion de su Dios. José de servir á ese mismo Dios y de complacer á la Virgen Madre, cuya santidad admira á la vez que sirve de fiel custodio de su pureza. ¡Qué espectáculo para los Ángeles! ¡Qué modelo para los hombres! *Entonces pudiese ser*  
 ¡Aprovechémonos de él; buscando antes que todas las cosas, estar en la compañía de Dios por la gracia. Cuidemos de no perder tan grata, rica y cumplida posesion. En cuanto á los placeres de los sentidos, jamás nos permitamos los ilícitos; y aun respecto á los honestos seamos moderados en su uso. Á los bienes de la tierra no apeguemos nuestro corazón; guardándonos siempre de adquirirlos por medios que la moral repruebe. Del mundo y sus vanidades nunca nos hagamos esclavos; respetando sí aquellas conveniencias sociales que no chocán con la religion y la piedad. De

este modo unidos á Jesús en la tierra, como lo estuvo la Santísima Virgen, podemos esperar, con fundada confianza, que lo estaremos tambien en el cielo.

## SEGUNDA PARTE.

### **La Oracion del huerto.**

No bastaba persuadir á los hombres de las ventajas, de la escelencia y de la necesidad de la vida cristiana. Era indispensable enseñarles los medios de practicarla, entre los cuales es uno de los mas importantes el ejercicio de la oracion, y por eso nuestro Señor Jesucristo, que muchas veces habia orado durante su vida, ó mejor dicho, cuya vida habia sido toda una oracion continua, quiso darnos un ejemplo especial de esta virtud, inmediatamente antes de entrar en el largo y doloroso com-

bate que sostuvo en su pasión contra todas las potestades del infierno.

Debiendo nosotros luchar con ellas durante nuestra vida, para no sucumbir necesitamos del auxilio de la oración; siendo inevitable, si dejamos este ejercicio, nuestra ruina espiritual. La oración es como la respiración del alma. Á la manera que por la respiración del cuerpo dilatamos nuestros pulmones é introducimos en ellos el aire nuevo que nos refrigera y vivifica, sin cuya operación moriríamos; así la oración dilata nuestra alma, atrayendo á ella la gracia divina que la hace vivir. Siguese de ahí que la falta de oración es indicio casi seguro de la muerte espiritual; llegando Santa Teresa á decir, que quien no ora tampoco tiene necesidad de demonios que le tienten. Es como si por sí mismo diese á su alma la muerte, con una especie de inanición espiritual; parecida á la que procuraría á su cuerpo, el que dejase de alimentarle ó le constipase para cometer un suicidio.

Lo dicho basta para que conozcamos

la necesidad é importancia de la oracion, en la cual todos debemos ejercitarnos con la mayor frecuencia: *Sine intermissione orate*. Pero para cumplir este deber, es necesario que atendamos á las condiciones que se requieren en la oracion, aprendiéndolas del cumplido modelo que sobre este particular, nos dió nuestro Divino Salvador en el huerto. En primer lugar, Jesús se retira á un lugar apartado y solitario, para enseñarnos que cuando queramos hablar á Dios, debemos buscarle lejos del mundo, de su ruido y sus placeres; y que así como Él cuando quiere hablar á un corazón, le conduce á la soledad, segun la espresion del profeta Oseas; de la propia manera cuando el alma solicita hablar con Dios, debe separarse con el afecto, y si puede ser en efecto, del comercio con las criaturas. Llegado al huerto, separado hasta de los tres apóstoles sus mas íntimos confidentes, Jesucristo, adorando la inmensa majestad de su Eterno Padre, se postra con el rostro cosido á la tierra. Esta es una leccion del respeto y de la humildad que

deben acompañar á nuestras oraciones; respeto indispensable debido á la grandeza del Señor, ante quien comparecemos; y humildad necesaria al miserable pecador, que en vez de tener ningunos méritos para que sus súplicas sean oídas y bien despachadas, se ha hecho por sus culpas indigno de todo favor. Anonadado, por decirlo así, en el acatamiento de su Eterno Padre, Jesucristo, que ni ha cometido, ni podia cometer ningun pecado, pero que se ha cargado voluntaria y misericordiosamente de todos los nuestros, para satisfacer por ellos á la justicia divina, hace en su oracion el mas perfecto acto de contricion. La maldicia del pecado le penetra de horror, le derriba en tierra, le hace sudar gotas de sangre; todo lo cual nos indica que nuestras oraciones, para que sean eficaces, deben ser acompañadas de la penitencia. Mas no es suficiente solo lo dicho. Jesucristo ruega, insta, repite su súplica, dándonos ejemplo de perseverancia, que es una de las condiciones que debe tener nuestra oracion, para que consigamos lo que pedi-

mos. Pero esta perseverancia debe andar siempre unida con la sumision mas perfecta y con la mas cumplida resignacion á la voluntad divina, de modo que nada solicitemos de Dios, sino lo que fuere de su agrado; preparando nuestro ánimo con igual tranquilidad, para dar gracias, lo mismo por la concesion que por la negativa del objeto de nuestras súplicas. Esto es lo que quiso enseñarnos Jesucristo nuestro Señor, cuando al pedir á su Eterno Padre que apartase de Él, si posible era, el cáliz de su pasion, añadia siempre: *Sin embargo, no se haga mi voluntad sino la tuya.*

Examinemos ahora si nuestras oraciones se ajustan á estas reglas. Respecto á buscar la soledad y el silencio, mucho tendrán que reprenderse algunos católicos, que no acordándose de que Dios está real y verdaderamente presente en los templos, lo mismo en los dias comunes que en los de concurrencia, solamente en los últimos se dejan ver en aquellos lugares, dando así ocasion de que se sospeche que mas bien son criminales que santas las intenciones

que allá los llevan. ¿Pues qué diremos del respeto en la oracion, cuando es tan frecuente ver en las Iglesias á varias personas en posturas poco compatibles, aun con las reglas que la urbanidad ha prescrito para el trato recíproco de las gentes de buena educacion? Entrar en la casa de Dios con aires libres y desenvueltos, doblar apenas las rodillas por un momento, sentarse con desden, ya para oír la música como en un concierto, ya para ver quién entra ó quién sale como en un paseo, ya para oír al predicador con miras de crítica y no con deseo de aprovechamiento, ya para examinar las ceremonias únicamente por curiosidad, ya en fin para pasar el rato por no tener otra cosa en que emplearse; todo esto sucede entre los cristianos, con escándalo de los que no creen, y muy grave perjuicio de los que así convierten en tósigo mortal el mas sólido y saludable alimento de las almas, despues de la Sagrada Eucaristía. ¿Cómo maravillarnos despues de que muchos pidan y no reciban?

Si nos falta el respeto en la oracion,

¿cómo tendremos el espíritu de penitencia que debe acompañarla? El primer sentimiento por donde se conoce la contrición de una alma, y sino veámoslo en la Magdalena, es una profunda humillacion delante de Dios. Ni puede ser de otro modo. El alma levanta los ojos al cielo, y descubre la majestad infinita, la inmensa bondad, la caridad sin término de Dios; y no pudiendo soportar la vista de tanta grandeza, baja los ojos hácia sí misma; pero entonces ¿qué espectáculo se la presenta? La imagen de Dios que estaba impresa en ella; sucia, desfigurada, casi destruida. En lugar de tanta hermosura, la horrible fealdad del pecado. Las pesadas cadenas de la culpa, que hacen al hombre esclavo del diablo, en vez de la dulce libertad de los hijos de Dios. Inquietud, pesar, remordimiento, toda la série de males que arrastra en pos de sí la culpa, reemplazando la paz, la serenidad, la dicha de la inocencia. Una completa degradacion presente, un porvenir espantoso. Esto vé el alma en sí misma, y se llena de disgusto, de temor,

de indignacion contra el pecado; le detesta, le llora, se vuelve á Dios; conoce que es necesario desagraviarle, recuerda sus promesas de misericordia, principia á amarle; y á proporcion que este sentimiento crece, se desarrolla el dolor de haberle ofendido; el cual crece tambien por momentos, como la oleada que sube; lleno su corazon de una santa amargura, le oprime, le inunda, hasta que la corriente de las lágrimas se desata por los ojos, se esplica en suspiros, y lava el alma, y purifica el corazon. Desde este momento, en el cual se ofrece al cielo un espectáculo que llena de gozo á los Angeles; las oraciones del pecador, á la manera de un agradable incienso, se remontan al cielo, de donde vuelven sobre su alma, convertidas en rocíos de gracias. Así se han obrado de siglo en siglo, esos prodigios de conversion, que desesperan al infierno, asombran al mundo, y llenan de gozo y de esperanza á la Iglesia. Pero ¿oramos nosotros así? Tan lejos está de preceder á nuestras preces una verdadera contricion de nuestras culpas pasa-

das y un firme propósito de evitarlas en lo sucesivo, que tal vez no aguardamos á acabar nuestras oraciones para reincidir en nuestras faltas habituales. Una Misa, un Rosario, precedidos de vistas inmodestas, de conversaciones licenciosas, de murmuraciones ó proyectos de ambicion desarreglada, ó de venganza, acompañados de pensamientos de la misma clase, que por costumbre ocupan nuestro ánimo, causándonos una continua distraccion, y seguidos de la ejecución de esos mismos pensamientos criminales, ¿cómo pueden producir los saludables y seguros efectos de la oracion unida al espíritu de penitencia? Habremos á lo mas honrado á Dios con la reverencia de nuestra postura exterior, ó alabándole con el movimiento de los labios; pero esto mas es insultarle, que rendirle adoracion, porque Él quiere ser honrado en espíritu y en verdad, mientras que nosotros le robamos nuestro espíritu y mentimos diciendo que le amamos no amándole; y repitiendo que nos pesa de nuestras culpas, estamos apegados á ellas. Esta es acaso la causa

mas eficiente de la ineficacia de nuestras oraciones. Procuremos, pues, enmendarnos en esta parte; escitando en nuestro corazon, antes de comenzar nuestras preces, una verdadera y viva contricion; pero tengamos presente que aun orando con espíritu de penitencia, tenemos necesidad de la perseverancia y de la sumision á la voluntad de Dios. Pidamos y no cesemos, hasta emplear una especie de importunidad, á la manera de los mendigos, que ruegan, instan, se detienen, hasta que por la porfía logran el socorro que solicitan. Pero esta santa terquedad, si es lícito emplear semejante expresion, debe ir acompañada de la mas íntima, completa y humilde sumision á la voluntad de Dios. Animados de este sentimiento, debemos pedir con la condicion de que sea del agrado de Dios lo que solicitamos; como igualmente con la de que nos lo conceda, cuándo y cómo fuere de su divino beneplácito. Debemos por último estar dispuestos de tal modo, que si el Señor despacha favorablemente nuestra súplica,

le demos rendidas gracias por el beneficio, reconociéndonos indignos de él; y si nos la niega ó difiere, se las demos tambien con toda resignacion y alegría. Una oracion así puede llamarse todo-poderosa. Si las nuestras no lo son, reconozcamos que es nuestra toda la culpa; y que en nuestra mano está hacerlas eficaces, ayudados de la gracia de Dios, poniendo en ellas las condiciones que quedan esplicadas.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Era ya de noche. Jesucristo, nuestro Divino Salvador, acababa de ejecutar el mas grande de sus prodigios, instituyendo el augusto Sacramento de la Eucaristia; dejándonos en él su cuerpo y sangre, su alma y divinidad, para consolarnos y robustecernos en el destierro de este mundo; para servirnos de compañero en la peregrinacion de esta vida; y unirse á nosotros en la hora de la muerte, á fin de conducirnos á nuestra verdadera patria, que es el cielo, y ponernos en posesion de la verdadera felicidad,

que es la eterna bienaventuranza. Obrada aquella maravilla, en la cual resplandecen á la vez la omnipotencia, la omnisciencia y la caridad sin límites de Dios; Jesucristo solo piensa en el sacrificio que ha de hacer de sí mismo, para la redencion del género humano. Despues de haberse dado á sus amigos en el Santísimo Sacramento, vá á entregarse á sus enemigos en el huerto; á donde sabe que estos, capitaneados por un discípulo infiel y pérfido, acudirán dentro de poco para prenderle.

Pero antes de eso, el Divino Salvador, que quiere expiar todas las especies de pecados de los hombres, padeciendo penas análogas en su Sacratísima humanidad; se deja embestir y dominar del tedio, del temor y de la tristeza; pagando con la mortal agonía que le causaron aquellas dolorosas sensaciones, la pena que merecen nuestros pecados de pensamiento. En vez de rechazar inmediatamente los malos y pecaminosos, como debiamos hacerlo, nosotros los dejamos tomar asiento en nuestra alma; y por eso Jesucristo, tuvo que su-

frir aquel sensible tedio. *Cæpit lædere.* En lugar de alarmarnos cuando en nuestra imaginacion se retratan esas imágenes peligrosas, que nos incitan al pecado, las atraemos voluntariamente; ó por lo menos nos complacemos en ellas; y por eso Jesucristo, fuerte como que es Dios, experimenta aquel extraño temor: *Et pavere.* Por último, puesto que hemos amado el peligro, acariciando el mal con nuestro pensamiento, en vez de huir de él y rechazarle, perecemos miserablemente; y es tanta mayor nuestra desgracia, cuanto que en vez de llorar y morir de dolor cuando pecamos, el pecado nos causa alegría. ¡Alegría falsa y efímera, acompañada y seguida de crueles remordimientos, de profundos, continuos, y á veces estériles pesares; alegría amenazada de convertirse en una eterna desdicha, si la penitencia no nos salva! ¡Alegría cruel, que oprimió en el huerto de las olivas el alma bendita de Jesucristo, con aquella tristeza que casi le redujo á la muerte! *Et mæstus esse.... Tristis est anima mea usque ad mortem.*

En Ah! Razon es, que reflexionando sobre estas verdades, nos determinemos contando con la ayuda de la gracia de Dios, que no nos la negará, si se la pedimos, á proceder de otra manera muy contraria á la que hasta aquí hemos observado, cuando seamos tentados por los enemigos de nuestra alma. No hay pecado sin el concurso del entendimiento y de la voluntad; de modo que si logramos no pecar con el pensamiento, no seremos reos de culpa. Por esto, nuestros mayores esfuerzos, cuando se presente la tentacion, debe ser rechazarla inmediatamente de nuestro espíritu, elevando este de las criaturas al Criador, de la tierra al cielo, del mal al bien. De ninguna manera demos entrada en nuestra alma á la complacencia en el mal, ni siquiera deliberemos sobre el partido que debemos tomar, desde que conocemos que de un lado está la culpa y del otro la gracia. Sigamos los movimientos de esta, cueste lo que costare, ocurriendo á Dios con toda prontitud, humildad y confianza, desde el momento en que asome la tentacion.

Así esta, lejos de perjudicarnos, nos hará merecer; pues Dios la permite, no para nuestro mal, sino para nuestro bien.

Pero si, por el contrario, en vez de rechazar desde el principio la tentacion, encomendándonos á Dios fervorosamente para no sucumbir á ella, nos detenemos á considerarla, somos tardios en resistirla, contemporizamos con sus exigencias y descuidamos la oracion, es segura nuestra ruina espiritual. Antes de que por la accion exterior se haya consumado el pecado, Satanás batirá palmas de alegría por habernos subyugado. Nuestro buen Ángel, entristecido de nuestra desgracia, contemplará con lágrimas la inmensa pérdida que hace nuestra alma perdiendo la gracia, que es su único, su mas apreciable tesoro. ¡Pérdida funesta y terrible, que llenaba del mas sombrío dolor el alma de nuestro buen Jesús, durante su oracion en el huerto de las Olivas!

Mas no es esta la única leccion que podemos aprender de nuestro Divino Salvador, considerando este primer misterio doloroso del Santísimo Rosario. A mas de las

tentaciones que Dios permite hagan á nuestra alma sus enemigos, él mismo Señor puede decirse que nos tienta algunas veces; es decir que nos envia trabajos, ó nos deja sin consuelos, para ver si de veras le amamos. (*Tentatus Deus, ut palam fiat utrum diligatis eum an non.* Deuter., XIII, 3). En este género de pruebas nosotros debemos mostrarnos generosos para con Dios y para con nuestros prójimos, imitando el ejemplo que nuestro Señor Jesucristo nos dió en el huerto, de esta doble especie de generosidad. De la primera, añadiendo á la súplica que hacia á su Eterno Padre de que apartase de sus labios el cáliz de la pasion, aquella condicion espresa y absoluta de que *se hiciera su voluntad*. De la segunda, saliendo al encuentro de sus enemigos, en vez de retirarse de ellos, para evitar que le prendiesen y maltratasen; recibiendo á Júdas con tan estremada ternura que este solo paso de la vida del Salvador, aun á falta de otras pruebas bastaria para convencernos de su divinidad; y restituyendo á Malco, que venia con sus enemigos, la

oreja de que le habia privado el zelo, entonces indiscreto, de uno de los discípulos.

Examinemos un poco, si nosotros conformamos á este modelo nuestra conducta. Estamos muy distantes de tener la sumision debida á la voluntad de Dios; pues nos quejamos frecuentemente de los males de la vida, á los cuales no nos sometemos sino con disgusto y porque no somos poderosos á evitarlos. Así perdemos el inmenso caudal de méritos, que podiamos ir atesorando en el cielo, si recibieramos con resignacion y sobrellevaramos con cristiana alegría los males de esta vida; como la pobreza, la falta de salud, las persecuciones y las flaquezas de nuestros prójimos. Es imposible que esto nos falte, cualquiera que sea nuestro estado, edad y condicion. Son estas desgracias como un fondo que Dios pone en nuestras manos, á fin de que lucremos con él para la eternidad. El que se conforma y tiene paciencia, ese sufre menos y hace gran negocio; mientras que el que se subleva y se irrita, sufre mas, y en vez de merecer premios, se hace acreedor á cas-

tigos. Descubramos por aquí, cuánto nos interesa meditar el ejemplo de sumisión perfecta que nos dió Jesús en el huerto, pero que no se reduzca el fruto de esta meditación á estériles propósitos, sino que los pongamos en práctica. Que nuestros familiares y amigos vean por la reforma de nuestra conducta, por el cambio de nuestro mal humor y aspereza en mansedumbre y dulzura; cómo rezamos con buen efecto el Santísimo Rosario, meditando el primero de sus misterios dolorosos. Pidamos á Dios, por medio de la Santísima Virgen, esta gracia de la perfecta conformidad con la voluntad divina; y acostumbremos á repetirnos cada día, cuando nos levantamos, la siguiente oración: «Hágase, sea alabada y eternamente sobreensalzada, la justísima, allísima y amabilísima voluntad de Dios, en todas las cosas.» Tiene concedidas por el Sumo Pontífice Pío VII, tres indulgencias, una de cien días, cada día que se rece, otra plenaria cada año, el día que quiera elegir el que la rece diariamente llenando las condicio-

nes ordinarias, y otra igualmente plenaria que podrán ganar en la hora de la muerte, los que frecuentemente la hayan dicho en la vida. ¡Qué consolador será en aquella hora terrible, en que se ha de consumir nuestro sacrificio á la voluntad divina, entregar nuestra alma con la seguridad de que se la perdonarán todas las penas debidas á sus culpas, si se ha purificado de estas por la penitencia, solo por haber repetido con frecuencia esa brevísima oracion que encierra la esencia del cristianismo. *Hágase, sí, hágase, Dios mio, vuestra voluntad; pues nada es mas justo, porque Vos teneis derecho á ser en todo y por todos obedecido. Alabada sea esa voluntad adora-* ble, que no quiere sino lo bueno y lo justo; y por lo mismo, sea como es debido *eternamente sobreensalzada esa voluntad justísima, esa voluntad altísima, esa amabilísima* voluntad. Sí, en verdad amable, y muy amable, porque es la voluntad de nuestro padre; y ¡qué padre! el mas amante; de nuestro esposo, y ¡qué esposo! el mas tierno; de nuestro hermano, y ¡qué

hermano! el más solícito por nuestro bien; es la voluntad de nuestro Dios, en fin, á quien sea dada la gloria por los siglos de los siglos.

## II.

### **La flagelacion ó los azotes que el Hijo de Dios padeci6, atado á una columna.**

Motivos muy grandes y poderosos nos obligan, como hemos visto en la consideracion anterior, á procurar resignarnos en todo á la voluntad de Dios; pero todavía tenemos que meditar en este misterio otra razon no menos concluyentemente demostrativa, de la necesidad de someternos con agrado y en espíritu de penitencia á todos los trabajos que el Señor quiera enviarnos.

Jesucristo, el santo por esencia, se sometió entre otras penas crueles y afrentosas, que se le hicieron sufrir en el discurso de su pasion, al suplicio de los azotes, que es uno de los mas dolorosos é infamantes, para enseñarnos así á vencer nuestra

sensualidad y nuestro orgullo, que se irritan y sublevan cuando Dios nos hace pasar por cierto género de penalidades y de humillaciones. Pecadores, como somos; y por lo mismo dignos hasta de las penas del infierno, á que el Altísimo no nos ha condenado ya, solo por su bondad y porque espera que hagamos penitencia, nos quejamos cuando el dolor nos aflige, rehuimos toda especie de pena y queremos que todos nos acaten, respeten ó halaguen nuestra necia vanidad. ¿Cuánto mas sábia y cristiana sería nuestra conducta, si reconociendo que somos inmensamente deudores á la justicia de Dios, ya que voluntariamente no hacemos penitencia, por lo menos aceptáramos y cúmplieramos con buen ánimo la penitencia involuntaria de los trabajos que nos sobrevienen. Porque es indispensable tener presente que por mas irreprehensible que parezca nuestra conducta, hay siempre en ella muchas cosas que desagradan á Dios, le ofenden y merecen un severo castigo. No queremos insistir mas en las penas que mere-

cen los pecados mortales, porque todos saben que son las del infierno, y de consiguiente ninguna comparacion pueden tener con ellas todos los trabajos juntos de la tierra. Reunid en vuestra imaginacion los males que sobrevinieron á Job, es decir, la pérdida de sus riquezas, de sus hijos, de su salud, del respeto de su propia mujer, la lepra, el muladar por lecho, los gusanos por compañeros, la podre por vestido, la afliccion en el ánimo, crueles dias, noches angustiosas, una vida, en fin, mas triste que la muerte. Agregad lo que han padecido las naciones enteras, como Egipto con sus plagas, Nínive y Babilonia con su destruccion, la Pentápolis con el fuego que llovió del cielo. Discurred por los tormentos de los mártires, cuya descripcion causa horror; cruz, lanzas, tenazas, tinas de aceite hirviendo, parrillas sobre braseros encendidos, toros de bronce recalentados, hambre, sed, desnudez, habitacion en inmundos calabozos poblados de sabandijas, ó en sucias caballerizas, ó en las entrañas de la tierra donde estaban las

minas. Juntadlo todo; y todo ello y lo demás que la historia refiera ó la fantasía invente es, respecto á las penas del infierno que merecen nuestros pecados mortales, como una gota de agua en comparacion del Océano. Concluid de aquí, si una persona que ha merecido el infierno, porque ha pecado mortalmente, no deberá abrazar con ansia, con alegría, con un fervoroso hacimiento de gracias á la bondad divina, todos los trabajos que le sobrevengan en esta vida, por grandes que sean, en débil compensacion, aunque inmensamente avalorada por los méritos infinitos de Jesucristo, en débil compensacion decimos de las penas del infierno.

—91 Pero demos que, por la gracia de Dios, tengan algunos, que serán bien pocos, la felicidad de no haberse hecho reos de pecado mortal; si aun estos pocos dijese que eran irreprehensibles delante de Dios y que nada tienen que expiar, mentirian segun el testimonio del Espíritu Santo. Porque el justo mismo, cae siete veces al dia; y aun que sus faltas sean ligeras, no por eso de-

jan de desagradar mucho á Dios. En el acatamiento del Señor, ni las mismas estrellas del cielo pueden jactarse de parecer limpias; ¿y lo estaremos nosotros? ¿Nosotros, débiles mortales, que nos arrastramos pesadamente en la fangosa sobrehaza de la tierra? Imaginarlo sería una locura, audacia decirlo; y así nos vemos obligados á reconocer y confesar, que todos en la presencia de Dios hemos estado manchados, á escepcion de la bienaventurada Virgen María.

La inmensa majestad de Dios, su infinita justicia, su inefable santidad, y por una parte, y por otra la suma malicia del pecado, por leve que este nos parezca, deben convencernos de que aunque padeciésemos todos los tormentos, aunque sufriésemos todos los dolores y aunque pasáramos por todas las ignominias del mundo; todo esto junto, no bastaría por sí solo, para satisfacer la deuda que por nuestras culpas tenemos contraída delante de Dios. Únicamente los méritos de Jesucristo, á los cuales se nos permite asociar nuestros tra-

bajos, penitencias y buenas obras, completando así lo que falta á su sacrosanta pasion para nuestro propio bien, ponen en nuestras manos el tesoro con que podemos presentarnos en el tribunal de Dios, á pagar lo que le debemos. Si no lo hacemos así, esto es, si rehusamos sufrir y hacer penitencia en esta vida, asociándonos de ésta manera al Salvador paciente, iremos á pagar esa deuda, porque Dios no se dá por satisfecho sin que se le cubra hasta el último cuadrante, en la terrible cárcel del purgatorio. ¡Ah! Entonces conoceremos cuan mal hicimos en no aprovecharnos, como debiamos, de las penas y trabajos que Dios nos envió en esta vida. ¡Insensatos! Vivir sin trabajos es imposible, porque desde que pecó Adán el dolor es el patrimonio de su descendencia; y nosotros no teniamos necesidad de mas que de paciencia, de recta intención y de espíritu de penitencia, para santificar nuestras penas y hacerlas meritorias, ahorrándonos las del purgatorio. Dios nos hubiera concedido liberalmente todas estas gracias, si se las hu-

biesemos pedido; mas como descuidamos ó no quisimos hacerlo, padecemos inútilmente en esta vida; y nuestra deuda, que está por pagarse, será satisfecha con todo rigor, en el fuego purificador del purgatorio.

Bajemos ahora en espíritu á aquel lugar de tormentos, para formar una idea, siquiera débil é incompleta, de lo que allí se sufre; tanto para procurar evitar en nosotros mismos aquellos tormentos, como para empeñarnos en aliviar con nuestros sufragios á las almas que ahora los experimentan. Es una cárcel llena de fuego, que quema y no consume. Las llamas penetran y no alumbran. Es un indecible penar. Los dias tan largos, tan interminables, las noches; si noches y dias puede decirse que hay en aquella lóbrega mansión, en donde cada minuto equivale á un siglo, porque le acompaña una angustiosa agonía, una ansia indefinible. ¡Ah! Es el ansia de ver á Dios; ansia vivísima, que á la vez constituye la dicha y la desgracia de aquellas pobres almas prisioneras. La dicha, por-

que ya no pueden pecar, ni de consiguien-  
te, perder á Dios; y la desgracia, porque  
el mismo amor que á Dios tienen, hace que  
el estar separadas de este dulce objeto de  
su amor, sea su mas cruel y agudo tor-  
mento.

Que la consideracion de todas estas  
verdades y la vista de nuestro Divino Sal-  
vador, añado á la columna, nos hagan, pues,  
en todo y siempre, resignados y pacientes.  
Purifiquemos nuestra intencion; lavemos  
nuestras almas en las aguas saludables de  
la penitencia; porque el estado de culpa  
mortal no se puede merecer, y sobrelleve-  
mos nuestros trabajos, voluntarios é invo-  
luntarios, con el fin de satisfacer á Dios la  
pena de nuestros pecados pasados y pre-  
sentes. No olvidemos tampoco á las almas  
del purgatorio, por cuyo alivio y descanso  
conviene aplicar una parte de nuestras bue-  
nas obras, y especialmente algunas de las  
indulgencias con que la Iglesia las ha en-  
riquecido, usando de la autoridad que pa-  
ra ello tiene del mismo Dios. Así á mas de  
disminuir nuestra deuda, acumularemos, ca-

si sin sentirlo, un rico tesoro en el cielo, y nos aseguraremos allá la intercesion agradecida de todas aquellas palmas que por nuestros ruegos y sufragios se hayan aliviado en el purgatorio ó salido de tan penosa cárcel. Esa intercesion nos valdrá mucho en la vida, y mas á la hora de la muerte.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

¡Qué espectáculo se ofrece á nuestra consideración en este segundo misterio doloroso del Rosario! ¡El que se viste de luz, aquel á quien sirven de pabellon las nubes, de alfombra los astros, el Hijo de Dios, despojado de sus vestidos, desnudo hasta de la piel! ¿Qué es esto? ¡Ah! No es otra cosa que una muda, pero elocuente representacion de los varios y contradictorios excesos que los hombres cometen en el vestir.

Olvidados de que su cuerpo fué primitivamente formado de barro, y que dentro de poco se convertirá en un puñado de polvo, hay hombres que por una vanidad ridícula, se cubren de ricas galas y ostent-

tosos vestidos; deslumbrando á los necios, ofendiendo á otros orgullosos; defraudando quizá á sus acreedores lo que en justicia debieran pagarles. La razon por sí sola debiera bastar para corregir este exceso; pues ella no puede menos de responder al que la consulte desapasionadamente, que en el hombre no hay otro mérito verdadero sino es el intrínseco; y que toda importancia postiza, especialmente la de los trajes, es por sí misma de ningun valor. Si hay algun mérito en el vestido, este será del fabricante que labró las telas, ó del artesano que cortó las piezas, no del que usa los trajes. Por otra parte, todos, hasta los mas estúpidos, pueden ajustarse un vestido airoso; y hasta los mismos irracionales pueden lucir arreos magníficos. Causa, pues, lástima que haya personas que hagan consistir su mérito en parecer bien, por el lujo y el buen gusto de los vestidos. Tal es el fallo de la filosofía.

2370 Pero la religion se eleva, aun en este particular, á una altura inmensamente mayor. La moderacion en el vestir puede ly

debe convertirse en una virtud, practicándola á imitación de Jesucristo, y con la intención de agradarle. El traje ordinario de nuestro Salvador era una modesta túnica que las manos virginales de su Santísima Madre le habían labrado, dando por sí mismas solícitas vueltas al huso, en las largas noches del invierno. Y cuando se trató de azotarle, el pobre Jesús dejó que le quitasen hasta aquel humilde vestido; en cambio del cual los Ángeles del cielo, que invisiblemente le rodeaban á millares, estendieron sobre Él sus alas de los colores del iris.

Aprendamos nosotros aquí á amar la sencillez en el vestir. Lo que habia de haber superfluo en nuestros adornos, que sirva para satisfacer nuestras obligaciones de justicia, si las tenemos; y si no es este el caso, empleémoslo en obras de caridad. Que lo que habia de consumir la moda, tirano ridiculo y caprichoso, que nos empeña en gastos sin razón y sin provecho, lo lleven los pobres, que son recaudadores del tesoro que Dios nos mandó allegar en el cielo.

Pero aun hay otra leccion no menos importante, relativa al vestido, que debemos aprender en este misterio. El Dios de pureza y de santidad, padeció en su santísima humanidad la confusion y vergüenza de la desnudez, para expiar los pecados que se cometen por la inmodestia de muchas personas, en el vestir. Aljurando aquel rubor, que á nadie es tan necesario como á los pecadores, olvidando que tienen á su lado, siempre y en todas partes, el Ángel de su guarda, á quien deben todo respeto; prescindiendo del deber que todos tenemos de evitar el escándalo, porque Dios nos pedirá estrecha cuenta de las almas que se perdieren por nuestra culpa; hay muchos, aun entre los mismos cristianos, que cometen y hacen cometer innumerables pecados por su inmodestia en el vestir. Y lo mas reparable es que algunos usan de mas recato en su casa que fuera de ella; habiendo quizá quien vaya al templo con menos compostura que al paseo ó al teatro. ¡Deplorable abuso que causó tanta pena á Jesucristo durante su flagelacion!

Porque además de la vergüenza que padeció su bendita alma al verse privado de sus vestidos; sus carnes virginales sufrieron el horrible tormento de los azotes, que puede decirse le desnudaron hasta de la piel; en pena de los pecados de deshonestidad que, comenzando por la inmodestia y las miradas lascivas, se consuman con las obras impuras. ¡Ah! Conozcamos cuán abominables son todos los pecados de esta especie á los ojos de Dios; por lo que pasa en este misterio con nuestro adorable Salvador. Inocente, puro, santo por esencia; agradable, por tanto, al Eterno Padre; Hijo suyo, engendrado antes de la aurora; objeto de todas sus complacencias, imagen de su propia sustancia, ¿por qué permite que le arranquen con vilipendio su túnica inconsútil, que le aten, que caiga sobre su sacratísima espalda una lluvia de azotes, hasta derribarle en tierra, rendido y sin fuerzas, sobre un lago formado de su propia sangre, tal cual le vemos, y no podemos verle sin lágrimas, en este doloroso paso? No es otra la causa que el haberse

hecho Jesús nuestro fiador, tomando sobre sí nuestros pecados para expiarlos. Pues, si esta es la causa; si en el fiador inocente, santo y agradable, así castiga Dios los pecados de deshonestidad y de impureza, ¿cuáles serán los castigos que tendrá reservados para los mismos culpables de estos excesos, si no hacen de ellos condigna penitencia?

Esta reflexion debería hacernos temblar, especialmente hoy que, como en los dias del diluvio, casi pudiera decirse que toda carne ha pervertido su camino; porque, en efecto, casi no hay edad, estado ni condicion, en que no haya penetrado, y hecho estragos la peste de la impureza. La juventud, la misma niñez, están inficionadas de esta horrible lepra. Las santas barreras del matrimonio se ven invadidas por el torrente. En el augustó retiro del santuario, han llegado á mezclarse con los puros aromas del incienso que se eleva al cielo, esas fétidas exhalaciones del infierno. En vista de tan general abominacion, y considerando cuán irritada debe estar por todo esto

la justicia de Dios, no hay que estrañar las desolaciones de la tierra; y mas bien debemos temer, que si no aplacamos al Señor con una verdadera penitencia, continnarán nuestras calamidades en el tiempo, y se consumará nuestra desdicha en la eternidad. Mas, aun es tiempo de conjurar tantos males. No en vano yace en ese lago de sangre, al pié de la columna, el inocente y buen Jesús; no en vano arroja allí hondos suspiros su dulcísimo corazón; ni deben ser inútiles para nosotros las tiernas miradas que sus ojos moribundos nos dirigen en esa dolorosa y triste posicion. ¡Oh, Jesús! Haced que á vuestro rubor de veros desnudo, correspondá en nosotros una santa vergüenza, la cual nos haga confundirnos y humillarnos por nuestra pasada impudencia ó desenvoltura, obligándonos tambien á guardar una inviolable modestia en lo sucesivo, tanto para vestir, como para hablar y proceder. Haced que á los padecimientos espantosos que os han hecho sufrir los azotes, correspondá la satisfaccion que

nosotros debemos daros por nuestra sensualidad, castigando nuestros cuerpos, con aquel género de mortificaciones que prescribe la Iglesia, cuyos preceptos no eludiremos con vanos ó especiosos pretextos; y aquellas otras que no permita nuestro prudente director, á quien con sinceridad espondremos nuestras llagas, para que saje y corte en ellas, cuanto convenga para sanarlas. Haced, en fin, ¡oh Jesús! que al profundo sentimiento que ocupaba vuestra santísima alma, mientras expiabais en la flagelacion nuestra inmodestia y sensualidad, corresponda en nuestras almas la mas viva, la mas dolorosa contricion de esas mismas culpas que tanto os han atormentado. Sí, que se rasguen de dolor nuestros corazones, hasta que Vos, Señor, los renoveis; como os pedia el Rey profeta, haciendo la mas verdadera penitencia, por un pecado de sensualidad. Que nuestras lágrimas caigan de nuestros ojos, de dia y de noche, hasta regar con ellas nuestro lecho, como hacia el mismo David penitente; de modo que

esas lágrimas nos sirvan como de un velo para no ver objetos peligrosos, como de un alimento para nutrir nuestras almas y robustecerlas contra las tentaciones, como de un bálsamo para cicatrizar las heridas que las caídas pasadas han hecho en nosotros. Ayudadnos, Señor, con vuestra gracia en la obra de nuestra perfecta conversión, que hoy emprendemos, que nos es tan necesaria, y que con ese divino auxilio esperamos llevar á feliz término; pues contamos con que Vos, buen Dios, nos dareis en esta vida la gracia necesaria para perseverar en una vida santa y limpia; y en la otra el premio que teneis prometido á las almas puras ó penitentes.

### III.

#### **La coronacion de espinas.**

Causa asombro que la rabia de los judíos se ensañase contra el inocente, el manso, el dulce Jesús; pero no debe ser menos nuestra estrañeza al ver que no contentos con las crueldades ya ejecutadas

en su sacratísima humanidad, hubiese quien discurriera un nuevo género de esquisito é inusitado tormento, cual fué el de ceñir su adorable cabeza con una corona de espinas. Allí no habian llegado los azotes, allí no podía hacerse sentir la cruz; y como que les causa pesar ó escrúpulo, que quede ileso un solo miembro siquiera del Salvador. ¡Ah! La palabra profética iba á cumplirse, por mano de los mismos enemigos de Dios; procediendo estos con tanto empeño á verificar los sagrados oráculos, como si tuviesen comision para hacer resaltar la exactitud de los antiguos vaticinios. Escrito estaba que, *desde la planta del pié hasta el vértice de la cabeza*, nada habia de quedar sano en el cuerpo adorable de Jesucristo; y en efecto, hincando la dolorosa diadema al rededor de las sienes del Justo, la profecía se cumplia al pié de la letra.

¡Cuán preciosos son para nuestra fé los documentos que nos proporciona la realizacion de los divinos oráculos! Leyendo con este espíritu nuestros sagrados Evangelios, y comparando los hechos que

ellos nos refieren con las predicciones contenidas en el Antiguo Testamento, es preciso ser ciego, y ciego voluntario, para no conocer y confesar que en esos libros nos habla el mismo Dios. No es esto decir que para creer basta el raciocinio, no, pues la fé es un don de Dios, y nuestra vocacion á ella ni la podemos merecer, ni menos puede ser la obra de nuestro ingenio, ni el resultado de nuestros esfuerzos. Cuando el espíritu de Dios, que *sopla donde quiere*, nos ha hecho el insigne beneficio de infundir en nuestras almas la santa fé, todo nuestro cuidado, despues de agradecer con humildad y fervor una merced tan grande, debe ser conservar esa misma fé, sometiéndonos á sus direcciones con filial docilidad y entera obediencia. Ninguna contradiccion, ni siquiera una duda. Esta sola siendo deliberada y voluntaria, seria ya una culpa grave; y sin exageracion alguna, equivaldria á una apostasia completa. Porque ¿de qué dudamos? ¿De la veracidad de Dios? Esa seria una blasfemia. Dios, la verdad por esencia, la santidad suma, la sabiduría infinita, no

puede engañarse ni engañarnos. Desde el momento en que Él propone á nuestra creencia un dogma, por superior que este parezca á las luces y á las fuerzas de nuestra razón, debemos prestarle nuestro asenso ilimitado; persuadiéndonos de que nosotros como limitados y débiles que somos, podemos equivocarnos y de hecho erramos muchas veces. Pero en Dios no cabe error. Todo lo que nos ha revelado es la pura é incontrastable verdad. Su palabra es en sí, luz y fuerza. Luz para dirigir nuestros pasos, y fuerza para resistir y triunfar de todas las contradicciones.

Después que hayamos fijado bien en nuestra alma estas convicciones, nada obsta para que, en espíritu de fé, procuremos hacer razonable el obsequio que á Dios prestamos; meditando con humildad su palabra y examinando, sin degenerar nunca en una especulacion meramente curiosa, los motivos de credibilidad que sirven de apoyo y de confirmacion á nuestra fé. De estos motivos, uno de los mas poderosos es, como indicabamos, el cumplimiento de

las profecías, especialmente las relativas á la persona divina del Salvador, hechas tantos siglos antes y cumplidas tan al pié de la letra. Lo que hemos dicho sobre la coronacion de espinas, es igualmente aplicable á casi todas las otras circunstancias de la pasion; especialmente á la traicion de Judas, la crucifixion, el ofrecimiento de la hiel y vinagre y el golpe dado por la lanza en el costado y corazon de Jesús.

Otro motivo no menos fuerte de credibilidad, es el triunfo de nuestro Divino Salvador despues de tantos oprobios. Si los tormentos de la pasion fueron tan grandes no fueron menores sus ignominias; y si el cuerpo sacratisimo de Cristo desapareció de la vista de los vivientes por tres dias, su doctrina puede decirse que tambien estuvo sepultada algun tiempo en la infamia. ¿Qué entendimiento criado pudiera discurrir que cuando desde los Pontífices hasta el populo habian acusado á Jesús de impostor; despues que Herodes le despreció como un loco; y de haber sido tratado qual rey de burlas; su doctrina, la doctrina tan

contraria á las pasiones y tan opuesta á la sabiduría del mundo, habia de estenderse por todo el universo, triunfando del orgullo, de la sensualidad, de la avaricia, de la ambicion y de tantas y tantas halagüeñas é interesadas preocupaciones? Sin embargo, esto ha sucedido; este es un milagro siempre permanente, que podemos verificar con solo abrir los ojos.

De esta manera la corona de dolor y de afrenta, tejida de zarzas punzantes y clavada en la frente del Salvador, se ha convertido en una aureola de gloria. Igual trasformacion experimentarán, si conservamos la fé, unida á la esperanza y á la caridad, las diademas de amargura y de humillacion, que estrechen nuestras sienes durante la vida. Coronas invisibles, que los cristianos verdaderos llevan con silencio y resignacion, fijando la vista en el sublime modelo de su Divino Maestro. Especialmente en las épocas frívolas é impías, cuando el ser creyente con sencillez y sinceridad, es ocasion de burla; se nos presenta la mejor oportunidad de labrar, su-

friendo con paciencia y alegría las mofas ó persecuciones de los incrédulos, una hermosa é imperecedera corona de gloria. Dios tomará en cuenta y premiará con liberalidad nuestro generoso comportamiento; confundiendo á los enemigos de nuestra fé, con el brillo de la recompensa que sabrá darla.

Despreciemos, pues, el respeto humano; no dejando de ejecutar ninguna accion virtuosa, por vergüenza del qué dirán, ni disimulando la profesion de nuestra fé y nuestra adhesion y respeto á la Santa Iglesia. Sin ostentacion ni zalamería, pero con energía y franqueza, debemos obrar en consecuencia de lo que creemos. Si el mundo repara, si los frívolos se rien, si los malintencionados tergiversan, no hagamos caso, que no son los hombres sino Dios, á quien debemos responder de nuestra conducta. Tengamos siempre presente, que así, como se nos representa en el tercer misterio doloroso del Santísimo Rosario, hubo un tiempo en que Jesucristo pareció como rey de burlas, coronado de espinas, con una caña por cetro y por man-

to real un harapo de púrpura; otro dia llegará en que indefectiblemente le hemos de ver, como rey de gloria, rodeado de poder y majestad. No nos avergoncemos de adorarle humillado, de servirle escondido, de proclamar sus alabanzas oculto; á fin de tener en el último y terrible dia del juicio confianza para comparecer en su presencia; la dicha de verle cara á cara; y la gloria de asociarnos al ejército de los bienaventurados que, llamados á su diestra, se elevarán despues con Él á reinar por siempre en el Empíreo.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Reir cuando otros lloran es prueba de debilidad de entendimiento; pero burlarse cuando otros padecen y padecen intensa y cruelmente, es prueba de pésimo corazon. Pues hé aquí que los enemigos de Jesús, viéndole hecho ya todo una llaga, le clavan en las sienes una corona de punzantes espinas. Y todo esto para hacerle parecer como un *rey de moza!*

¡ Oh mi divino Salvador! Mas yo aparto los ojos de nuestros enemigos para fijarlos en Vos durante este doloroso misterio; pidiéndoos me descubrais el que sin duda encierra este paso de vuestra penosa carrera. Cuando el Rey de los reyes, el Señor de los que dominan, permite que así vuelvan chacota, su eterna y soberana majestad, parece que ha tenido el designio de condenar con su ejemplo la desordenada ambicion de aquellos que, contrariando los designios del mismo Dios, pretenden levantarse á puestos brillantes y elevados.

Pocos son los que están contentos con una humilde fortuna, ni aun con una posicion modesta. Por mas que se repita la verdad de que, á proporcion que el hombre se eleva, crecen sus cuidados é inquietudes; y que nunca la felicidad, aunque la simulen las apariencias, se encontró en las altas dignidades; por mas que se nos recuerde la sentencia de Salomon, el cual despues de haber hecho en sí mismo la prueba de la grandeza, esclamaba que *todo es vanidad y afliccion de espíritu;*

por mas que á los ejemplos de la historia vengan á añadirse, delante de nosotros mismos, las catástrofes de los reyes y de los imperios; que ayer se levantaron, hoy subsisten en medio de la ansiedad y el mal-estar, y mañana sucumben para no volver á levantarse quizás nunca; lo cierto es que, deslumbrados con el falso oropel que la ambicion despliega á nuestros ojos, tenemos casi todos y casi continuamente, el deseo de ser mas de lo que somos, de distinguirnos y de sobreponernos á los que consideramos nuestros rivales. De ahí esa poca tranquilidad de espíritu, que no nos deja gozar ni de los mismos bienes que al presente poseemos. De ahí esa envidia, esos celos, esos resentimientos contra los que al parecer nos hacen sombra. De ahí la injusticia para juzgarlos, la maledicencia para imputarles faltas que acaso no han cometido ó para reagrar sus defectos verdaderos. De ahí las tramas para suplan- tar un rival, las maquinaciones para hacer caer á los que están elevados. De ahí las conjuraciones y los sobornos, la anarquía

y el derramamiento de sangre. De ahí, en una palabra, la guerra, con todos sus horrores materiales y morales, y la inquietud y la zozobra, aun en medio de lo mismo que se llama paz.

Pues todos esos males desaparecerían, si conformáramos nuestra conducta al modelo que nuestro Divino Salvador nos ofrece en este tercer misterio doloroso del Rosario. Rey desde la eternidad, Señor de todo lo criado, con derecho á los homenajes del cielo y de la tierra, nuestro buen Jesús, á cuyo nombre dobla la rodilla todo lo que existe, se presenta á nuestra vista, en este tercer misterio del Santísimo Rosario, con las señales de una dignidad irrisoria. ¡Ah! ¡Cómo se verifica en este paso, la tierna palabra del Apóstol: *Semetipsum exinanivit!* Sí, se anonadó el que era más que todo, el que es Dios, para enseñarnos que nosotros que somos polvo y ceniza, no debemos pretender elevarnos en alas de la vanidad y del orgullo.

Debería bastar que considerásemos atentamente lo que somos en realidad, pa-

ra, no ensoberbecernos. Nuestro cuerpo, sujeto al dolor y á la muerte, que viene del polvo, y pronto volverá á su innoble origen; nuestra alma, cuyas potencias son limitadas y están sujetas al engaño, al error, á mil ilusiones; nuestro corazón, en fin, tan flaco para el bien, tan propenso al mal, tirabizado cruelmente por las pasiones, abatido por la adversidad, nunca contento, jamás satisfecho; la experiencia de todos los dias; la observacion de todos los momentos, ¿no claman sin cesar á nuestros oidos que somos miserables? ¿No representan con la mayor viveza delante de nuestros ojos, que debemos contarnos por nada? ¿No está en esta parte de acuerdo nuestra razon, con la voz del sentido íntimo y con el testimonio de todo lo que nos rodea?

Y sin embargo, nuestro orgullo se subleva, gana nuestro corazón y nos arrastra á lamentables excesos. Esto es porque, con nuestras solas fuerzas, somos impotentes para resistirle. Necesitamos para triunfar de él el auxilio de la gracia, que Jesucristo

nos ha alcanzado por el mérito de sus abatimientos, con el ejemplo de los cuales quiso además convencernos de la vanidad de los honores del mundo, como también del mérito positivo y del fruto de las humillaciones.

No es esto decir que el Divino Maestro enseñara á desdeñar los honores por desprecio de los que están en ellos instituidos con autoridad legítima. Al contrario, su palabra y su ejemplo proclaman altamente que á los superiores se les debe sumisión, obediencia y respeto; por mas que sus malas cualidades personales, desdigan del puesto que ocupan. El desden que Jesucristo quiere tengan sus discípulos hácia las dignidades, consiste en que pensando bajamente de sí mismos, y viendo con los ojos de la humildad que carecen de todo mérito propio se conformen con el abatimiento, y jamás aspiren, por ninguna clase de medios y menos por los ilegítimos, á los honores del siglo ni á las dignidades humanas. Les permite que las ocupen cuando la voz de una legítima vocacion les

llamé á ellas; encargándoles que ni aun entonces presuman de su capacidad, ni separen de sí la humildad; pues antes bien deben abrazarse mas estrechamente con ella, reconociéndose indignos de elevarse, y temblando en la misma elevacion, porque en ella es mas fácil y mas peligrosa la caída. Infundiendo en sus verdaderos discípulos estos sentimientos, la doctrina de Jesucristo les inspira además, que desconfíen siempre de sí mismos, y mas cuando se vean levantados en honoríficos destinos; que se arrojen entonces entre los brazos de la humildad, que sean mas asíduos en la oracion, buscando allí especialmente la luz para dirigir sus pasos y la fuerza para no caer en los senderos difíciles por donde tienen que marchar, y que no olviden ni un momento, que cuanto mas se les ha dado mas les será pedido, teniendo continuamente á la vista la terrible sentencia, de que los poderosos padecerán poderosamente.

¡ Doctrina sublime! Por ignorarla hoy tanto los hombres, el mundo ofrece el espectáculo de la confusion y de la anarquía.

Innumerables hombres se creen llamados á brillar y á disponer de la suerte de sus semejantes, siendo entre ellos muy pocos los que tienen para tanto los necesarios talentos. Por eso se vé cuántos no pueden llenar, ni aun medianamente, los deberes de los empleos en que la intriga, el favor ó la fuerza los han colocado; resultando de ahí daños de mucha trascendencia á los pueblos, escándalos á la Iglesia y una terrible responsabilidad á esos intrusos en puestos á que una legítima vocacion no los llamaba. Todo se remediaría con que ellos y sus valedores aprendiesen bien la enseñanza del Evangelio; y procurasen conformarse al admirable ejemplo que nos dá el Salvador del mundo, aceptando la corona de espinas, con que le ha adornado la sinagoga en los dias de su desposorio. Sí, en el dia de su desposorio con nuestra alma, Jesucristo ha recibido aquella corona, y si el esposo la lleva ¿podrá rehusarla la esposa? No es una injusticia, un escándalo, que llamándonos cristianos, pretendamos coronarnos de rosas, cuando el esposo di-

yino de nuestras almas, está coronado de espinas? ¡ Ah! Demasiado ha sido la dignacion, la condescendencia de nuestro Dios, que no se limitó á echar sobre la humanidad degradada por el pecado una mirada de compasion, sino que haciendo por ella lo que no habia hecho por los Angeles, resolvió reunir en la persona del Verbo eterno, la divina naturaleza con la naturaleza humana, y que por medio de la admirable obra de la redencion, no solamente nos ha rehabilitado, sino que nos ha adquirido una dignidad mayor que la primitiva, perdida en el paraiso, por el pecado de nuestros primeros padres. Pero la condicion necesaria para que cada uno de nosotros se instale, por decirlo así, en esta alta dignidad, es que arreglemos nuestra vida, al divino ejemplar de la de Jesucristo. De modo que si rehusamos cumplir esta condicion, si en vez de practicar la humildad y la mortificacion, como dos remedios heróicos; la humildad contra la sensualidad del espíritu, que es el orgullo; y la mortificacion contra el orgullo de los sentidos, que es la

voluptuosidad; si en vez de destruir así en nosotros el hombre viejo, para conformar en nosotros mismos el nuevo, queremos unir en nosotros dos cosas tan incompatibles, cuales son, proclamar en teoría que somos cristianos, viviendo prácticamente como materialistas; en tal caso no podemos pretender que se nos conceda la corona de la gloria, la cual siendo corona de justicia, únicamente se debe al que pelear por alcanzarla legítimamente.

¡ Oh buen Jesús ! Persuadido de estas verdades, yo ofrezco mi cabeza á la corona de espinas. Ella no está bien en vuestras adorables sienes, pues sois santo, inocente, la misma inocencia y la santidad suma; mientras que en mí esa corona no será mas que la pena justa y debida de tantas ofensas de todo género, como he cometido contra vuestra divina majestad. Pero, Señor, yo no podré llevar esa corona de espinas, sin el auxilio de vuestra gracia, y por eso os la pido, con la mayor humildad y confianza. Confortado con ese celestial auxilio, aceptaré gustoso y llevaré

con paciencia la ignominia de esa corona en todas las humillaciones que me sobrevengan, y tambien todos sus dolores en la mortificacion de mis pasiones y en todas las penas que fuereis servido de enviarme ó de permitir que me atormenten. De esta manera, si persevero con fidelidad hasta el fin en vuestro santo servicio, como lo espero de vuestra gracia, esa corona de dolor y de oprobio se convertirá para mí en una aureola de gloria y de felicidad sin término. Así sea.

#### IV.

### La cruz á cuestas.

Pronunciada la sentencia que condena á muerte al inocente Jesús, por un refinamiento de crueldad, se le obliga á conducir la cruz sobre sus hombros hasta el lugar del suplicio. Pero nosotros en esto mas que la inhumanidad de los enemigos del Salvador, debemos ver un designio providencial de darnos una importantísima leccion.

Jesucristo, cuando le traen la cruz para que la conduzca al Calvario, se abraza gustosamente con ella, aunque áspera y pesada, para enseñarnos á aceptar sin murmuracion ni resistencia las cruces que el Señor nos envíe. Todos tenemos que padecer en la vida, la cual no es mas que una preparacion, una prueba para hacernos dignos del cielo, única mansion donde el llanto no tiene entrada, ni se padecerá cosa alguna. Querámoslo ó no, mientras vivamos en este mundo, hemos de sufrir mucho en el cuerpo y en el alma; demostrando la esperiencia que aquel padece menos, que tiene mas conformidad y paciencia en los trabajos.

Mas la conformidad y la paciencia son dos virtudes que solamente se encuentran en el seno de la religion cristiana, á lo menos con el carácter de sólidas, constantes y provechosas; pues esa religion divina, es la única que propone al hombre un motivo y un fin capaces de hacerle soportar con resignacion y aun con alegría los males de esta vida. El motivo es el ejemplo del Hijo de Dios, que no teniendo obligacion ni ne-

cesidad de sufrir el dolor y la muerte, con todo se sujetó á ellos por nuestro amor; y el fin es la consecucion de la eterna bienaventuranza, en donde por los pequeños y transitorios trabajos de esta vida, sobrellevados con paciencia, se nos dará un peso inmenso de gloria. ¡Oh motivo dignísimo! ¡Oh nobilísimo fin! ¿Por qué antes de ahora os hemos considerado tan poco? ~~no~~ Es dignísimo ese motivo; porque si Jesús, por nuestro amor padeció, ¿cómo rehusaremos nosotros corresponderle, padeciendo por su amor? Lo que nosotros padezcamos, por mucho que sea, será infinitamente menos de lo que padeció el Salvador; y así jamás tendremos razon para quejarnos, en ninguna circunstancia, de que sufrimos mas de lo que nos conviene. Estemos seguros de que Dios no nos enviará mas trabajos de aquellos que, con el auxilio de su gracia, podamos sobrellevar; y que los que nos envíe, ó serán para que expiemos nuestras pasadas culpas, ó para que alleguemos méritos para el cielo. Y hé aquí el nobilísimo fin que debemos proponernos;

sobrellevando con resignacion y aun con gozo los males de la vida. Si creemos no deber nada á la justicia divina, nos engañamos miserablemente; pues si el justo cae siete veces al dia, ¿cuántas habremos caido y caeremos nosotros? Si consideraramos la enormidad y la trascendencia de nuestras culpas; si ponderaramos la ofensa que con ellas hemos hecho á la majestad infinita de Dios; si pudieramos descubrir el mal inmenso que con ellas nos hemos hecho á nosotros mismos y el perjuicio que acaso habremos causado por ellas á nuestros prójimos, ya en sus bienes, ya en su honra, ó lo que es mas, en sus almas, pues quizás hemos escandalizado á muchos que por nuestra ocasion estarán tal vez sumergidos en el abismo de la culpa, si es que no han caido ya ¡qué horror! en el del infierno; si atendieramos á todo esto ¿nos creeriamos justificados delante de la justicia de Dios, cuya mirada todo lo abarca y todo lo profundiza, y cuya santidad no puede sufrir ni la mas mínima mancha, en lo que ha de entrar á su reino?

Ciertamente estas reflexiones terribles, pero exactas, deben reconciliarnos con la idea de que es necesario aceptar la cruz como Jesucristo y llevarla en pos de Él todo el tiempo de nuestra vida. La verdad eterna lo ha dicho: «El que quiera venir en pos de mí nieguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.» Neguémonos, pues, á las desordenadas pretensiones de la carne y de la sangre; mortifiquémosla, abrazándonos con nuestra cruz; no nos desviemos de la senda por donde marcha el Salvador delante de nosotros, que es la de la resignacion y la paciencia; y estemos seguros de que confortados por su gracia, que no nos negará si se la pedimos, llegaremos en su compañía dichosamente al término del viaje, que es la patria celestial.

Pero, Jesús cae en el camino, bajo el peso abrumador de la cruz. Es para que conozcamos la enormidad de nuestras culpas, representadas en aquel madero, á fin de que procuremos evitar la repeticion de nuestros pecados; y es tambien para enseñarnos que si hemos tenido la desgracia de

caer en ellos, no debemos desalentarnos, sino, al contrario, esforzarnos en levantarnos inmediatamente, ayudados de la divina gracia, así como nuestro buen Jesús se levantó cuantas veces cayó bajo el peso de la cruz. Sí, ese levantamiento debe ser luego, lo mas pronto posible, por lo mismo que el Salvador no se detiene, sino que sigue marchando delante de nosotros con la cruz. ¡Ah! ¿Cómo podríamos seguirle, con mérito, en estado de culpa? El pecado es una cadena que nos retiene derribados en un cenagal, mientras no la rompemos por la contrición y salimos del atolladero por la penitencia. Hagámoslo, pues, sin demora para continuar en seguimiento de Jesucristo, y despues abrazémonos mas estrechamente con la cruz de los trabajos, que los tendremos en tal caso mas merecidos, y procuremos con mas ahinco no separarnos del camino real y seguro que Dios nos tiene trazado en su santa ley y mandamientos.

Jesucristo, en el camino del Calvario, encuentra á su Santísima Madre. ¡Cuán do-

loroso fué para ambos aquel paso! Al meditarlo, nuestros ojos debieran convertirse en dos fuentes de lágrimas; mas no es este el único fruto que debemos sacar de tan santa consideracion. La vista recíproca del Hijo Divino tan maltratado, oprimido con el peso de la cruz y condenado á muerte, y de la Madre triste, llorosa y afligida hasta el extremo; esa vista fué, para los corazones amantísimos de Jesús y de María, un nuevo y muy cruel tormento. Mas para nosotros es un motivo de consuelo y de alivio. Los méritos de Jesús y la intercesion de María, que nos acompañan en la peregrinacion de esta vida, nos obtienen tantos alivios y consuelos, que, si sabemos aprovecharlos, las penas se nos convertirán en dulzuras y en gozos los dolores. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh Madre clementísima! ¿Cómo podremos corresponder á todas vuestras bondades?

Otra mujer piadosa ocurre al encuentro de Jesús en el camino del Calvario, para enseñarnos, enjugando su divino rostro con un lienzo, en el cual quedó impresa la imagen adorable del Salvador, que cada

uno de nosotros puede tener la honra y la dicha de llevar estampada en su alma esa divina imágen, si se esfuerza en imitar los ejemplos del Hijo de Dios. Para entrar en el cielo es indispensable llevar esa augusta semejanza, en cuya adquisicion debemos poner todo empeño, procurando ejercitarnos en las virtudes cristianas.

Finalmente, antes de llegar al lugar del sacrificio, otras hijas de Jerusalem, viendo á Jesucristo en tan triste situacion, expresaron su dolor con amargas lágrimas; pero el Salvador, aunque las agradece aquella demostracion compasiva, les dice que ese llanto estaria mejor empleado sobre ellas mismas y sobre sus hijos. Así nos enseña el Divino Maestro, que no basta entercernos por la consideracion de su pasion y muerte, si no detestamos y lloramos nuestras culpas que fueron causa de ella. Debemos, pues, cuando fijamos nuestra atencion en los misterios dolorosos del Rosario, convertirla al propio tiempo hácia nosotros mismos, para ver en nuestros pecados los verdugos del Redentor, aborrecerlos, arre-

pentirnos de ellos y hacer verdadera penitencia. Un Rosario rezado de esta manera, nos será de infinito provecho, y en el dia terrible del juicio, acerca del cual habla tambien en este paso el Salvador á las hijas de Jerusalem que le compadecian, en vez de vernos obligados á decir á los montes que caigan sobre nosotros, podremos estar tranquilos y alegres, por habernos reconciliado en tiempo con nuestro juez, mediante la contricion que hayamos concebido de nuestras culpas, rezando dignamente el Rosario, y confesándolas debidamente en el tribunal de la penitencia, donde las borrará la sangre del Redentor que ahora camina á la muerte, cargado con su cruz. Amen.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Jesucristo no elige su cruz, sino que se abraza y carga con la que le presentan. ¡ Leccion importante para muchos cristianos, que se conforman en general, con padecer; pero quisieran en particular, pade-

cer lo que su voluntad eligiera, en el tiempo y modo mas conforme á esa misma voluntad! Esa manera de llevar la cruz no es la que nos enseña Jesucristo en este misterio del Santísimo Rosario. Lo que el Divino Salvador se propone darnos á entender, es que debemos ser obedientes en todo, como Él mismo lo fué á la divina voluntad, ya se nos signifique esta de un modo preceptivo ó solamente permisivo. Por eso debemos, en primer lugar, abrazarnos con la cruz del cumplimiento de nuestras obligaciones, cualquiera que sea el estado en que la Divina Providencia nos haya colocado. No puede haber virtud y menos perfeccion sin el cumplimiento de esas obligaciones, y así se engañan miserablemente aquellas personas que á pretexto de ejecutar actos no obligatorios de devocion, dejan de llenar los deberes de su propio estado. Examínese cada uno sobre este punto, que es de la mayor importancia y trascendencia; pues á mas de dar que reir á los demonios con esa clase de devocion mal entendida, las personas que de tal manera se condu-

cen hacen un grave daño á la verdadera devocion, desacreditándola por la falsa. Abracémonos, pues, con la cruz de nuestro estado. El marido sobrelleve los caprichos de su mujer, hasta donde no haya pecado. La mujer haga otro tanto, y aun con mayor sumision y dulzura, respecto del mal genio de su marido. Cuiden los padres, con un amor ilustrado por el celo cristiano, de que sus hijos y domésticos lleven una vida arreglada á los divinos preceptos. Tengan la misma vigilancia todos los demás superiores, cada uno en la esfera de su grado respectivo. Obedezcan con sumision y fidelidad los hijos, criados y demás inferiores; viendo en los que sobre ellos están elevados una autoridad á la cual deben sujetarse como á la del mismo Dios, en todo lo que no se oponga á la ley divina ó á la eclesiástica. Después de haber ennoblecido así, por el espíritu del verdadero cristianismo, el mando y la obediencia, bien pueden todos, superiores é inferiores, entregarse á las otras prácticas de piedad que les sugiera su devocion, pru-

dentamente arreglada con la consulta de un discreto director. Así podrán persuadirse de que cumplen la voluntad preceptiva de Dios, abrazándose con su cruz, para seguirle en el camino de esta vida. Hacer otra cosa seria seguirle con distinta, pero infructuosa cruz, porque no era la que habia elegido su Divina Majestad; la que de consiguiente, nos convenia y nos hubiera santificado, á mas de sernos menos pesada, porque el mismo Dios nos habria ayudado á llevarla.

En efecto, cuando nos salimos por capricho del cumplimiento de los deberes del estado en que nos ha puesto la Divina Providencia, tenemos tan poco derecho para quejarnos de que ella permita que se nos hagan gravosas las cruces; como podemos tener mucha confianza de que ella nos aliviará el gravámen de las cruces, anejas al estado en que ella misma nos haya colocado. La razon es obvia. El Señor dice: *Venid á mí todos los que estais cargados, y yo os aliviaré.* Pero es condicion que vayamos á Él, es decir, á

donde y por donde Él nos llama, para conseguir el apetecido alivio; de manera que si no vamos á Él, como no iremos si seguimos nuestra voluntad, contrariando la divina, como faltamos á la condicion, nada tiene de extraño que no logremos el alivio. Resolvámonos, pues, desde ahora para siempre, á abrazarnos con la cruz del cumplimiento de nuestras obligaciones, que es la voluntad preceptiva de Dios; pero no olvidemos que además de eso Jesucristo nos enseña en este misterio, que debemos abrazar la cruz de todos los trabajos, que su Divina Providencia permite nos sobrevengan para nuestro bien. Para los que aman á Dios, todas las cosas cooperan al bien. Las abejas hacen su miel, estrayéndola de flores amargas; y así los cristianos, de las aflicciones y trabajos deben estrair, por el ejercicio de la paciencia, la mansedumbre que endulza para ellos y para los demás todas las tribulaciones. Las calamidades naturales, las injusticias de los hombres, la pobreza, la ignominia, la contradiccion, todas esas espinas que brotan á cada paso en

el camino de la vida, exasperando al malo que en vano intenta muchas veces librarse de ellas, son para el cristiano, que recibe todas las penas como enviadas por la mano de Dios, otras tantas ocasiones de merecimiento. Esta sola idea: «Nada sucede sin que lo permita Dios; Dios que es mi Padre tierno; Dios que es infinitamente sábio y conoce lo que me conviene; Dios que conoce tambien mi flaqueza y está pronto á ayudarme en los trabajos con su gracia, si humildemente se la pido.» Esta sola idea conforta al cristiano fiel en las tribulaciones, le dá valor para abrazar ese género de cruces, le ayuda para sobrellevarlas, y le hace alcanzar la corona. Imitemos, pues, nosotros á este cristiano fiel; procurando todos los dias, desde por la mañana, aceptar por amor de Dios todos los trabajos, penas y disgustos de la jornada; pidiendo con fervor y confianza los auxilios de la gracia, para llevar á efecto ese santo propósito. Renovémosle cuando se presente alguna ocasion grave ó extraordinaria de padecer, fijando la mirada de nuestro espí-

ritu en Jesucristo, que vá delante de nosotros con su cruz, invitándonos á seguirle con la nuestra. Digámosle entonces y siempre con confianza: «Traedme, Señor, tras de Vos; y correremos al olor de vuestros perfumes.»

¡Ah! ¡Cuán suaves son esos perfumes! La fragancia de todas las virtudes se exhala de la sacratísima humanidad de Jesucristo, y al olor de ella han ido las almas santas, en todos los tiempos, caminando con su cruz por las sendas de esta vida, hasta llegar á la bienaventurada inmortalidad. Si hubiera otro camino que el de la cruz para llegar á nuestra patria, que es el cielo, Jesucristo, como infinitamente sábio, no lo habria ignorado; y como infinitamente bueno, nos le hubiera enseñado en lugar de este. Pero no, esta es la senda verdadera, la saludable y conveniente; porque el dolor purifica al hombre culpable, cuando le sobrelleva en amor de Dios; y porque ese mismo dolor, cuando el que le sufre une sus penas á los méritos de Jesucristo, le sirve en demérito de sus pecados pasa-

dos, y contribuye á preservarle de otros nuevos. Es preciso pelear y pelear en buena ley, para hacerse digno de la corona; y el Salvador, cuyo deseo mas ardiente es que alcancemos la de la gloria, nos escita marchando delante de nosotros con la cruz á cuestas, á que merezcamos esa misma corona inmortal.

— Abracémonos, pues, con nuestra cruz y marchemos con ella en pos del Salvador; persuadidos además que de padecer tenemos, aunque no queramos. Despues del pecado de Adan, todo su linaje está condenado á padecer. No podremos jamás escaparnos de Dios; que si subimos á las alturas, ahí está; y si bajamos á los abismos, ahí le encontraremos. Si huimos de una cruz, caerá sobre nuestras espaldas otra tanto mas pesada, cuanto que para llevarla no tendremos aquellos especiales auxilios que el Señor nos habria dispensado, para conducir la que el mismo nos tenia misericordiosamente destinada.

Esta consideracion se fortifica, pensando en lo que le pasó á Simon Cireneo. Este

hombre no vino espontáneamente á auxiliar al Salvador, en el camino del Calvario, para ayudarle á llevar la cruz. Fué tomado para este oficio, llorando sus hijos al verle colocado junto á un pobre ajusticiado que era el objeto del rigor de la autoridad y de la execracion de la plebe. Mas no pasó mucho tiempo sin que aquel extranjero, se conmoviese interiormente á la vista de la mansedumbre, de la paciencia y de la resignacion de Jesús; y desde luego debió reputarse por dichoso, como le reputan todos los siglos y países de que le haya Dios destinado al feliz encuentro que le hizo compañero y coadjutor de su Divino Hijo en la conduccion de la cruz. Nosotros no somos extraños á Jesucristo, somos sus discípulos, sus hermanos, sus amigos, y tenemos mucha mayor obligacion que Simon de ayudarle á llevar la cruz. Nosotros no podemos tampoco como Simon, repugnar á primera vista el asociarnos á un ajusticiado, cubierto de ignominia; porque sabemos que toda esa ignominia se ha convertido en gloria y en gloria inmarcesible

:

é inmortal. Unámonos, pues, á Jesucristo abrazándonos con la cruz que su divina mano nos presenta, para llevarla con Él hasta el Calvario.

Salgamos para esto de las moradas de nuestra iniquidad, rompiendo los lazos con que nos retiene el pecado, y llevemos en pos de Jesucristo, sus improperios. Si así lo hacemos, estos algún dia se convertirán en gloria; y entonces los mismos que ahora reputan locura nuestra fidelidad en seguir al Salvador, llevando la cruz por la calle de la Amargura, nos harán justicia, confesando con despecho que ellos eran los insensatos. Sí, la vida pasa y la muerte se acerca. En el momento de ella, todas las penas del justo se convertirán para él en un torrente de dulzura; mientras que de las alegrías del malo en la vida, se formará para él en el fin de sus dias una copa de amargura, cuyas heces no acabará él de apurar en toda la eternidad. Librenos Dios, por su misericordia, de tamaña desventura, concediéndonos abundantemente las gracias que necesitamos para abrazar con

gozo nuestra cruz, no gloriarnos sino en ella, y morir abrazados con esa santa enseña de virtud, de gloria y de inmortalidad. Amen.

## V.

### **La Crucifixion del Señor.**

Llegado habemos al monte donde Dios, mas que en ninguna otra parte, ha manifestado al mundo su omnipotencia, su sabiduría infinita y su caridad sin límites. Vamos á meditar en el décimo misterio del Santísimo Rosario, la crucifixion y muerte de nuestro Divino Salvador.

La materia es tan grande, tan trascendental y tan patética, que abrumada con su magnitud nuestra mente y lleno nuestro corazon del mas profundo é indefinible dolor, ni aquella sabe en qué conceptos debe fijarse, ni este acierta á clasificar sus sentimientos. Ver, callar y sentir; abrazarnos con la cruz de nuestra redencion; cubrir de besos, como la Magdalena arrepentida, los llagados piés de Jesucristo; elevar con

Juan una mirada, entre una nube de lágrimas, hácia el costado herido, *que vieron los que le traspasaron*; y estarnos con la Virgen Madre, al pié del madero sacrosanto, pidiéndola imprima en nuestras almas todos sus dolores; esto, y no otra cosa, es lo que deberíamos hacer todos los cristianos, en llegando con la consideracion á este último misterio de la segunda parte del Rosario.

— Si las fuerzas del alma son débiles para sostener la meditacion de este misterio tremendo, pálidos deben de ser los colores de la elocuencia y débiles los ecos de la voz humana, para describir todo lo que el Divino Salvador y su Santísima Madre padecieron en la crucifixion. ¡Ah! Si fijamos nuestra consideracion en los dolores corporales del Crucificado, conoceremos que fueron los mas generales, penetrantes y agudos. Generales, porque podia decirse que, como vaticinó el Profeta, desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, no habia en Él parte sana. Penetrantes y agudos, pues los clavos rompiendo el tejido

de los nervios en las manos y en los piés, y rasgando las venas, pusieron desde el principio en contraccion violenta y convulsiva todos los miembros del sacratísimo cuerpo; mientras que al paso que por las heridas iba acabando de derramarse la preciosísima sangre, eran mas intensos los dolores, en proporcion que la vida entraba en lucha con la muerte, allá en los senos del augusto corazon. Verdaderamente se cumplió la profecía, de que el Justo por esencia, hecho *pecado* por redimirnos del pecado y para expiar nuestras culpas, que merecian el infierno, se vió en la cruz rodeado de penas como de infierno; que los dolores le asaltaron, haciendo en Él presa, como bestias feroces en el inocente cordero; y que engolfado en el mar de las penas, faltándole ya donde hacer pié, le sumergió la mas horrible tempestad.

Mas todavía esto, aunque tan espantoso y terrible, es poco comparado con lo que el Divino Salvador padeció en su sacratísima alma. La cruz en que está clavado, á mas de ser el mas penoso de los su-

plicios, es tambien el mas infamante. Además de eso, para acrecer su ignominia, se le ha colocado entre dos ladrones; verificándose así aquel otro oráculo, de que habia de ser contado entre los inícuos. Por fin, para consumir su descrédito, al paso que el presidente romano hace poner sobre la cruz que la causa de su muerte, es ser rey de los judíos; estos le desconocen, le burlan, le insultan y le provocan en medio de sus mismas agonías postrimeras. ¡Ah! Sus enemigos son implacables; y ¡cuánto mas debe amargar esta circunstancia los últimos momentos del moribundo Redentor!

Parece que no puede imaginarse desdicha mayor que la del que, víctima del furor de sus enemigos, no logra inspirar á estos, con lo que padece, ni un sentimiento de compasion, ni un ligero remordimiento; pero aun todavía hay una pena mayor, la de que los mismos estraños, los indiferentes, contemplando sus dolores, no le muestran ninguna simpatía. Y aunque esta desventura tenga el aspecto de ser

la suprema, aun hay otra mayor; y es la de verse, el que sufre, abandonado de sus amigos, de aquellos á quienes habia colmado de beneficios, y por quienes, si ellos se vieran en una tribulacion mucho menor, Él mismo no habria vacilado en hacer cualesquiera sacrificios. Pues bien; esta pena estaba tambien reservada al buen Jesús, cuando pendia del sacrosanto madero. ¿Dónde está Pedro que le protestaba no separarse de Él, aun cuando fuera preciso morir en su compañía? ¡Ah! No solo está ausente, sino que ha renegado de Él á la voz de una simple mujercilla. ¿A dónde se han ido Tomás que animaba á sus compañeros, para seguirle cualquiera que hubiese de ser la suerte que les tocase, y los demás Apóstoles llamados por Él á la gloria de ser sus coadjutores en la regeneracion del mundo? Ninguno parece ni alza la voz, ni dá muestras de simpatía otro algun individuo, de los muchos que del Divino Crucificado han recibido insignes beneficios; pues que ha pasado entre el pueblo *haciendo bien*, curando á los enfermos y resuci-

tando á los muertos. ¡Qué cruel debió de ser este abandono, para el corazón amante del Salvador!

Y aun hay mas..... ¿Es posible?.... ¡Mayor abandono!.... Sí, el que parece haber hecho el Eterno Padre en el monte Calvario de aquel Hijo muy amado; en quien, según declaró en el Tabor, tenía sus complacencias. De la tierra que estaba inundada en su sangre, de la turba impía ó indiferente que le rodeaba, del ladrón que á su siniestra le decía denuestos, de la muerte que sobre su sacratísima cabeza cernía sus negras y fatídicas alas, de los horizontes velados con pardas nubes en señal de duelo, de la luna cubierta como con un crespon de luto, del sol sangriento y eclipsado; de todo esto debía pasar la mirada del espirante Jesús, lanzándose á través de los mundos y de los espacios, hasta el pié del trono de Dios, su Padre, en busca de un consuelo que mitigase tantos dolores como le abrumaban en el suplicio de la cruz. Pero; en vez de la graciosa sonrisa, en lugar de la mirada de compasión, el Redentor mo-

ribundo encuentra en su Eterno Padre el aspecto severo, el terrible semblante de la justicia divina, que castiga en Él, como fiador de todos los hombres, los pecados que todos ellos han cometido y han de cometer hasta el fin de los siglos. No, no es ya en este momento el Divino Jesús un objeto de complacencias para el Eterno Padre; es el blanco de sus iras, la víctima de su justo y terrible enojo. Así, separa de Él la vista indignada, descarga el cuchillo, aplica el fuego, todo indica que la hostia vá á consumirse, que vá á completarse el sacrificio. ¡Ah! ¿Cómo no se rompen en este momento nuestros pechos, aun cuando sean tan duros como las rocas? ¿Cómo no se desatan nuestros ojos en un rio de lágrimas, al oír la tristísima queja de Jesús, que rechazado por la tierra y por el cielo, esclama en medio de la soledad espiritual mas espantosa; ¡Dios mio, Dios mio! por qué me habeis abandonado?

Por la misma razon que cuando Dios queda en nuestra compañía, y nos sostiene con sus auxilios y nos recrea con sus

inefables consuelos; poco importa que los hombres nos dejen y sus recursos nos falten; por esa misma razon, el abandono de Dios, con nada puede ser suplido, es la mayor de todas las desdichas y el mas grande de todos los males. Pidamos á Dios fervorosamente en este misterio del Santísimo Rosario, por el mérito del abandono en que se vió en la cruz, que nunca nos abandone. No, nunca, piérdase todo, con tal que tengamos á Dios. Pero hagamos por nuestra parte lo que debemos, para lograr tenerle en nuestra compañía. Llamémosle á nosotros con la oracion, atraigámosle con la frecuencia de sacramentos, entretengámosle en la meditacion, miremos con horror mortal toda culpa grave, que privaria nuestra alma de su gracia; no cometamos deliberadamente ninguna falta venial, que entibiando nuestros afectos, le haria desagradable nuestra sociedad; y procuremos, en fin, por todos los medios que la misma bondad de Dios nos indica y proporciona, que su Divina Majestad, en ningun tiempo ó lugar, se separe de nosotros y nos abando-

ne. Piérdase todo, honores, bienes, la vida misma con tal de que no perdamos á Dios. Si por Él perdemos los honores, tendremos en Él mismo la mas amplia recompensa; pues no puede haber honor mas grande, que la amistad del Señor de los cielos y de la tierra. Si por Él perdemos los bienes, Él mismo nos dará ciento por uno; pues para recompensar los sacrificios que por su amor y gloria se hacen, tiene en su mano tesoros inmensos. Si, por último, perdemos por Él la vida, en el hecho mismo la ganaremos; pues en cambio de unos cortos dias y de unos cuantos años llenos de muchas miserias, Él mismo nos dará una eternidad de gozo cumplido, y de bienaventuranza inefable.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

En el Calvario no era una sola la víctima, ni el altar era únicamente la cruz. La Santísima Virgen padecía en el alma, lo que su Divino Hijo en el cuerpo; y el corazón de la Señora era una ara santa, en que

se ofrecia ella misma como hostia de dolor, al propio tiempo que Jesucristo se sacrificaba en el infame suplicio. Los padecimientos de Jesús atravesaban de pena el corazon de María; las angustias de María hacian que se aumentase el desconsuelo de Jesús. De modo que, además de los verdugos, el amor purísimo y finísimo del Hijo Divino y de la Virgen Madre, consumaba, en el sufrimiento mas imponderable, el mas cruel de todos los martirios.

En aquellos supremos momentos, Jesús sin poder consolar á María; María sin poder aliviar á Jesús; apenas pueden cambiar entre sí el Hijo y la Madre algunas miradas de compasion. Pero entre tanto, consideremos cómo, sin palabras esteriores, se hablarian aquellos dos corazones. Unidos entre sí por los lazos mas estrechos y dulces, lazos consagrados por la caridad mas acrisolada y ardiente, se confunden como dos rios de fuego, que procedentes del mismo cráter de un volcan en erupcion, vinieran á mezclarse en su curso, abrasando cuanto encontrasen al paso. Sí, el divi-

no fuego, que brotando del corazon divino de Jesús, se confundió en el Calvario con el fuego que Él mismo habia encendido en el corazon de María; ese divino fuego es el que ha producido, en todos los justos de la nueva ley, el incendio de amor que los ha purificado y con que ellos mismos han contribuido á aumentar las llamas de la caridad sobre la tierra.

Pero ¿por qué es, á pesar de andar nosotros en medio de ese incendio que no solo no nos abrasamos, sino que ni aun arde en nuestros pechos una ligera chispa de caridad? Dios ha hecho de su parte lo necesario para encender en nosotros el fuego de su amor; María, si nos valiesemos con empeño de su intercesion, no dejaria de contribuir á que nuestras almas ardiesen en caridad; y es únicamente debido á nuestra malicia ó á nuestra flojedad é indolencia, la tibieza ó frialdad en que nos encontramos. Preciso es buscar á este mal un pronto y eficaz remedio, que hallaremos seguramente, si le buscamos en Jesús por María. Recordemos que en el árbol de la cruz, entre

sus agonías crueles, el Divino Salvador, despues de habérselo dado todo; su cuerpo y sangre en la augusta Eucaristía, su vida y su honra en los tribunales y en la cruz; no quedándole otra cosa, nos legó como última é inestimable prenda, á su misma Madre para que nuestra madre fuese. ¡ Oh don preciosísimo, no solo por la dignidad elevadísima de la Virgen, sino tambien por el poder que esa misma dignidad le concede sobre el Señor de los cielos y de la tierra! Gracias á este valioso legado, no quedamos huérfanos sobre la tierra. Una madre, la mas santa y la mejor de las madres, vela con ternura y vigilancia sobre nosotros. En las dudas nos alumbrá, en los peligros nos guía, nos previene de las asechanzas de nuestros enemigos y nos ayuda para triunfar de sus asaltos. Si estamos tristes nos consuela, así como nos modera en las alegrías, y en la hora de la muerte, mas que nunca, se acuerda de que es madre; y como nosotros nos hayamos esforzado en habernos con ella como buenos hijos, podemos tener una especie de certe-

za moral de que por su valimiento nos libreremos de la condenacion eterna.

Mas no aguardemos para empeñarla en nuestro favor los últimos momentos de la vida. ¿Qué se diria de un hijo que para corresponder con su rendimiento, con sus afectos y servicios, los grandes deberes que tiene para con su madre natural, despues de verla con indiferencia toda la vida, de ofenderla con un habitual olvido ó de herir su corazon con negras ingratitudes; aguardara para probarla su reconocimiento, á verse postrado en el lecho del dolor, impotente por las enfermedades y mas necesitado de que su madre le sirva que capaz de servirla él mismo? Pues cada uno de nosotros debe mas á la Santísima Virgen, que el hijo á la madre que le dió la existencia física; porque sirviendo de canal María, se nos ha concedido á todos los católicos la vida de la gracia, y se nos concederá, si perseveramos en el bien, la vida eterna. No esperemos pues, repito, á que llegue el peligro de perder la vida material, para mostrarnos agradecidos á la

madre de nuestra vida espiritual. Amémosla y honrémosla desde ahora en adelante con ternura y constancia, como nuestra incomparable madre; agradeciéndola sobre todo, la parte que la cupó en el sacrificio sangriento de su Divino Hijo, que rompió las cadenas del pecado, y nos abrió las puertas de la gloria. La Santísima Virgen consintió gustosa por nuestro bien, en sacrificar lo mejor, lo mas amado que tenia, su dulce Jesús; y así es justo que nosotros en correspondencia, por agradar á María, sacrifiquemos cualquier cosa por cara que sea á nuestro corazon. En primer lugar, debemos apartarnos, sin vacilar un momento, de todo aquello á que no podemos estar apegados sin culpa; porque es imposible agradar á la Madre ofendiendo al Hijo. Despues de esto, hay mil medios de honrar á la augusta Virgen, con algunos pequeños sacrificios; como los de amor propio y vanidad, en honor de su incomparable modestia y humildad profundísima; los de mal humor y de cólera, en honor de su inalterable paciencia y mansedumbre;

los de gula y pereza, en honor de su parsimonia y diligencia; los de sensualidad, en honor de su inmaculada pureza; y los de todos los defectos é imperfecciones, deliberadas y advertidas, en honor de la consumada perfeccion de María, que fué el objeto de la admiracion de los cielos y de la complacencia de todo un Dios.

¡Oh Virgen Santísima! Vos sois mi Madre, y yo, aunque miserable é indigno me cuento tambien en el numero de vuestros hijos. Mucho os he costado, muchísimo, Señora; pues para darme á la luz de la gracia se hizo pedazos á fuerza de dolor, vuestro corazon en el Calvario. Un santo Obispo decia á la madre del grande Agustin, antes de la conversion de esta lumbrera de la Iglesia, que no se perderia el hijo de tantas lágrimas, y ¿me perderé yo, Señora; yo, hijo de vuestros dolores al pié de la cruz? ¡Ah! Si me perdiese, no seria por falta vuestra, sino únicamente por mis culpas; pero por multiplicadas y enormes que estas sean, puesto que desde ahora las lloro, abomino y detesto, espero que no

me arrastrarán al eterno abismo. Para esto cuento ¡Oh Santísima Madre mía! con vuestra poderosa ayuda. Alcanzadme el don de una verdadera contrición, la gracia de hacer condigna penitencia, la perseverancia en el bien, la fidelidad en el servicio de Dios, la constancia en vuestro culto; y como corona de todos estos dones, la bienaventurada eternidad. Amen.

## TERCERA PARTE.

### I.

#### **La Resurrección del Señor.**

La sabiduría divina, que juega en el orbe de la tierra, parece que se ha complacido en establecer y hacer reinar, tanto en el orden de la naturaleza como de la gracia, un sistema de equilibrio y compensación. En consecuencia, á proporción de la alegría que precede, suele ser la pe-

na que la sigue; y por el contrario, cuando la criatura ha sobrellevado dignamente la tribulacion, el Criador se sirve dispensarla una igual ó mayor medida de gozo.

Para calcular, pues, siquiera imperfectamente, cuál seria el de la Santísima Virgen, el de los Apóstoles, el de las santas mujeres, el de todos los fieles y el de la naturaleza toda, en la gloriosa resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, recordemos cuál fué el duelo de la misma naturaleza, que se cubrió de luto y dió las mayores muestras de sentimiento, hasta romperse las piedras, en la muerte del Redentor; cuál fué la pena de Magdalena y de las otras mujeres piadosas, que de cerca ó de lejos, asistieron al sacrificio del Calvario; cuán llenos de sobresalto y angustia, erraban á cierta distancia, los diez Apóstoles fieles aunque cobardes; y en qué mar de angustias, quedó sumergido el corazon de Maria despues que dejó el sacrosanto cadáver de su Divino Hijo en el sepulcro, que de limosna le diera el pio José de Arimatea. Supongamos una noche luctuosa, en

que desatada una horrible borrasca, sorprende en mitad de los mares á una desgraciada embarcacion. Los vientos luchan, las olas se encrespan, se pierde la brújula, falta toda claridad, las aguas penetran, y entre espantosos gritos de desesperacion, la nave, juguete de las olas, vá á estrellarse en un escollo. Demos que algunos de los míseros náufragos, ó impelidos de la marea, ó nadando á la ventura, lleguen á fijar en tierra las débiles plantas. Pero el cielo sigue enlutado, silvan los vientos, las olas revientan todavía á sus piés, y con el siniestro ruido que causan, vienen á mezclarse las penetrantes quejas y los lastimeros gritos de sus compañeros de infortunio que luchan por salvarse, ó sin lograrlo descienden á un insondable sepulcro de aguas. Mas al fin, la tempestad abate su furia y la aurora comienza á despuntar en los confines del horizonte, tras ella el sol, cual de su lecho salta un gigante, sale del fondo del Océano, y rápidamente se eleva, para repasar el estadio de su diaria carrera. ¡ Ah! La luz que

amanece es para los náufragos, á la vez grata y temible; porque si bien ella les ayudará quizás á salvarse, tambien les hará conocer toda la estension de su desdicha. El padre no encontrará á su hijo, porque le habrán tragado las olas; y el hijo encontrará sí á su madre, pero reducida á un yerto cadáver. Y si por fortuna todos se hubiesen salvado, aunque los bienes se hayan perdido, el gozo igualará, sino sobrepaja al sobresalto anterior.

Terrible es en sí misma esta imágen, mas como término de comparacion con el gozo que acompañó á la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, apenas llena una mínima parte de su objeto. Sí, gózate, María, porque el Sol de justicia que se habia puesto en un mar de oprobios y sangre hace tres dias, ahora amanece radiante de gloria y de bienaventuranza. Gozaos, mujeres santas, porque vuestro Divino Maestro condenado á la muerte, ha vencido á la muerte. Gozaos, santos Apóstoles, porque vuestro Divino Jefe, en su lucha con el príncipe de las infernales legiones, que co-

mo déspota reinaba en el mundo, le ha vencido y le deja aherrojado en las cárceles del eterno abismo. Gozaos, tierra y cielos, porque la victoria de Cristo, restaura todas las naturalezas. El imperio del mal ha terminado, y comienza el reinado de la virtud. Gocémonos, en fin, todos los hombres, y en especial, los que de este augusto misterio hacemos memoria al principiar la tercera parte del Santísimo Rosario. Pero nuestro gozo debe ser espiritual, y ha de fundarse en motivos dignos del Dios que nos proporciona este mismo gozo. Sobre todo, ese gozo debe estar acompañado de nuestra propia resurreccion; pues mal puede alegrarse la muerte de la vida, siendo cosas entre sí contradictorias y opuestas. Nuestra muerte espiritual causó la de Jesucristo, pues nuestros pecados fueron quienes le crucificaron; y en justo reconocimiento del inefable beneficio que Él nos hizo muriendo, nosotros debemos resucitar con Él, ahora que su cuerpo sacratísimo recobra la vida. Si recuperar nosotros la de la gracia fuera un sacrificio, nosotros no

debíamos vacilar en hacerlo, por mas costoso que nos pareciera; á menos de ser insensibles y de querer pasar por ingratos. Mas no, no es sacrificio, sino utilidad y ganancia, recuperar esa vida de la gracia, sin la cual nos será imposible alcanzar la de la gloria; y así, no solamente por gratitud, sino por nuestro propio provecho, nos incumbe la obligacion de resucitar hoy con Jesucristo.

Mas ¿en qué consiste nuestra espiritual resurreccion? En salir del sepulcro del pecado y adquirir la vida de la gracia. Esta no nos será negada si la pedimos á Dios humilde, fervorosa y perseverantemente; y la encontraremos con seguridad, buscándola en las fuentes de los sacramentos. Acerquémonos á ellos, no solo en los tiempos y circunstancias en que, bajo un precepto formal nos lo manda la Iglesia, sino con la frecuencia que los mejores maestros de la vida espiritual aconsejan, para que la vida de la gracia se conserve en nosotros y en esto tambien nos parezcamos al Divino Salvador, que resucitó una vez

ya para nunca morir. Porque ¿de qué nos serviría resucitar del pecado y vivir unos cuantos dias en estado de gracia, si luego habiamos de recaer en la muerte de la culpa, deliberada y espontáneamente? Nuestro segundo estado, como declaró el mismo Jesucristo, seria peor que el primero. La verdad de este oráculo divino se nos hará mas sensible considerando, tanto que aquel que recibe una gracia y la desprecia, comete una ofensa mayor que el que no ha recibido una gracia semejante; como que el corazon se embota y el entendimiento queda en mayor oscuridad, cuando despues de haber sentido la uncion y experimentado la claridad que acompaña á la reconciliacion con Dios, se le ofende de nuevo gravemente.

Procuremos, pues, apartar de nosotros tamaña desventura; y al efecto, huyamos de las ocasiones de pecar y busquemos nuevas gracias que nos sostengan y robustezcan, en una prudente frecuencia de los santos sacramentos. Seamos además muy devotos de la Santísima Virgen, rezando

todos los dias una parte, por lo menos, del Rosario, pidiéndola nos alcance la gracia de la conversion, si la necesitamos, ó la de la perseverancia, si ya tenemos la felicidad de hallarnos convertidos.

*Otra lectura sobre el mismo misterio de la resurreccion del Señor.*

Quien ha resucitado del sepulcro es el mismo Jesucristo, que nació en Belem y murió en el Calvario; pero despues de la resurrección, su sacratisimo cuerpo tomó cuatro cualidades, que en su vida mortal no habia desplegado ordinariamente. Estas cualidades son: la *sutileza*, la *claridad*, la *agilidad* y la *impasibilidad*. En efecto, el cuerpo adorable de Jesucristo, sin levantar la losa funeraria, salió del sepulcro, por la *sutileza*; estaba trasparente y luminoso mas que el sol, por la *claridad*; recorria las distancias sin fatiga y en un momento, por la *agilidad*; y por la *impasibilidad* no podia sufrir mas el hambre, la sed, ni ningun otro género de incomodidades ni de ma-

les. Despues del último dia de los tiempos, si tenemos la felicidad de morir en gracia de Dios, nuestros cuerpos resucitados volverán á unirse á nuestras almas bienaventuradas; y entonces, esos mismos cuerpos participarán de las cuatro cualidades indicadas. Penetrarán por donde quieran sin dificultad; brillarán como estrellas en eternidades perpetuas; marcharán con mas velocidad que el rayo de una parte á otra, cualesquiera que sean las distancias; y exentos para siempre del dolor y de la muerte, serán permanentemente invulnerables.

¡Cuánto debe escitarnos y animarnos esa hermosa perspectiva, para que procuremos nuestra salvacion! Pero entre tanto que llega el dia afortunado, en que consigamos tan inefable dicha, nos corresponde esforzarnos para tener en nuestro espiritu, hasta donde sea posible, esas mismas cuatro cualidades. La *sutileza*, sacudiendo de nuestras almas la pereza y el tedio espiritual, separando nuestras almas del apego sórdido á los bienes de la tierra, suspirando

por los del espíritu, y corriendo en pos de los perfumes del celestial Esposo de nuestras almas. La *claridad* de una conciencia limpia y de una vida pura, que se reflejará en todas nuestras acciones, de modo que nuestros buenos ejemplos sirvan de luz á los demás, para apartarse del mal y obrar el bien. La *agilidad* del celo prudente é ilustrado, por nuestra propia salvacion y la de nuestros prójimos; poniendo todos los medios que la religion nos prescribe ó un discreto director de nuestro espíritu nos aconseje, para salvar nuestras almas con las de los que están á nuestro cargo, edificando al mismo tiempo á los extraños con nuestra piadosa actividad en el servicio de Dios. La *impasibilidad*, finalmente, que debemos ejercitar de dos maneras: la primera domando la carne, haciéndonos insensibles á los halagos del mundo, y rechazando las sugerencias de Satanás; de modo que, cual una roca en medio de las olas del mar, nos mantengamos tan firmes contra el mal, como perseverantes en el bien; y sometiéndonos con

ánimo tranquilo, alegre y resignado á todas las pruebas á que Dios sometiere nuestra paciencia para probarla, ya vengan del mismo Dios, ya por permission suya, procedan inmediatamente de otros hombres, ó del demonio.

Así podemos imitar en nosotros mismos, hasta cierto punto, la resurrección gloriosa de Jesucristo; que es el asunto de nuestra meditación, en el primer misterio glorioso del Santísimo Rosario. Pero ¡ah! ¿Cuántos que le rezan están muy distantes de hacer esa santa imitación? En vez de la diligencia para obrar bien y del despego de los bienes de la tierra, la mayor parte de los cristianos en el día yacen, sino en el sepulcro del pecado, en el lecho mortífero de la tibieza, ó están tristemente encenagados en el atolladero de los intereses materiales, que les impide dar un paso en la vida verdaderamente cristiana. En lugar de la limpieza de corazón y pureza de costumbres, son innumerables los que exhalan el apestado hedor de sus perversas hábitos, que interiormente envuelven su en-

tendimiento en densas tinieblas, que frecuentemente se esparcen al exterior, por medio de los escándalos. De las gentes que así viven, menos hay que esperar la *agilidad* que deben tener los cristianos resucitados con Cristo; ni la *impasibilidad* en que como hemos dicho, todos los que tenemos la dicha de pertenecer á su verdadera Iglesia, debíamos imitarle. Al contrario, cuando las cadenas del pecado mortal aprisionan al alma, ella no puede tener *agilidad* ninguna para el bien obrar; pues aun los actos de virtud y de religion que en ese estado practica, carecen de mérito para la gloria. En ese estado, careciendo de los auxilios que el alma encuentra en el estado de gracia y en la frecuencia de sacramentos, tampoco puede tener aquella energía que en esa frecuencia de sacramentos adquieren las almas fieles, para resistir los combates de sus enemigos espirituales, y sobrellevar con paciencia y con fruto, las penalidades y trabajos de esta vida.

Persuadidos, pues, por lo que se ha

dicho ; por todo lo que la religion nos predica ; y por todo lo que la esperiencia nos enseña , de que es cosa tan triste y funesta estar espiritualmente muerto , como glorioso y conveniente es resucitar con nuestro adorable Salvador, pidámosle, por la intercesion de su Santísima Madre , en este primer misterio del Rosario , que nos libre de la muerte del pecado ; y si por desgracia le hemos cometido , que nos haga salir cuanto antes del sepulcro de la culpa , dándonos los auxilios necesarios para hacer verdadera penitencia. Solicitemos esta gracia no solo para nosotros mismos, sino tambien para todos los pobres pecadores. Pidamos igualmente á la Virgen, Nuestra Señora, que nos conserve la vida de la gracia , alcanzándonos la de la perseverancia , con todas las dotes de sutileza, claridad , agilidad é impassibilidad espiritual, que quedan esplicadas. Mas no nos contentemos , con pedirlo á María Santísima. Cooperemos por nuestra parte á la gracia, huyendo de las ocasiones de ofender á Dios ; y procurando agradarle en el

curso de nuestra vida, con el ejercicio de las cristianas virtudes, propias de nuestro estado y condicion. Si así lo hacemos, despues de haber resucitado en la tierra con Jesucristo, por el bautismo y la penitencia, viviremos con Él para siempre gloriosos en el cielo, que es la vida verdadera y cumplidamente bienaventurada.

## II.

### **La admirable Ascension del Señor.**

La tierra ha sido favorecida con la presencia de un Hombre-Dios, por espacio de treinta y tres años, y es llegado el momento en que el Verbo Eterno, que bajó para nuestro bien del seno de su Eterno Padre al de la Virgen María, vuelva al Padre, para prepararnos en la gloria un asiento de bienaventuranza sin fin. Este misterio se cumplió en Jerusalem, cuarenta dias despues de la gloriosa resurreccion del Señor; y su consideracion es la segunda que de-

bemos hacer , cuando rezamos la tercera parte del Santísimo Rosario.

El que vino del Padre se vuelve al Padre; nada mas razonable, justo y conveniente. Jesucristo no sube al cielo, sino despues de haber cumplido su mision, de la manera mas perfecta y satisfactoria. Ha nacido en un pesebre para hacernos amar la pobreza. Ha vivido en el destierro ó en la oscuridad de un taller, trabajando de manos para ayudar á su padre putativo Señor San José, ó para mantener á su Santísima Madre María, cuando hubo muerto aquel justo varon; y así nos ha enseñado la necesidad que todo hombre tiene de trabajar, en pena ó como preservativo del pecado; pues si Él trabajó siendo santo por esencia é impecable por su divina naturaleza, ¿qué podremos nosotros alegar, para disculpar nuestra vida ociosa ó indolente? Ha predicado con la palabra y con el ejemplo, la santa y saludable doctrina del Evangelio; y en confirmacion de la verdad de esta doctrina, ha obrado multitud de milagros que se han convertido en utilidad de los hom-

bres, hasta el punto de publicarse de Él, que todo lo ha hecho bien y que ha pasado sobre la tierra derramando beneficios. Finalmente, ha padecido afrentas, ignominias y dolores, para hacernos ver que ese es el camino real del cielo, en donde no se corona como vencedor, sino al que legítimamente haya combatido. Después de todo esto sube á los cielos, precediéndonos en esta marcha triunfal, por la que podremos seguirle cumpliendo sus mandamientos.

Aprendamos, pues, las lecciones de nuestro Divino Salvador en este misterio; alegrándonos tambien por la promesa consoladora que Él encierra, para todos los cristianos que sean fieles en la observancia de la divina ley. Esta observancia es penosa á la naturaleza humana, corrompida por el pecado original; pero no es imposible, porque el mismo Dios que nos manda cumplir la ley, nos dá su gracia para ello. Pidamos, pues, esta gracia; y no nos será difícil conseguirla, con tal de que tengamos fé, constancia, humildad y fervor en solicitarla. Animémonos tambien, en la

árdua empresa de ser fieles á Dios, con la esperanza de obtener el premio que el mismo Señor tiene prometido; el cual consiste nada menos que en subir al cielo, cuyas puertas nos abrió nuestro Señor Jesucristo. Si un potentado de este mundo, nos ofreciese asociarnos á su mando, compartir con nosotros sus riquezas y colmarnos de todos los bienes de que Él puede disponer, con la condicion de que le agradasemos y cumpliesemos sus órdenes y deseos; ¡cuánto nos esmerariamos en complacerle y cómo nos empeñaríamos en obsequiar hasta sus caprichos! No hay mas que ver la sumision en que viven, aun con esperanzas menos lisonjeras, tantos aduladores de la fortuna y tantos codiciosos de riquezas y ambiciosos de honores, que no vacilan en humillarse y en sacrificar su reposo, su orgullo y hasta su alma, por tal de complacer á quien creen capaz de concederles los bienes efimeros que esperan.

Pues no sean los hijos de las tinieblas, mas prudentes en su generacion, que los hijos de la luz. Lo que ellos hacen por un

honor vano, por un bien perecedero y por un placer vil y transitorio, hagámoslo nosotros por el sólido honor, por el bien positivo y por el gozo perdurable del cielo, á donde nos llama nuestro Divino Salvador. No corresponden los trabajos que puede costarnos la observancia fiel de los divinos preceptos, á la gloria que en el cielo nos tiene preparada el Señor. Un dia sin noche, un descanso sin fin, una satisfaccion completa de todos nuestros santos deseos; en una palabra, la verdadera, la eterna felicidad. Esto es lo que se nos promete; y ¿todavía andaremos remisos? ¿Seremos perezosos é indolentes? ¿Consentiremos en perder una corona que, con la gracia de Dios, podemos fácilmente ganar?

Si, fácilmente; porque la gracia previene, conforta, endulza los trabajos, mientras que ellos duran; y cuando han pasado, nos hace dignos del premio liberalísimo con que Dios los recompensa. Piensan erradamente los mundanos, que es triste é insoportable la vida de los que se consagran de veras al servicio de Dios. Al contrario,

la vida de los mismos mundanos, aunque llena de gustos y de satisfacciones en la apariencia, es frecuentemente, amarguísima en realidad. El que posee riquezas, teme gastarlas y quedarse pobre; de donde procede que á veces, entre montones de oro haya quien viva como un miserable; ó si gasta espléndidamente su dinero, no es mas que para convencerse por experiencia, que la felicidad verdadera no está en el oro ni en la plata, ni en cosa terrena que con ellas pueda comprarse. El que se ha en-cumbrado á la cima de los honores, á mas de tener que pasar mil cuidados para mantenerse en aquella altura, palpa que aquel es un vacío, en el cual no se encuentra la verdadera dicha. El que se revuelca en el cieno de los placeres, sacrificando á la vez la conciencia y el honor, la salud y el dinero, nunca está satisfecho, porque tras un deseo inmundo vienen alternativamente los crueles remordimientos y las nuevas ansiedades, cuya satisfaccion cuesta nuevos pesares, y engendra la ruina de la salud, de la reputacion y de todos los bienes verdaderos.

En una palabra, siempre será cierto (y los malos, como los buenos, vendrán por fin á convencerse por experiencia de ello) que habiendo Dios criado nuestros corazones para sí, estos nunca pueden estar plena y perfectamente contentos, hasta que descansen en Dios. Si, todos llegaremos á persuadirnos de esta verdad, con la sola, pero terrible diferencia, de que para los malos esa conviccion será acompañada de la terrible realidad de su perdicion eterna; mientras que los buenos, despues de haber probado en esta vida por el gozo puro y santo de la paz que acompaña á una buena conciencia, que es una verdad lo que decimos; luego lo experimentarán en el cielo anegados en una felicidad inefable.

La sola esperanza de conseguirla; la certeza que ya nos dá aun en esta vida la fé, de que si somos fieles á Dios, subiremos un dia á hacerle compañía en la gloria, que es uno de los puntos propuestos á nuestra consideracion en este segundo misterio del Santísimo Rosario, debe alentarnos á combatir con denuedo y constancia, á to-

dos los enemigos de nuestra alma. Los mártires, que se cubrieron de honor eterno, resistiendo á los tormentos y sellando con su sangre el testimonio que tributaban á la religion, tenian fijos los ojos en la luminosa huella que nuestro Señor Jesucristo dejó trazada, entre la tierra y el cielo, al separarse de sus discípulos para ir á ocupar la silla de la Majestad, á la diestra de su Eterno Padre. Los confesores, en medio de las persecuciones, trabajos y penalidades de la vida, se confortaban con la esperanza de subir como el Salvador á la gloria del celestial Tabor, despues de haberle seguido por la via de los dolores hasta la cima del Calvario. Las vírgenes veian con desprecio todas las cosas de la tierra, porque tenian fija su mirada en el cielo; á donde subió Jesucristo, para preparar las palmas con que se propone premiar á todos los que antepongan su amor á los placeres de este mundo; en fin, para todos los justos, la gloriosa ascencion de Jesucristo, ha sido no solo un motivo de gozo, pues no podian menos de alegrarse de la

gloria inmarcesible que resultó á Dios de este misterio, sino que tambien ha sido un poderoso estímulo, para huir del mal y practicar el bien. Imitemos, pues, nosotros á los justos, sacando de la meditacion de este mismo misterio, al rezar la duodécima decena del Rosario, un ardiente deseo de subir al cielo; resolviendo para conseguirlo á esforzarnos en cumplir la ley de Dios, porque como dijo el mismo Jesucristo al jóven que le preguntaba que habia de hacer para salvarse: «Si queremos entrar en la vida eterna, es indispensable que guardemos los mandamientos.»

Con nuestras solas fuerzas ¡Oh Virgen Santa!, nos es imposible llenar esta condicion; pero con la gracia, como nos lo asegura el apóstol San Pablo, lo podremos todo. Os pedimos, pues, benignísima Señora; que nos alcanceis las gracias necesarias para servir al Señor fielmente en esta vida y lograr que se nos abran las puertas de la gloria.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

¡Qué día tan alegre para los moradores de la celestial Sion, fué aquel en que nuestro Señor Jesucristo subió á sentarse á la diestra de su Eterno Padre! Pero, por lo mismo ¿no seria para la tierra tristísimo ese dia? Si de repente desapareciera el sol del espacio, se enlutarian los horizontes y la tierra privada del calor de aquel astro, que dá la vida á las plantas y á los animales, además de parecer como una oscura prision, veria morir una multitud de los seres que la habitaban. Las flores se marchitarian sobre sus tallos desecados. Los árboles dejarian caer sus hojas y no llevarian frutos. Los animales, privados de luz y de alimento, perecerian en las cuevas ó en medio de los campos. La superficie del mar se cubriria de cadáveres de peces, que habrian dejado las cavidades de las ondas, en busca de aquellos rayos vivificantes que antes penetraban, al través de las aguas, hasta sus recónditas moradas. En fin, el

universo todo sería un teatro de desolacion y de ruina, por la desaparicion del rey de los planetas.

¿Por qué no sucedió lo mismo en el mundo moral, al subirse á los cielos el Verbo Humanado; aquel Divino Sol, único que alumbrá las inteligencias y vivifica los corazones? Porque Jesucristo, infinitamente sábio, poderoso y bueno como un Dios, habia encontrado el medio de irse al cielo, quedándose en la tierra; porque además nos legaba en María, una madre amorosa; y porque, en fin, dejaba establecida su Iglesia sobre la cual iba á enviar al Espíritu Santo para que la acompañase perpetuamente hasta el fin de los siglos.

Como no es ahora el tiempo mas propio para meditar especialmente en el augusto misterio de la Eucaristía, ni en el de la venida del Espíritu Santo que tendrá su lugar en la siguiente decena del Santísimo Rosario; fijémonos actualmente solo en el gran favor que nuestro Divino Salvador nos hizo, dejando en la tierra á su bienaventura-

da Madre, cuando Él se subió á los cielos. ¡ Cuán glorioso hubiera sido para Jesucristo y cuán grato para María, ascender juntos al cielo y tomar simultáneamente posesion, para siempre, de sus tronos en el Empíreo! Pero por nuestro bien, el Divino Salvador renunció á aquella gloria y su Santísima Madre á este gozo, consintiendo gustosa en que se prolongase su destierro y en vivir separada algunos años mas del objeto de su amor, para servir de maestra y de protectora, en carne mortal, á la nascente Iglesia. Aprendamos nosotros aquí de la Santísima Virgen, á saber dejar á Dios por Dios; esto es, á consentir en que se nos prive de los consuelos espirituales ó del contento que tendríamos en entregarnos á la contemplacion, cuando la honra divina y el bien de las almas pidan que nos entreguemos á la vida activa. Haciéndolo así, además de corresponder á los designios del Señor, allegaremos nuevos méritos para el cielo, como sin duda alguna los allegó la Santísima Virgen, adquiriendo derecho á muchos nuevos y muy

altos grados de gloria, despues de la ascension de su Divino Hijo. Pero si María se quedaba corporalmente en la tierra; si mientras permaneció en ella, despues de que Jesucristo subió al cielo, no dejó ni un instante de velar sobre todos los fieles; con todo su espíritu, puede decirse, que estaba en el cielo. La mirada de su alma purísima penetraba mas allá de las nubes, en busca de su Divino Hijo; y su corazon palpitaba violentamente, ansiando por ir á reunirse con el casto objeto de sus amores. La Trinidad Santísima se complacia en aquellas ansias, á las cuales correspondian; el Padre Eterno, teniendo fijos sus ojos en María, como en su Hija predilecta; el Divino Hijo, volviendo al seno de su augusta Madre, por medio de la Sagrada Comunion; y el Espíritu Santo, abrazándola como su muy amada Esposa, por la continua efusion de todos sus dones y gracias. Así puede decirse que el cielo estaba en la tierra, encerrando María en su corazon, durante el período que medió desde la ascension de su Santísimo Hijo

hasta su propia asuncion, todos los tesoros de la gloria.

Pero la Virgen no se contentaba con aprovechar para sí sola los favores que entre tanto la dispensaba el cielo. No, ella los comunicaba á la tierra, especialmente de dos maneras; á saber, por sus ejemplos y por sus oraciones. La santidad de su vida, daba á Dios gloria inmarcesible; y edificaba no únicamente á los fieles, sino tambien á los mismos judíos y paganos. Aquella pureza mas que angélica, aquella paciencia inalterable, aquella dulzura para con todos, aquel silencio no interrumpido mas que cuando lo exigia la utilidad del prójimo, aquella profundísima humildad, que la hacia como borrarse del número de los vivientes, aquel conjunto de todas las virtudes, era la leccion mas elocuente que podia darse á los hombres, era como una semilla fecunda de donde habian de brotar muchas de las flores que cubrieron de un ropaje, incomparablemente hermoso, á la primitiva Iglesia. Y para que Dios se dignase hacer fecunda esta semilla,

derramando sobre ella el rocío vivificante de sus gracias, para que el Señor iluminase á los ciegos espirituales, rompiese las cadenas de los vicios, derribase los altares de los falsos dioses, purificase las costumbres; en una palabra, para que el mundo se convirtiese al Evangelio, la Santísima Virgen elevaba continuamente al Señor sus fervorosas plegarias. De modo que si á Moisés se le debe atribuir en mucha parte la victoria que el pueblo de Israel alcanzó contra sus enemigos, porque mientras él oraba, combatían y triunfaban los israelitas, á María es debido atribuir en mucha parte la gloria del establecimiento del cristianismo, verificado por la predicacion de los Apóstoles. Sin disminuir en nada el mérito de estos heraldos de la verdad eterna, es preciso reconocer, como ellos mismos lo proclamaban, que nada es el que arroja la semilla ni el que derrama sobre ella el beneficio del riego, pues si hay frutos, estos se deben al Señor que dá el incremento; y como Dios le dió á su Iglesia naciente, como se le dá todavía hoy, por la inter-

cesion de María; resulta que, segun deciamos, á la Virgen Santísima corresponde, despues de Dios, la gloria de la propagacion del Evangelio.

Aunque en grado muy inferior, nosotros podemos asociarnos á esta obra gloriosa y benéfica de la Santísima Virgen; procurando guardar una conducta edificante y pidiendo á Dios, con humildad y fervor, que dé zelo á los predicadores, santidad á todos los ministros eclesiásticos y personas religiosas, las virtudes de su estado á todos los fieles, perseverancia á los justos y la gracia de la conversion á los infieles, herejes y pecadores. El Señor se complacerá de nuestra santa intencion y atenderá á nuestros ruegos, especialmente si los hacemos poniendo por medianera á María; y la Santísima Virgen, al presentar á su Divino Hijo nuestras súplicas, que la son tan agradables, las avalorará con su intercesion omnipotente. Así haremos un gran bien á nuestros prójimos, atrayendo de paso innumerables y preciosas gracias sobre nosotros mismos; y en consecuencia

podremos, sin dejar de velar sobre nosotros, ni de huir de todas las ocasiones de pecado, tener la dulce confianza de reinar con Cristo un dia en la gloria.

### III.

#### **La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.**

Antes de subir al cielo, apareciéndose á Tomás y reprendiéndole su incredulidad, el Divino Salvador habia dicho. «Bienaventurados los que no vieron y creyeron.» Nosotros no vimos sus milagros, pero en cambio estamos presenciando un prodigio perpetuo; el cual, si fijamos en él nuestra atencion, suple por todos y basta para confirmarnos en el convencimiento de la verdad y santidad de la religion católica, apostólica, romana, que dichosamente profesamos. Este prodigio comenzó el dia de Pentecostes, con el misterio que ahora vamos á meditar. La venida del Espíritu Santo, explica la trasformacion que

tuvo lugar en los Apóstoles, haciéndolos de cobardes, tan cobardes que casi todos ellos abandonaron á su Divino Maestro, animosos y resueltos, tan resueltos y animosos, que á pesar de la sinagoga y á despecho de los Césares, predicaron públicamente el Evangelio, sufrieron imperturbables los suplicios y arrostraron sin vacilar la muerte; haciéndolos tambien de ignorantes, pues la mayor parte no eran mas que unos pobres pescadores, tan sábios, que confundieron á toda la ciencia del siglo de Augusto, que es uno de los mas famosos en la historia por su ilustracion. Y mientras que Sócrates no tuvo mas que un escaso número de discípulos; mientras que Platon, con toda la sublimidad de su doctrina y la magia de su estilo, no pudo formar sino una reducida escuela; confesando él mismo su impotencia para explicar el enigma del destino humano, si del cielo no venia alguno á revelarlo; mientras la culta Atenas, con todos sus filósofos, levantaba una estatua al Dios desconocido, confesando así públicamente la inhabilidad del

hombre, aunque sea muy sábio, para elevarse por sí solo á la nocion exacta de la divinidad y para practicar el bien; mientras que en Roma pagana, no se podian encontrar los ministros de los falsos dioses, sin sonreirse al verse á la cara, considerando las fábulas con que embaucaban al pueblo; mientras que la espectacion general de las gentes, porque del cielo viniese á la tierra un libertador, comprobaba de una manera irrevocable, que se reconocia unánimemente ser los hombres incapaces por sí mismos de inventar y establecer una religion, que por verdadera fuera universal y por divina llenase todas las necesidades del alma; hé aquí que los doce pescadores que entraron tímidos, groseros é ignorantes en el Cenáculo, despues que han estado ahí en oracion presididos por María, luego que se ha dejado oir un ruido cual el que hace una bandada de palomas y tan pronto como han aparecido sobre las cabezas de aquellos mismos pescadores unas lenguas de fuego; ellos salen de aquel lugar, llenos de ardor, de confianza y de

:

ciencia, haciéndose entender de pueblos que hablaban lenguas diferentes, predicando sin recelo la doctrina de su Maestro, reprehendiendo á los judíos por haberle crucificado, y derramando tal unción sobre sus oyentes, que estos se convierten á millares, y la Iglesia de Jerusalem se forma en un momento. En vano se les amenaza, inútilmente se les azota, es por demás ponerlos en la cárcel; Pedro y sus compañeros, proclamando que antes se debe obedecer á Dios que á los hombres, continúan su predicacion, y la sinagoga, compuesta de los mismos que condenaron á Jesucristo y creyeron haber sepultado con él su doctrina, bajo la pesada losa en que pusieron el sello del imperio, y haciéndola guardar *como ellos sabian*, segun les dijo Pilatos, esto es, con toda la vigilancia y suspicacia del odio; la misma sinagoga confusa al ver las multitudes que abrazan aquella doctrina predicada por los Apóstoles, y avergonzada, porque estos « se iban gozosos » de haber padecido por su Divino Maestro, cuando ella los hacia batir con varas; al

fin tiene que oír del sábio Gamaliel aquella palabra, á la vez filosófica, religiosa y profética: «En vano os empeñais contra ellos. Si su obra es de Dios, prevalecerá contra nuestros esfuerzos. Si es de los hombres, se desvanecerá por sí misma.» Ha prevalecido, como nosotros lo vemos y palpamos; luego es de Dios.

Pero esta no es mas que la primera parte del prodigio. Los Apóstoles de Jesucristo, cuya mision se estendia á toda la tierra, dejan los estrechos límites de la Judea. Toda el Asia y luego la Europa, son el teatro de su zelo. Atenas oye á Pablo, Roma vé dentro de su recinto á Pedro. ¿Qué quiere aquel anciano débil, pobre y, al parecer, ignorante? Lanzar de sus templos á todos los dioses falsos; y, lo que es mas difícil sin duda, destronar en las almas á las pasiones que las esclavizan, ¡Temeraria é insensata empresa, segun todas las probabilidades humanas! Roma, señora del mundo, contiene tres clases de habitantes. El patriciado, orgulloso de su nobleza y entregado á los goces materiales, que le

proporciona la abundancia de sus riquezas y su posición social. Los simples ciudadanos, que enriquecidos por el comercio y por la industria é ilustrados en las célebres escuelas de su tiempo, naturalmente aspiran á los mismos goces materiales de la aristocracia; mientras que acaso reputándose mas sábios que esta, porque de su seno salen ordinariamente los sutiles filósofos, los oradores elocuentes, y los agueridos generales, tienen quizás un orgullo intelectual mayor, y es por lo mismo mas difícil hacerles aceptar una nueva enseñanza. Los esclavos, en fin, esa clase desgraciada, compuesta de seres que no se reputan entre los hombres sino entre las cosas; pudiendo disponer de ellos los amos á su capricho, hasta mandarlos echar en los estanques, para que devorados por los peces estos supiesen mejor, cuando los trajeran en el plato á los señores; los esclavos que de consiguiente no pueden tener en el entendimiento sino la mas densa ignorancia y en el corazón un odio reconcentrado contra sus opresores, ignorancia y odio que solo

pueden dar acceso á doctrinas sensuales y vengativas. Hé aqui á quienes viene á convertir Pedro, que ya por ser judío, era objeto de desprecio para los romanos; que por ser un simple barquero, no podia intentar se le recibiera en los aristocráticos salones; que por carecer de ciencia humana, mas que la atencion de los filósofos, se atraeria su desprecio; que por predicar la paciencia en los trabajos y la sumision á los que están constituidos en autoridad sobre nosotros, se esponia á irritar mas á las clases oprimidas; que en fin, por sus antecedentes, por su aspecto, por su doctrina, por todo debe sucumbir, humanamente hablando, sino por la fuerza inmensa de los muchos á quienes segun todas las probabilidades vá á irritar en vez de atraerlos á su escuela y á su culto; sí bajo el peso de los desprecios y de las burlas, pues los hombres, con sus solas luces, no pueden menos de reputarle como fátuo, como loco, como insensanto. Y sin embargo, Pedro por sí y sus sucesores, en la autoridad que Dios le habia confiado, llevó á cabo la em-

presa, que parecia el colmo de la necesidad. Nosotros la vemos realizada; y no podemos menos de confesar que esa es obra de Dios, porque es del todo imposible que lo sea solo de los hombres.

Pues lo que aconteció en Roma, ha sucedido y sucede en todo el universo. Imperios cultos y naciones florecientes, oscuros caciques y pueblos salvajes, todos han cambiado su ciencia por la locura de la cruz ó su ignorancia por el brillo de la doctrina celestial; todos han dejado el culto de sus falsos dioses que halagaba los sentidos y favorecia las pasiones, para abrazar el dogma puro y la santa moral del Evangelio; el cual así ha hecho descender el orgullo del filósofo, hasta hacerle sencillo cual un niño; como ha elevado la ruda inteligencia del bárbaro, hasta darle con el Catecismo mas ciencia de la que poseyó Platon, al decir de Tertuliano; mas de la que tienen las cinco clases del Instituto de Francia, según la espresion de un escritor no sospechoso. ¿Quién no descubre en esto la acción del Espíritu Santo; Espíritu de

verdad, que alumbra los entendimientos con su vivísima luz; Espíritu de amor, que enciende los corazones y los atrae á la práctica del bien; Espíritu de fuerza, que dá la necesaria para renunciar al vicio y abrazar la virtud; Espíritu de consuelo, que cuando el hombre ha sacrificado todo lo que es incompatible con el deber, le inunda con un gozo que supera á todos los de los sentidos?

Pero aun hay mas. Fundada la Iglesia y establecido el cristianismo, era necesario mantener la obra, contra cuya conservacion no solo atentaba el tiempo, que todo con su curso lo debilita y destruye, sino lo que es peor, estaban y están en conjuración perpetua las potestades del infierno, con la complicidad de las pasiones humanas. Para que en el dogma no se mezclase ningun error, ni la moral se relajase, era indispensable que el Espíritu Santo asistiese continuamente á la Iglesia, como se lo había prometido Jesucristo; y esto es lo que ha sucedido y sucede á nuestra vista; de modo que tenemos

delante una Pentecostes perpetua. El dogma se ha mantenido y se conserva puro en la santa Iglesia católica, apostólica, romana, aunque incesantemente le han combatido y le combaten heresiarcas y falsos filósofos; á quienes humanamente hablando, nada les ha faltado para triunfar. Elevada posicion en la Iglesia ó en el Estado, talento y luces naturales ó adquiridas, todo esto lo han tenido, y lo que es mas han contado con la complicidad de las pasiones, con la ayuda del poder humano y hasta con la misma intervencion de los demonios. Complicidad de las pasiones, pues el orgullo del entendimiento está siempre dispuesto á sublevarse contra el yugo de la fé; y la corrupcion del corazon tasca de mala gana, el freno de la moral. Ayuda del poder humano, como el que prestaron algunos emperadores de Constantinopla á los arrianos é iconoclastas; el de Enrique VIII, Isabel de Inglaterra y otros príncipes al protestantismo; y el de la revolución francesa, al impío fisolofismo del siglo XVIII. Intervencion de los demonios, pues obra de

ellos fué que Simon Mago se elevase en los aires; y Lutero decia que, á consecuencia de una conferencia que él habia tenido con el diablo, se debia abolir la Misa. Pues, si á pesar de las pasiones y á despecho de las potestades estraviadas de la tierra y de los esfuerzos del infierno, la Iglesia subsiste, conservando puro el dogma y manteniendo intacta la moral; ¿no está claro que eso es porque la asiste continuamente un Espíritu mas sábio y poderoso que el de los hombres y el de los demonios; esto es, el Espíritu Santo, que es Dios, con el Padre y el Hijo, en Trinidad Santa indivisible, omnipotente y eterna?

Hé aquí no todas, sino algunas muy pocas, pero provechosas reflexiones, á que dá lugar la meditacion del tercer misterio del Santísimo Rosario; reflexiones que bastan y sobran, gracias á Dios, para tranquilizarnos ahora que el protestantismo, despechado de verse herido de muerte y la impiedad desencadenada, han levantado una nueva tempestad contra la Iglesia. Bajo el hipócrita pretesto de reformas, y ape-

Iludando falsamente libertad, comenzaron por decir que no se trataba mas que de quitar al Jefe Supremo de la Iglesia, el poder temporal sobre una pequeña estension de territorio. Actualmente envanecidos por efimeros triunfos, debidos á la perfidia y á la violencia, se quitan la máscara y descubren que el blanco de sus iras, es el poder espiritual del Sumo Pontífice; y de consiguiente, que sus conatos tienen por objeto final, la destruccion del Catolicismo. ¡Pobres ilusos, por no llamarlos insensatos criminales! Aunque tengais de vuestra parte algun César, muchos Césares tuvo en su contra la Iglesia en su nacimiento, como los ha tenido en todas las épocas de la historia; pero los Césares perseguidores han desaparecido, mientras que la Iglesia subsiste. Contais con dinero, con escuadras, con ejércitos; ejércitos mas aguerridos que los vuestros tenían el Directorio francés y Napoleon I; los cuales se estrellaron en la desarmada majestad y en la mansedumbre inflexible de Pio VI y Pio VII. Escuadra potentísima tenia el gran

Turco, cuando en Lepanto amenazaba destruir la cristiandad; y San Pio V, con el Rosario, no solo salvó la religion y la civilizacion en aquella crisis, sino que dió al Imperio otomano el golpe de muerte, del cual no se recobrará jamás. Dinero, en fin han tenido de sobra todos los enemigos de Jesucristo, comenzando por los fariseos que podian poner puñados de oro en manos de los soldados romanos, para hacerlos falsos testigos contra la resurreccion del divino fundador de la Iglesia. Con que así nada tiene que temer esta de vuestro dinero, de vuestros ejércitos, ni de vuestras escuadras. Ponedlas todas en órden de batalla. La barquilla de Pedro, dulce, pero irresistiblemente impelida por el suave y potente soplo del Espíritu Santo, pasa por en medio de vosotros, sin que vuestros tiros puedan dañarla; antes bien, la inutilidad de vuestros esfuerzos contra ella, la cubre de gloria. Al ver su triunfo, que es un continuo milagro; al contemplar vuestra derrota, que es tan segura como la de cuantos os han precedido en la obra nefanda de hostilizar á la

Iglesia; Dios se sonríe en lo alto de los cielos, entonan los Ángeles un himno de triunfo, las almas fieles se confirman en la fé y muchas infieles serán probablemente atraídas al rebaño de Jesucristo.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Cuando nuestro Señor Jesucristo, para no dejar huérfanos á sus Apóstoles, les prometió enviar al Divino Consolador, tenía en mira, no solo la universalidad de la Iglesia, sino cada uno de sus miembros en particular; y así cada uno de nosotros ha recibido y tiene derecho á recibir al Espíritu Santo. En el bautismo se nos infunden sus siete divinos dones, que forman en nuestra alma como unos hábitos que nos hacen capaces de seguir las celestiales inspiraciones y de practicar las cristianas virtudes; de modo que, cuanto bueno hay en nosotros y todo cuanto practicamos en orden á la gloria de Dios y á nuestra propia salvacion, es con la cooperacion del Espíritu Santo. Así su divino soplo que descen-

dió sobre los Apóstoles en el Cenáculo el día de Pentecostes, estando reunidos en oracion con la Santísima Virgen, por la cual pasaron las gracias que entonces recibieron los mismos Santos Apóstoles, segun el sentir de algunos santos Padres; ese soplo llega hasta nosotros, nos penetra, nos inflama, nos trasforma y nos purifica, tambien por medio de Maria; pues conforme á la opinion de San Bernardo, hoy casi generalmente recibida en la Iglesia, todas las gracias que Dios nos dispensa, pasan por las manos de la Santísima Virgen.

De estos antecedentes debemos deducir muchas útiles enseñanzas. Si el Divino Espíritu, haciéndonos un honor que supera á toda ponderacion, se ha dignado escogernos por templo suyo; lejos de profanar este templo por el pecado, debemos esforzarnos para hacerlo una mas digna morada del mismo Divino Espíritu, adorándonos con todas las virtudes. Para alcanzarlas, pidamos la divina gracia y seamos fieles á ella. El mismo Espíritu Santo formará en nosotros esos gemidos inenarrables

de la oracion, con los cuales nos dirigiremos á Dios como á nuestro Padre; pues lo es en virtud de la adopcion divina que de nosotros, aunque tan miserables, se ha dignado hacer. Pero es indispensable que nosotros nos mostremos como buenos hijos, pues al derecho gratuito que se nos ha concedido de serlo, va unida la obligacion de conducirnos como tales. El mal hijo merece ser exheredado; y nosotros perdemos la herencia del cielo, sino somos buenos hijos de Dios en la tierra.

Por parte de Dios no ha estado la falta, si hasta ahora nos hemos mostrado malos hijos suyos; pues eligiéndonos con un amor eterno é infinito para tan alta dignidad, nos ha dado los medios de corresponder á ella, derramando sobre nosotros su Santo Espíritu. Nosotros somos los que voluntaria y maliciosamente, hemos contristado á este Divino Espíritu pecando; y si por dicha no hemos llegado á tanto extremo, á lo menos no hemos correspondido á sus inspiraciones con la presteza y plenitud que debiamos. Si bien lo examinamos,

casi no ha pasado un momento de nuestra vida, en que el Espíritu Santo no haya estado hablando á los oídos de nuestra alma, ya por sí, ya por los medios interiores ó exteriores que acostumbra emplear como órganos suyos, respecto de nosotros ¿Qué eran aquellos arranques de piedad, que teníamos en nuestra primera juventud, sino impulsos del Espíritu Santo, que despues de haber ilustrado nuestro entendimiento con la luz de la fé, por la enseñanza que recibieramos de los dulces labios de una madre virtuosa, ó de la respetable boca de maestros cristianos, se dirigia á nuestro corazón, tocándolo con su divina unción, para escitarnos á la generosa resolución de practicar la virtud? ¡Ah! Nosotros tomamos esa resolución, y mientras fuimos fieles á ella, nuestros dias se deslizaron serenos y apacibles, como el afortunado esquifer que marcha rápido sobre la tersa y plateada superficie de las aguas, blandamente arrastrado por una suave y perfumada brisa; pero el demonio, envidioso de nuestra dicha, por sí ó por los que hacen sus ve-

ces en el mundo, alteró con su pestífero y mortal aliento la atmósfera y se cargó de nubes nuestro horizonte. ¡Oh! Si entonces hubieramos permanecido fieles, si nos hubiesemos asido al áncora salvadora de la oracion y de la frecuencia de sacramentos, si hubieramos tomado el puerto del retiro de las ocasiones y del apartamiento de las malas compañías, la borrasca habria pasado y luego hubiesemos podido continuar, sin mayores averias nuestro viaje. Pero una orgullosa confianza en nosotros mismos, una necia deferencia hácia personas indignas de nuestra amistad por su corrupcion; un vil respeto humano que nos hizo retirarnos del confesonario y del banquete eucarístico; todo esto ó algo de ello nos perdió miserable, pero gracias á Dios, no irremediabilmente. Es verdad que nuestra desarbolada barquilla, azotada por los vientos de las pasiones que ya no tenian aquel freno, ha dado en muchos escollos, y que llena de las aguas de la iniquidad, parece á punto de perecer en medio de las olas, de las cuales es juguete, en medio de la

noche que en torno nuestro ha hecho el pecado. Mas, supuesto que todavía no nos ha tragado el abismo, hay aun esperanza para nosotros. Allá en lo alto del firmamento, brilla una estrella, la estrella de los mares, la guía y el consuelo de los navegantes, *Maria. Inspice stellam*, nos dice San Bernardo, *invoca Mariam*. Miremos esa estrella, invoquemos á Maria. Ella es toda piedad y dulzura; es madre y refugio de los pobres náufragos en el piélago del pecado. Mientras hemos sido juguete de las olas, aquella celestial estrella no solo nos ha visto con compasion, sino que no ha cesado de enviar sobre nosotros sus benéficos influjos. Un rosario, una medalla que acaso llevabamos sobre nosotros, casi sin acordarnos de ella; una Ave María, un *Memorare* ú otra plegaria que diariamente deciamos, como por una especie de rutina; y lo que es mas, las lágrimas de una madre, de una esposa, de una hija ó de una hermana, que con indecible dolor nos veian sumergidos en la culpa y que no cesaban de pedir á Dios, por medio de la Santísima

Virgen nuestra conversion, y las oraciones comunes, que pública y privadamente, se hacen hoy tan general y fervorosamente, en favor de los pecadores, especialmente por medio del Sagrado y Purísimo Corazon de María; han interesado á esta buena Madre en nuestro favor, obteniéndonos no solo que la muerte no nos haya sorprendido en el pecado, sino que Dios no nos haya abandonado á ese mismo pecado, permitiéndonos nuestra final impenitencia, lo cual seria un castigo mas terrible. Ya que por la misericordia divina y la bondad de María no es así, apresurémonos á corresponder á los designios de esta dulcísima Madre, procurando cuanto antes ponernos en la gracia de su Santísimo Hijo. Para ello necesitamos luz y fuerza. Luz para conocer nuestro mal estado, fuerza para romper los lazos con que nos tiene atados la culpa. Pues esa luz y esa fuerza las obtendremos por medio de la misma Virgen Santísima, rezando su Santísimo Rosario. Ella es la Esposa del Espíritu Santo, cuyos dones de entendimiento, de sabiduría, de ciencia y de con-

sejo, necesita nuestro entendimiento, mientras que á nuestra voluntad la son indispensables, el de temor de Dios para huir del pecado, el de fortaleza para resistir á los enemigos espirituales, y el de piedad para hacer una vida verdaderamente digna de nuestro nombre y profesion de cristianos.

¡Virgen Santa y clemente! Alcanzad de vuestro Divino Esposo estos dones, no solamente para nosotros los pecadores, sino tambien para los justos. Si ellos ya los poseen, que se les aumenten, para mayor gloria de Dios, honra vuestra, provecho propio y utilidad general de la Iglesia. Sí, dulce Madre, Vos sabeis mejor que ninguna criatura, cuán poderosa y eficaz es para el bien, la existencia de una alma santa sobre la tierra; Vos que con vuestra santidad, no solo preparasteis la venida al Eterno Verbo á vuestro castísimo seno, sino que, con el ardor de vuestros santos deseos, atrajisteis la efusion del Espíritu Santo, en el dia de Pentecostes, sobre Vos misma, sobre los Apóstoles y sobre toda la Iglesia. Que se aumente, pues, con las

gracias que Vos les obtengais, el número de los justos, de las almas verdaderamente perfectas; para que estas, con sus oraciones y buenas obras, hagan descender sobre la tierra, ahora agostada por el recio soplo de la impiedad y de la herejía, el benéfico rocío de los divinos favores, el cual embellezca de nuevo al mundo con las flores de las virtudes y le enriquezca con los frutos de las buenas obras. Este favor, el mas precioso y necesario, es el que os pedimos, Virgen Santa; y al rezar el décimo tercio misterio de vuestro Rosario, no dejaremos de proponernos esta como una de nuestras principales intenciones. Ella no puede menos de seros agradable; y estamos ciertos de que Vos, Señora, sabreis y podeis corresponder á ella.

#### IV.

### **El Tránsito y Asuncion de Nuestra Señora.**

Cuando el sol se oculta en el ocaso, la luna llena que de él recibe la luz, empie-

za á derramar desde el opuesto punto del horizonte, esos rayos blandos y misteriosos, que no solo disipan las tinieblas, sino que comunican un nuevo y desconocido encanto á las escenas de la naturaleza. Ni el caminante en el bosque se cree extraviado, ni el navegante sobre las olas se reputa perdido; sí de esa manera el astro benigno de las noches, reemplaza al sol en la bóveda celeste; pero si á la claridad del dia, suceden las tinieblas completas, porque tampoco brilla en el firmamento la luna; ¿quién guiará del caminante los pasos á través de los abismos? ¿Quién librárá al navegante de hacer un triste naufragio, en medio de los escollos?

Justo, debido y conveniente era que la Santísima Virgen, llena de gracias y colmada de méritos, fuese á recibir en el cielo el inefable galardón que la correspondia, como Hija, Madre y Esposa de Dios; pero ¿qué será de nosotros, si Ella nos deja solos en la tierra? Despues de la ascension de nuestro Señor Jesucristo, quedaba la Santísima Virgen en el mundo, para con-

solar y asistir á los fieles; esto es, al sol reemplazaba la luna, en el firmamento de la Iglesia. Pero si María tambien sube al Empíreo, ¿qué será de esta Iglesia? ¿qué de cada uno de sus hijos?

Mas no temamos, ni nos quejemos; antes bien alegrémonos y demos mil veces la enhorabuena á la Santísima Virgen, porque ha llegado la hora dichosa de su tránsito. Si generalmente hablando, es mejor el dia de la muerte que el del nacimiento, segun la espresion del Espíritu Santo; ¡cuánto mas afortunado debe ser para Nuestra Señora, el dia de su felicísima muerte, que aun los dias dichosos de su inmaculada concepcion y de su santa natividad! Pero no entremos en comparaciones, ni hagamos paralelos; pues mas bien debemos considerar, que siendo una sana doctrina teológica la de que; la gracia es una gloria comenzada, así como la gloria no es mas que una gracia consumada; hubo una estrecha, íntima é indeclinable relacion, entre la concepcion purísima de María y su dichoso tránsito y asuncion al cielo; que Dios, al

concederla la plenitud de la gracia en el primer instante de su ser, la preparaba ya la plenitud de la gloria en el momento postrero de su vida; y que, en una palabra, toda la vida de María, no fué mas que como la rapidísima carrera de un dardo, que lanzado por la mano del Omnipotente, adquirió por su gracia mayor velocidad y fuerza al atravesar el espacio, hasta llegar á fijarse con certera é irresistible precision, en el blanco que el mismo Dios le habia señalado.

Bien; pero ¿por qué no hemos de sentir la ausencia de la Santísima Virgen, por la falta que nos hace; aunque por la misma Señora, por la mayor gloria de Dios y por el aumento de alegría que su presencia en el cielo causa á los Ángeles y bienaventurados, nos alegremos de su gloriosa asuncion? Porque, á diferencia del amor puramente humano, el cual aunque sea verdadero é intenso, se entibia con la separacion y se acaba con la muerte; la caridad se aviva y se perfecciona en los bienaventurados, de modo que los que nos amaron en Dios y por Dios en la tierra, aun nos

aman mas en el cielo. Hé aquí la razon por la cual nuestro gozo en el misterio que vamos considerando, debe ser cumplido; pues lejos de perder ganamos con que la Santísima Virgen haya subido al cielo. Desde ahí vé, en Dios, las necesidades de toda la Iglesia y las de cada uno de nosotros en particular; desde ahí presencia la lucha que estamos sosteniendo contra los enemigos de nuestra alma; desde ahí descubre las dificultades con que vamos tropezando; desde ahí penetra todos los secretos de nuestro corazon; y llena de solicitud y de ternura estando tan cerca del mismo Dios, hallándose á la derecha de su Santísimo Hijo, quien mejor que Salomon nada puede negar á los ruegos de su augusta Madre, ejerce en nuestro favor esa *omnipotencia suplicante*, como la llama San Bernardo, cuyos efectos se han visto en todos los tiempos, se han experimentado por todos los devotos de Maria y los palpamos nosotros. No vela una madre tierna con mas solicitud sobre la cuna en que duerme su primogénito recién nacido, ni sigue

esa madre con mas atencion el sueño intranquilo de su hijo enfermo, que la Santísima Virgen vela sobre nosotros desde el cielo; con la ventaja de que los ojos de la madre terrena no descubren lo que á los ojos de nuestra divina Madre está patente, ni aquella puede lo que á esta es no solo posible sino del todo fácil. Solo que, así como Dios que es nuestro Padre, aunque conoce infinitamente mejor que nosotros nuestras necesidades, quiere que se las representemos en la oracion, para socorrerlas; siguiendo la misma economía, para que la Santísima Virgen nos socorra, es necesario que la dirijamos nuestras plegarias. Desde el fondo de este valle de lágrimas, no tenemos mas que elamar á Ella, para que vuelva á nosotros sus misericordiosos ojos; pero atendamos á que si seria una temeraria audacia la de un criminal, que en el acto de delinquir invitase á otro, y especialmente al que ha de servirle de abogado, á que fijase en él los ojos, mayor es nuestra osadía, si nos dirijimos á la Santísima Virgen con malos fines,

ó por lo menos, si al rezar las preces que la están consagradas, no tenemos ni la mas remota intencion de salir del pecado. El mejor modo de honrar á la Santísima Virgen, el medio mas eficaz de alcanzar sus favores, es presentarnos á Ella con un corazon contrito y humillado, pidiéndola nos alcance el perdon de nuestras culpas, la gracia de no volver á cometerlas, los auxilios necesarios para llevar una vida cristiana, y por último, la perseverancia final y la eterna bienaventuranza. Los que así se presenten á María y esto la pidan con humildad y constancia, dejando en sus manos la eleccion del tiempo y de los medios para corresponder á esos ruegos, pueden estar seguros de que indefectiblemente estos serán eficaces. Aun los que con entera subordinacion á los adorables designios de la Divina Providencia, pidan el remedio de los males ya espirituales, ya temporales que los aquejan, ó la concesion de bienes de uno ú otro orden que les parece necesitan, no duden que sus súplicas serán benignamente atendidas y favorablemente despa-

chadas , aunque no lo sean en la ocasion y en la forma que ellos quisieran. Si los males que los afligen continúan por mas tiempo ó para siempre , será porque así les conviene para purificarse de faltas pasadas , ó para preservarse de las venideras , ó para adquirir méritos y hacerse acreedores á mayor gloria. Si los bienes que apetecen les son negados , ó por lo menos diferidos , será porque de tales bienes no tienen mas que la apariencia , á lo menos en las actuales circunstancias ; y por eso , el no concederlos es una gracia más preciosa ; gracia que debemos considerar como el fruto y fruto mayor que el que esperabamos , de las mismas oraciones que nos parecen infructuosas. Pero volvamos á fijarnos en ello ; pedir al Señor , por medio de la Santísima Virgen , cosas malas , es un insulto á la majestad de Dios y á la misericordia de María. Aun pedir solamente bienes temporales , sin respicencia á los espirituales y eternos , es un agravio , porque siendo la voluntad de Dios nuestra santificacion , como lo declara el apóstol San Pablo ; habiéndonos puesto

Dios en este mundo, para que en él le sirvamos, valiéndonos de los bienes de la tierra como de medios para llegar al cielo; es invertir el orden divino, cifrar en estos bienes pasajeros, caducos y secundarios, todos nuestros deseos. Ni arguye contra esta doctrina, que alguna vez los que piden á la Santísima Virgen ó á los Santos solo esta clase de bienes temporales, ó la remocion de males del mismo género, sin cuidarse de su salvacion ni de su espiritual adelantamiento vean satisfechos sus deseos; lo primero, porque nada prueba sean la Santísima Virgen ó los Santos, quienes los han alcanzado; y lo segundo, porque en caso afirmativo, mas deberia verse en eso un castigo que un favor. ¿Qué se juzga de un enfermo, cuando el médico manda que se le dé todo lo que pida? Que aquel enfermo está desesperado.

Nunca, Virgen Santísima, jamás nos obtengais esa clase de favores. Mas bien, cuando os pidamos cosas importunas, y especialmente las que serian perjudiciales á nuestra salvacion ó espiritual adelantamiento.

to, negadnoslas, alcanzándonos, sí, de vuestro Divino Hijo, la gracia necesaria para sobrellevar con paciencia nuestros trabajos, para sufrir con cristiana conformidad la falta de los bienes temporales y para negociar con las penas un aumento de mérito. Cuando lo que por vuestra poderosa intercesion solicitamos, conduzca al fin para que fuimos criados, entonces lo esperaremos con fiadamente de Vos; mas lo esperaremos con tranquilidad de espíritu y con entera sumision á la divina voluntad; pues aun lo bueno, no es para todos; ni aun siéndolo para algunos, lo es para estos en todos los tiempos y circunstancias. En fin, Señora, cuando á Vos dirijamos nuestras humildes y fervorosas plegarias, especialmente cuando recemos el Santísimo Rosario, nos acordaremos de que vuestro Santísimo Hijo, en la oracion que compuso para nuestro uso cotidiano, nos enseñó á decir: *Hágase tu voluntad*: que este mismo *Hágase* le repitió Jesús moribundo; y que Vos sois Madre de Dios por otro *Hágase* semejante, que pronunciasteis al oír la embajada del Ángel,

declarándoos esclava del Señor. Nosotros que lo somos á imitacion vuestra, aunque en un grado tan inferior, repetiremos siempre, con los labios ó con el corazon, que se haga su voluntad y no la nuestra; al presentarnos nuestras peticiones, y de qualquiera modo que las despacheis, las estimaremos bien despachadas, pues se habrá llenado nuestro principal objeto, el cual debe ser el cumplimiento de la voluntad divina.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Entre las pinturas admirables, debidas al genio de Rafael, hay en el Museo del Vaticano, dos cuadros que representan la asuncion de la Santísima Virgen. A todas las otras ventajas que los artistas encuentran en estas dos obras maestras, sobre las de los pintores comunes, se agregan dos, que tienen un especial significado digno de meditarse por las bellas y útiles lecciones que encierran. María está representada en aquellos cuadros, no ya en medio de los aires sostenida por los Ángeles, sino aca-

bando de salir del sepulcro, el cual se vé lleno de flores. Estas flores, en el uno de los cuadros, son pequeñas como jazmines y claveles; y en el otro, son esas flores grandes, que sobre un elevado tallo, se mecen al impulso de las brisas de la mañana, como las rosas y los lirios, dejando caer á uno y otro lado, las perlas del rocío que brillaban en el fondo de sus cálices, ó que mecidas por las auras de la tarde derraman en torno suyo los mas suaves y gratos aromas.

El gran maestro de la pintura, siguió aquí la graciosa tradicion que se conserva en la Iglesia y que confirma la vision de una piadosa religiosa muerta en el presente siglo (Sor Ana Catalina Einmerich), tradicion segun la cual, no habiéndose hallado Santo Tomás con los demás Apóstoles, cuando tuvo lugar el dichoso tránsito de María, aunque como ellos habia recibido una invitacion divina al efecto; luego que llegó, quiso que se le permitiese contemplar el santo cuerpo de Nuestra Señora, abriéndose el sepulcro que contenia el

precioso depósito. Consintieron los otros Apóstoles en la piadosa demanda, pero al levantarse la lápida, no se encontraron mas que los vestidos de la Santísima Virgen, ocupando el resto del fúnebre lecho de María una multitud de flores que ahí habían brotado, al contacto de su sacratísimo cuerpo; y al mismo tiempo se oía en los aires una celestial música de los coros angélicos que acompañaban á su reina, inundando el espacio con torrentes de inefable armonía.

Nada de esto es de fé; ni está ningún cristiano obligado á creerlo; aunque la opinion general de los fieles, autorizada por la Iglesia en su oficio, es que la Santísima Virgen subió en cuerpo y alma á los cielos. Sobre las circunstancias de este glorioso misterio, puede haber revelaciones particulares, tradiciones mas ó menos acreditadas y pareceres particulares, que en no pretendiendo decidir nada sin la autoridad de la misma Iglesia, pueden aceptarse ó rechazarse, conforme al prudente juicio de cada uno. En este supuesto, va-

mos á ver que enseñanza se puede deducir, de la representacion de María en el acto de salir del sepulcro y subir al cielo, tal cual la vemos en los cuadros de Rafael, que nuestro Santo Padre el Papa conserva cuidadosamente en su propio palacio.

¿Quién no vé que las flores, son símbolo de las virtudes de María? Pero ¡cuán exacta é ingeniosa es la idea de pintar una vez el sepulcro materialmente cuajado de pequeñas flores, y otra vez esé mismo sepulcro lleno de grandes flores! Las pequeñas flores representan, para nuestra instruccion, las virtudes que la Santísima Virgen ejercitó en los estados comunes y en las acciones ordinarias de la vida; virtudes modestas, pero preciosas, cuyo color y fragancia, si se puede hablar así, enamoraban mas á Dios de María, que las mismas virtudes heroicamente extraordinarias de la Virgen bienaventurada; virtudes, en fin, que como la humilde violeta, se esconde á nuestra vista bajo la yerba del prado, mas nó por eso dejan de embalsamar el ambiente con sus perfumes, de que carecen otras

flores que se ostentan galanas sobre un elevado tallo. Pues estas virtudes, fueron las mas numerosas de María; y Ella las ejerció no solamente todos los dias de su vida, sino á todas horas, en cada momento, comenzando por el de su purísima concepcion y concluyendo por el de su dichoso tránsito. Hé aquí por qué se nos representa el sepulcro tan cuajado de pequeñas flores, que aunque lo intentáramos, no podríamos descubrir el fondo. Pues estas virtudes son las que el comun de los fieles, está llamado á imitar en la Santísima Virgen. María pasando por todos los estados, de hija sumisa y obediente; de doncella recogida en el templo y entregada al trabajo en el edificio adyacente; de esposa púdica, sumisa y laboriosa de José; de Madre amante y diligente de Jesús; y de viuda honesta, retirada y piadosa; ha santificado todos esos estados, dejando estampadas su huellas luminosas y practicables, por las cuales deben seguirla todos los que son colocados por Dios en análogas posiciones. La gracia especial de Nuestra Señora, fué hacer

perfectamente sus acciones ordinarias; y esto es lo que debemos procurar imitar en Ella, no las cosas extraordinarias. ¿Cómo ejecutaremos bien esta clase de cosas, si hacemos mal las comunes? Y aunque maravillosamente nos condujeramos en las obras de supererogacion, si faltamos á las de obligacion, de nada nos servirian aquellas; pues por el defecto de estas, nos haríamos culpables á los ojos de Dios. Solo despues de cumplir nuestros deberes, y de cumplirlos con la perfeccion que Dios desea; podremos con prudente direccion y consejo, intentar las obras extraordinarias. Quiere decir que, pues la Santísima Virgen nos ha dejado su sepulcro lleno de flores, permitiéndonos que tomemos de ellas las necesarias para tejer nuestra corona; nosotros debemos, en primer lugar, escoger las pequeñas flores, y antes que ninguna la violeta, símbolo de la humildad. Sobre el fondo de la humildad, entretejamos los jazmines de la pureza, los tornasoles de la esperanza y los claveles de la caridad. La pureza, no solo del

cuerpo, sino tambien de la intencion; pues la que tengamos en todo, no debe ser otra que la de agradar á Dios. La esperanza, no solo del cielo, sino de las gracias que necesitamos para vivir de manera, que no solo merezcamos la gloria, sino los mayores grados posibles de ella. La caridad, que debe animarnos constantemente; pues sin ella, cualquier cosa que hagamos, nada es; tanto que hasta el martirio, segun el apóstol San Pablo, es inútil sin la caridad, esto es, si no estamos en gracia de Dios. Imitemos pues, á la Santísima Virgen en las pequeñas virtudes, si pequeño puede llamarse lo que es de tanto valor en Ella, por su altísima dignidad, por su incomparable pureza y por su gracia supereminente. Mas á nuestros débiles ojos lo parece, porque acostumbrados á no fijarnos sino en las acciones que deslumbran y atraen la admiracion, miramos con una especie de desden las obras comunes, sin considerar que, delante de Dios, probablemente hay mas mérito en el diario y continuo cum-

plimiento de los deberes comunes sin ostentacion, con paciencia y deseo de agradarle, que en los sacrificios brillantes y extraordinarios.

Mas si todo esto es cierto ¿qué enseñanza nos dará el otro cuadro, en que las grandes flores, representan las acciones heróicas y las virtudes admirables de María? Muchas y muy útiles lecciones podemos tambien tomar en este cuadro; pero para no ser difusos, fijemos ahora nuestra atencion en una sola. Cuando Dios nos dice, que seamos perfectos como lo es Él mismo; y cuando nos invita á hacerlo que vemos en el ejemplar que se nos ha mostrado en el Monte, esto es, á imitar á nuestro Señor Jesucristo; claro está que no se nos pide el imposible de llegar á una semejanza completa con aquellos divinos ejemplares. Se nos pide que nos elevemos hasta donde nos sea posible con la ayuda de la divina gracia. Pues con análogo objeto, se ponen á nuestra vista las grandes virtudes de María. Ni hombre, ni ángel, ni criatura alguna, podrá igualar á la Santísi-

ma Virgen en gracia y en mérito, pero si nos es muy dable, con el auxilio divino, imitarla hasta un grado mas ó menos remoto, segun el órden de la dispensacion divina respecto de nosotros. Así como la imitacion de las que por ceñirnos á nuestra escasa capacidad, hemos llamado pequeñas virtudes de María; es una cosa que en todos los estados, todos los dias y á cada momento podemos hacer; hay estados como el del sacerdocio y el religioso, mas llamados á la imitacion de las grandes virtudes de María; y aun en los estados comunes, hay circunstancias extraordinarias y casos no frecuentes, en que todos pueden y deben procurar que su conducta se conforme mas ó menos á los grandes ejemplos que nos dió María, en aquellas ocasiones en que desplegó esas grandes virtudes. Se trata de resistir una tentacion violenta, de renunciar á una propuesta ventajosa, por no ofender á Dios; pues ahí está ese esbelto lirio de la pureza de María, mas inclinado á cerrar sus pétalos que á recibir el rocío del cielo si se ha de empañar su blancura. Es llega-

dó el tiempo para un padre ó una madre, de dar el consentimiento para que un hijo ó una hija á quien se ama con ternura y en quien se cifraban tantas esperanzas, entre en un claustro ó suba á sacrificarse á sí mismo, sacrificando á su Dios en el altar; pues ahí esta esa rosa, símbolo de la caridad con que María, una vez en el templo y otra en el monte Calvario, presenta á su Divino Hijo como hostia de sangre al Eterno Padre. En estas y en otras análogas circunstancias, es cuando todos estamos llamados á imitar las grandes virtudes de María.

Por último, recordaremos que en los cuadros que han dado lugar á estas reflexiones, la Santísima Virgen está representada, no en medio de los aires, sino á poca distancia del sepulcro, muy inmediata á la tierra. Con esto se nos dan á entender dos cosas; la primera, que la imitación de María es posible á la pobre humanidad; se entiende, como hemos dicho hasta cierto grado. La segunda, que para facilitarnos esa imitación, la Santísima Virgen esta ahí cerca; de

modo que sin dificultad podemos hacerla oír nuestras súplicas, de que nos alcance las gracias necesarias. Pidamóselas, pues, con humildad, confianza, y perseverancia, no dudando que si la voluntad de Dios es nuestra santificación, idéntica es la voluntad de su augusta Madre. Hagamos de nuestra parte lo que debemos, que Dios y María harán indudablemente por su parte lo que misericordiosamente nos está prometido, pues *el Señor es fiel*; y así un día nosotros subiremos también al Empíreo para gozar de la inefable vision de Dios, y besar la mano de María, por la cual habrán pasado todas las gracias con que habremos conseguido la gloria.

## V.

### **La coronacion de Nuestra Señora.**

Segun una opinion teológica, la prueba de los Ángeles, en la cual sucumbieron

Luzbel y sus secuaces por su malicia; mientras que el resto de las celestiales jerarquías, con San Miguel á la cabeza merecieron por su fidelidad ser confirmados en gracia y en gloria, consistió en haber propuesto Dios á sus adoraciones, la sacratísima humanidad á que el Verbo Eterno se habia de unir hipostáticamente. Siendo esto así, claro está que la dignidad de María entró necesariamente en aquella prueba, y esto explica tanto la alegría de los Ángeles fieles en la asuncion y gloria de María, como la rabia y despecho del infierno al verla coronada por reina de todo lo criado. Los Ángeles buenos en número de mil, la asistian continuamente en la tierra, segun reveló la misma Señora á una célebre religiosa, (Sor María de Jesús de Agreda), cuyos escritos sujetos á la mas docta y minuciosa crítica, crecen cada dia en la estimacion de las personas sábias y piadosas. Legiones mucho mas numerosas de espíritus celestiales, es de creer que rodearian á la Santísima Virgen, en las circunstancias extraordinarias de su vida, co-

mo en Belem, en la huida á Egipto, cuando perdió al niño Jesús y en el Calvario. Pero con mucha mayor razon podemos pensar, que desde el cielo á la tierra estarian formados en alas los Ángeles, cuando María pasaba de la vida mortal á la eterna, para recibirla en medio de un gozo inefable, cantar su triunfo con un entusiasmo indescriptible y tributarla el mas rendido homenaje como á su reina. En medio de aquel ejército tan armonioso, tan bello y tan resplandeciente, el Rey de las Eternidades, Jesucristo nuestro Señor, se adelanta y recibiendo á María con el amor de Hijo y con la bondad de Dios, la presenta á su Eterno Padre y al Espíritu Santo. Todas las tres Divinas Personas, que son un solo é indivisible Dios, ponen entonces en la cabeza de María, esa corona de memorable hermosura, que seria mas que temeridad, no ya pintar sino solamente querer concebir. Los Ángeles se postran ante el trono de la Madre de su Dios, renovando aquel homenaje que la tributaron en el momento de la prueba, y sintiendo así el complemento de la dicha,

á que los hizo acreedores su fidelidad de entonces. Al mismo tiempo el infierno con sus espantosos bramidos, con el odio eterno que otras mil veces juraba á María, daba muestras de que la planta predestinada de esta Santísima Virgen, se fijaba para siempre sobre el cuello protervo de Luzbel, el cual en vano vomitando la negra espuma de su rabia acechará contra su calcañar.

Mas si este es un glorioso misterio para Nuestra Señora, ¿qué podremos nosotros, débiles y desterrados mortales, aprender en él? De los Ángeles buenos debemos aprender á ser fieles á Dios, en todas las pruebas á que quiera sujetarnos. ¿Qué prueba para aquellos bienaventurados espíritus, superiores por naturaleza al hombre, tener que adorar la humanidad de Jesucristo y reconocer por reina á María? Pero ¿qué hubiera sido de ellos, si por orgullo, como Lucifer, hubiesen negado la sumision debida á los designios adorables de su Dios? Al contrario ¡cuánta es su felicidad, en el momento de la coronacion de María, al verla hermosa como la luna, elegida como el sol,

y terrible á las mismas huestes infernales que rehusaron acatarla como Soberana! Renunciemos, pues, nosotros al orgullo, en todas las cosas y circunstancias, pero especialmente, siempre que se trate de puntos de fé. Dios ha hablado. Él ha constituido á la Iglesia por nuestra Maestra. Oigámosla con sumision y docilidad. Aun en las cosas que no sean de fé, lo mas seguro, lo mas razonable, lo que al Señor mas agrada es que pensemos y sintamos como la Iglesia piensa y siente. «El que os oye, á mí me oye, y el que os desprecia, á mí me desprecia,» dijo el Divino Salvador á sus Apostóles. Es de consiguiente, mala señal en un cristiano carecer de devocion á la Iglesia y especialmente al Papa; entendiéndose que por devocion queremos significar aquí una adhesion sincera, un respeto profundo y un amor filial al que hace las veces de Jesucristo en la tierra. Él es nuestro padre, como lo indica su nombre *Papa*; y no es de buenos hijos acatar y obedecer á su padre solo en lo estrictamente necesario, abandonándole en lo demás á los ataques

del odio ó de la maledicencia. Ya que no podemos evitar esos ataques de sus enemigos descubiertos ó hipócritas, por lo menos guardémonos bien de asociarnos á ellos y procuremos ayudar siempre, aunque no sea mas que con nuestras oraciones al Sumo Pontífice en la laboriosa tarea de gobernar todo el catolicismo. ¡Ah! El Papa es verdaderamente el siervo, no solo de los siervos de Dios, sino de sus enemigos. No es dueño de su tiempo, ni de sus acciones. La misma pompa que le rodea es una servidumbre. Los homenajes que se le tributan, son frecuentemente causa de fastidio. Su vida apenas alcanza para todo lo que tiene que hacer. ¡Y despues de esto se tendrá, no ya envidia sino odio al Papa! Si los impíos y herejes se lo tienen, nosotros los que nos gloriamos de ser católicos, compensemos siquiera con nuestro amor y respeto, la solicitud con que él vela sobre nosotros. Fijémonos en solo este pensamiento, pues parece suficiente para darnos á conocer la estencion de nuestros deberes de gratitud hácia el Vicario de Jesucristo.

Sin el Papa, no habria Obispos. Sin Obispos, no habria sacerdotes. Sin sacerdotes ¿quién nos bautizaria? ¿quién nos enseñaria la doctrina cristiana? ¿quién nos absolveria en el tribunal de la penitencia? Sin el Papa, pues, seriamos paganos, viviriamos como salvajes, moririamos miserablemente y probablemente nos condenariamos, no solo nosotros, sino nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros amigos y compatriotas. Sin el Papa el mundo seria un caos, el infierno se llenaria de réprobos. Colijamos de aquí lo que es el Papa, lo que vale el Papa, el amor y reverencia que debemos al Papa.

Mas no solo tenemos que aprender de lo que sucede en el cielo, cuando María es coronada por la Santísima Trinidad, sino que del infierno nos viene tambien una leccion que no debemos despreciar, especialmente en los tiempos desgraciados que hemos alcanzado. En ellos vemos atacados furiosamente por el protestantismo y el racionalismo el culto y la dignidad de María. El protestantismo clama diciendo: que

es una idolatría el culto que los católicos tributan á la Santísima Virgen; cerrando voluntaria ó involuntariamente los ojos del entendimiento á la luz de dos verdades; la primera, que el culto de la Santísima Virgen, es el de hiperdulía, no el supremo de latría, reservado solo para Dios por la santa Iglesia nuestra Madre; y la segunda, que aun aquel culto de hiperdulía, en el último término se refiere á Dios; pues á quien positivamente honramos en María es al Eterno Padre que la escogió por Hija, al Verbo Divino que la tomó por Madre, y al Espíritu Santo que la hizo su muy amada Esposa. Los privilegios que reconocemos en María, proclamamos que Dios se los concedió, como el de su inmaculada concepcion y el de su virginidad perpetua. Las incomparables virtudes que admiramos en Ella, confesamos que proceden de las especialísimas gracias con que la enriqueció el Señor. Si nos alegramos de la gloria sublime que goza en el cielo, es porque la Santísima Trinidad ha ceñido con esa corona inmarcesible sus cándidas y bellísimas sienas.

¿No es claro que todo esto, en vez de disminuir, aumenta el respeto, el amor y la gratitud que tenemos á Dios? Pero aun hay mas. El protestantismo, con esa prevencion, por no decir con ese odio que profesa á la Santísima Virgen, muestra que además de ser ciego en el entendimiento, no tiene corazon. Si le tuviera, ya que afecta reconocer la Divinidad de Jesucristo y agradecer el beneficio de la Redencion; ¿por qué no respeta á la Madre del Hombre-Dios? ¿Por qué no la agradece la cooperacion á la obra de la Redencion; pues Ella dió á Jesucristo la carne en que padeci6 por nosotros, la sangre que es el precio de nuestro rescate; y Ella tambien sufri6 en su corazon, al pi6 de la cruz, dolores indelicibles durante el sacrificio que nos ha librado de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna? ¿Quién se tendria por complacido, si los que le deben respeto y gratitud en vez de honrar á la que le di6 el ser, la despreciasen ó quisiesen rebajar su dignidad? Los hombres bien nacidos, por todo pasarán menos porque se vilipendie

á su madre. Y ¿será menos Dios que los hombres? Oh Señor! Solo pensarlo debe hacernos derramar un torrente de lágrimas; y escitarnos á reparar con mayor fervor de nuestra parte, en el culto de vuestra Santísima Madre, el que le niegan y le defraudan los herejes. Pero, por lo demás, en la prevención de estos contra la Inmaculada Virgen, no veremos mas que una prueba de que sus errores son hijos del infierno. Sí, Satanas les hace hablar y obrar contra María, despechado de no poder librar su proterva cabeza, del peso con que la oprime la planta predestinada de nuestra Bienaventurada Madre.

*Otra lectura sobre el mismo misterio.*

Santa Teresa ha definido al demonio, llamándole «la desgraciada criatura que no puede amar;» porque la suprema desventura del infierno, es que los infelices condenados aborrecen á Dios, al mismo tiempo que conocen que Él es el soberano bien.

rio. Escribimos especialmente para un país, donde cuando eramos niños, por todas partes reinaba esta santa y saludable devoción. No solo en los templos, sino tambien en las casas, no se omitia diariamente el Rosario; reuniéndose para rezarlo toda la familia. ¡Cuántas ventajas en esta sencilla y piadosa práctica! En primer lugar, con ella se cumple el precepto de orar; porque la oracion no es de consejo solamente, sino de riguroso precepto para el cristiano; la oracion es tan necesaria al alma, como el alimento al cuerpo, tan indispensable como el aire á los pulmones; pues por eso se la ha llamado *la respiracion del alma*. En segundo lugar, esa postracion de padres é hijos, de amos y criados, en la presencia de un mismo Dios, á los piés de una misma Madre celestial, tiene algo de tan patético y tan tierno, posée en sí una especie de iman divino, que no solo atrae las bendiciones del Señor sobre la familia, sino que estrecha y hace mas dulces los vínculos domésticos. Los hijos, viendo que sus padres no se limitan á hacerles enseñar

la religion por un maestro, sino que se la inculcan con el ejemplo, se fortificarán en el convencimiento de que sus padres hacen para ellos las veces de Dios en la tierra; y en consecuencia serán mas sumisos á su autoridad, mas dóciles á sus consejos y mas deferentes á sus insinuaciones. Lo mismo en su esfera, les sucederá á los criados, cuyas infidelidades y abusos no tienen que estrañar los amos que les dan el escándalo de llevar delante de ellos una vida irreligiosa, ó aunque no sea mas que indiferente. El que no teme faltar á sus obligaciones para con Dios, que es el Padre y el Señor de todo, ¿cómo estraña que sus inferiores, no cumplan sus obligaciones para con él mismo? Ni se haga la ilusion de creer que con la fuerza ó la astucia suplirá el vacío religioso, que él mismo por su negligencia ó por sus falsas ideas sobre la piedad, haya creado ó profundizado en sus dependientes. La fuerza podrá hacer doblar la cerviz, mas no ganará el corazon, y aun aquello lo conseguirá mientras no se la pueda y se la quiera oponer una fuerza mayor.

Contra la astucia, no es difícil que se encuentre una destreza mas consumada, especialmente cuando en Burlarla, no solo hay un interés material, sino hasta una especie de empeño de amor propio.

¡Oh! ¡Cuánto mas cuerdos eran nuestros padres, que ponian su autoridad, su decoro, toda su dicha doméstica, al abrigo de esta sencilla, fácil y encantadora devoción á María! Blanco lirio de pureza, la Santísima Virgen derramaba sus castos aromas al rededor del tálamo nupcial, y embalsamaba el ambiente, en que respiraban los hijos y las hijas, librándolas del hábito contagioso del vicio. Rosa en medio de las espinas, María ayudaba á sobrellevar con paciencia las desigualdades del humor de un marido, los caprichos infundados de una mujer, la aspereza de un amo; y así la paz, ese bien inmenso, ese único bien del hogar, sin el cual nada valen los otros bienes, se conservaba en la familia. Porque ¿de qué le sirve á un hombre, ser generalmente respetado y querido fuera de su casa, disponer de abundantes recursos y

poder proporcionarse muchos placeres, si al volver á su casa, encuentra en ella la aversion ó la infidelidad de una esposa, la inobediencia ó la abierta insubordinacion de los hijos, la deshonra de las hijas, las asechanzas de los criados, y acaso positivos peligros para su misma existencia, en todo esto? ¿Cómo una mujer, aunque su marido la tenga rodeada de un lujo asiático, podrá aquietar sus punzantes zelos, al ver que la irreligion de su esposo, la sustrae el amor que exclusivamente la debe, para prosti- tuirlo á venales é indignas criaturas? Cal- cúlese por aquí, cuánta es la importancia cuánta la necesidad de la religion en la familia.

Mas para hacer volver ese huésped di- vino á los hogares, de donde una moda impia y funesta le haya desterrado, nada mas fácil y eficaz que restablecer la devo- cion del Santísimo Rosario. Pesado se hace para muchos el tiempo, porque no saben en qué emplearlo. Juegos fastidiosos, por su demasiada prolongacion, ó tertulias in- sípidas, por la eterna repeticion de las mis-

mas anécdotas ; hé aquí las armas que comunmente se emplean para *matar* ese tiempo , cuyo valor , sin embargo , es infinito. Conozcamos el valor del tiempo , por la parsimonia con que Dios nos le dá ; pues como observa profundamente Fenelon , todos los demás bienes los dispensa Dios con liberalidad ; mas cuando se trata del tiempo , no lo dá si no minuto á minuto , no dejando pasar el segundo , sino hasta que está consumido el primero. ¿Qué mas ? San Bernardino de Sena no vacila en afirmar , que el tiempo vale tanto como Dios , porque con el tiempo bien empleado , se adquiere la posesion de Dios. ¿ Por qué , pues , malgastar el tiempo que sobra una vez concluidas las ocupaciones del dia , sino en cosas nocivas , en otras positivamente inútiles ? Ya hemos dicho y nadie lo negará , que lo mas comun es consumir ese tiempo en juegos ó en conversaciones , que si á lo menos se empleara en honestas é instrutivas lecturas , podria sostenerse que no era perdido. Sobre los juegos , no manifestaremos otra opinion , sino la de que,

en caso de ser inocentes en sí, no pueden dejar de ser en cierto modo culpables, por su demasiada prolongacion; aparte del riesgo que aun esa clase de juegos lleva en sí de engendrar la pasion de jugar, la cual acaso no se satisfará despues con los juegos licitos solamente. Respecto á las conversaciones, quisieramos saber cuál es el pábulo de las diarias y muy prolongadas, si no son las vidas ajenas; cuando los interlocutores no se juntan para tratar de ciencias, de artes, de literatura ó de negocios. El Espíritu Santo ha dicho, «que en el mucho hablar no faltará pecado;» y adviértase que los que se cometen con la lengua, no solo nos dañan á nosotros mismos, sino que á nadie aprovechan y llevan en sí todos los caractéres de injusticia y de locura. De injusticia, porque nos erigimos en jueces de nuestros prójimos sin competencia, y los condenamos sin audiencia ni conocimiento de causa; cuando si un juez procediera así contra nosotros, aun en cosas que importan menos que nuestra honra, levantariamos el grito contra su iniquidad.

No tenemos competencia para juzgar á nuestros prójimos, porque esta es función reservada á nuestro Señor Jesucristo. Juzgamos sin conocimiento de causa, pues no pudiendo conocer los interiores de otros, carecemos de los datos indispensables para apreciar en todo lo que valen sus acciones; fuera de que, las mas veces, quizás ni aun estamos al cabo de todas las circunstancias exteriores que le hacen obrar. Finalmente, en vez de oír sus excusas ó su defensa, como pide el derecho natural que se oiga á cualquiera antes de condenarle; cabalmente procuramos que esté lejos, que no pueda defenderse, para cebarnos en su reputacion; llevando tal vez la hipocresía hasta el punto, de adularle en su presencia y de censurarle amargamente en su ausencia. Esto en cuanto á la injusticia, de lo que ordinariamente sucederá en las tertulias destinadas á *matar* el tiempo. Respecto á la necesidad que eso entraña, basta observar que nuestra censura, no puede producir ni el ligero y dudoso bien de contribuir, por el temor del ridículo ó de la vergüen-

za, á la enmienda de los vicios ó defectos ajenos; lo primero, porque el que los tiene no nos oye, ni nosotros queremos que sepa le hemos censurado; de modo que para él, supuesta tal intencion de nuestra parte, es como si no hubiesemos hablado; y lo segundo, por que si lo sabe, mas probable es que se irrite que el que se enmiende; y si por desgracia, como no es difícil que suceda, nosotros tenemos los mismos ó mayores defectos que los que condenamos en otros, él alzaré tambien la voz entre los suyos, propalándolos en represalia. ¿No es, pues, evidente tambien, la necesidad de esta clase de pasatiempo?

Pero qué, ¿pretendemos se empleen solamente en el Rosario todas las horas que nos sobran? No por cierto. Comiencese por cercenar á las perdidas, una parte para aquella devocion, y pídase á la Santisima Virgen que nos alcance la gracia de conocer y apreciar mejor el valor del tiempo, de emplearle con mas provecho, de utilizarle con arreglo al benéfico y saludable designio con que Dios nos lo dá. Siendo

criaturas racionales, ¿cómo es posible que no hallemos el medio de invertir racionalmente nuestro caudal mas precioso que es el tiempo? Siendo cristianos y estando persuadidos de que Dios nos ha de pedir estrecha cuenta del tiempo malgastado, ¿cómo nos atrevemos á disipar lastimosamente este tesoro; ó por lo menos á enterrarle en la ociosidad, como hizo el siervo perezoso, con el talento que para negociar recibió de su Señor?

; Virgen Santísima! ¿Quién podrá comprender el gozo de vuestra alma bendita, en el día de vuestra gloriosa coronacion, al ver recompensada tan profusamente por la augusta y adorable Trinidad, aquella incesante solicitud con que Vos, Señora, no dejasteis pasar ni un momento de vuestra vida, sin corresponder á la gracia divina y aumentar vuestros méritos; solicitud que, segun un piadoso autor contemporáneo, de tal manera aumentó estos méritos, que si se fueran á espresar en numeros, no cabrian estos ni cubriendo de cifras el globo terráqueo, los otros astros y todo el es-

pacio? ¡Oh Madre benignísima! Vuestra coronacion es una prenda de la nuestra, porque siendo Vos nuestra Madre, quereis que donde Vos estais estemos tambien nosotros, y aunque en un grado sumamente inferior, que seamos tambien coronados en el cielo. Mas esta corona es corona de justicia, que se gana viviendo cristianamente y empleando bien el tiempo. Alcanzadnos, pues, las gracias necesarias para ello, haciendo revivir la devocion de vuestro Santísimo Rosario, que de todas las que á Vos se consagran es la que mas os agrada. Que tomen de nuevo esta devocion los que la hayan abandonado, y que los que la practiquen, se enfervoricen en ella. Esto os pedimos, esto esperamos, confiando tambien en que por premio de nuestra devocion, Vos nos hareis llegar á la gloria. Que la nuestra, Señora, aumente la vuestra, y que así vuestra escelsa corona, se haga mil y mil veces mas hermosa y resplandeciente. Amen.

pado? Oh Madre benignísima! Vuestra  
 oración es una prenda de la nuestra,  
 porque siendo Vos nuestra Madre, que  
 vos que donde Vos estáis estamos también  
 nosotros y andamos en un grado sumo-  
 mente inferior, que seamos también coro-  
 nados en el cielo. Mas esta corona es co-  
 rona de justicia, que se gana viviendo  
 cristianamente y cumpliendo bien el deber.  
 por. Almas buenas, pues las gracias necesari-  
 as para ello, haciéndolo revivir la devoción  
 de vuestro Santísimo Rosario, que de todas  
 las que a Vos se consagran es la que más  
 os agrada. Que tomad de nuevo esta devo-  
 ción los que la hayan abandonado, y que  
 los que la practican, se enorgullecen en  
 ella. Esto os pedimos, esto esperamos,  
 confiando también en que por medio de  
 vuestra devoción, Vos nos haréis llegar a  
 la gloria. Que la nuestra Señora, sinem-  
 te la invocamos, y que así vuestras oraciones  
 nos, se pagará mil y mil veces más herma-  
 na y respaldada. Amen.



